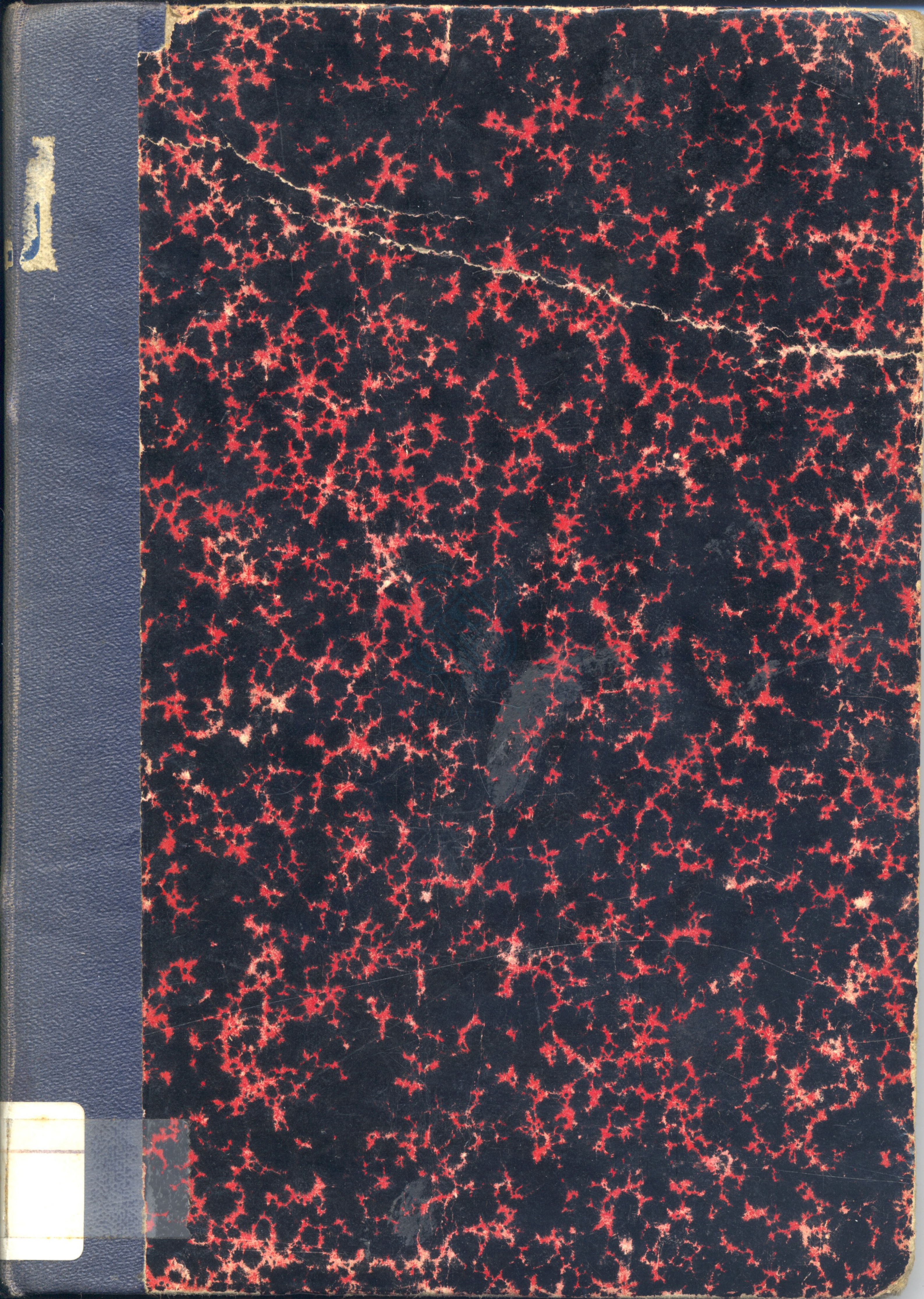


Haz bien

ENSAYO DRAMATICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO PITA DO REGO

estrenado en el Teatro Jofre de Ferrol en la función organizada por la colectividad CARIDAD á beneficio de los niños pobres.

Precio mínimo del ejemplar, 50 céntimos.

El producto de la venta se destina á los beneficiados.



FERROL

Imprenta y Estereotipia de «El Correo Gallego»
139—REAL—141
1905

A los niños pobres:

Si esta obra la escribí para la función organizada á beneficio vuestro, y siendo el producto de su venta para vosotros, justo me parece que á vosotros la dedique.

Si al ser hombres, alguno de vosotros llega á conquistar con su trabajo una posición desahogada, os suplico que practiquéis en la vida, siempre que tengáis ocasión, lo que Amparo hace en escena.

Seguro de que tendréis en cuenta mi ruego, en nombre de los niños pobres que socorráis, os dá las gracias

El autor.

Al Centro Obrero de Cultura



Reparto.

Enrique (padre de)...............	Sr. Arévalo (P.)
Carmela........................	Srta. Mercedes Toledo.
Doña Amparo (madre de).........	Srta. Julia Vázquez.
Julio............................	Sr. López (A.)
Don Fausto......................	Sr. Pita do Rego

Enrique

¡Carmela, por Dios, calla!

Carmen

Ahora viene otra cosa. Después no tuve miedo. Se presentó otra mujer, una señora muy bonita, vestida toda de blanco, y al verle la mujer fea que me asustaba, huyó. Se acercó á mí la señora buena, y me dió muchos, muchos besos. Te llamé, que entonces ya podía hablar; veniste y aquella señora te dió muchas cosas. Te dió dinero, mucho dinero; un saco lleno de él y muchos juguetes para mí. La señora de blanco vendrá á vernos, papá, yo te aseguro que vendrá á vernos.

Enrique

¡Dios te oiga! Pero no importa, yo iré á buscar trabajo. En seguida volveré. Espérame. Marcha á tu habitación y reza para que tu padre tenga suerte *(Váse Carmela por la izquierda).*

Carmen *(Desde la puerta derecha).*

Ven pronto.

ESCENA II

—

Enrique solo

Enrique

Soñó la pobre que la Caridad vendría á vernos ¡ojalá! Mas yo no debo esperar que esta mera esperanza se realice, no *(Pausa).* ¿Pero qué he de hacer si no encuentro trabajo? ¿cómo podré tener alimentos para mi hija? Ya nada tenemos de valor: todo lo que en casa había comprólo el prestamista. Sólo ahí

(Señalando el cofre) se quedan algunas prendas de aquel ser que la miseria se llevó de este hogar, como también se llevará al fruto de nuestro amor, ¡fué una mártir! Hasta el último momento me dió ánimo, me hizo concebir esperanzas y alentó mi espíritu. Murió, murió la pobre como pueden morir los santos. Pero no, no recordemos su muerte. Alejemos á ese funesto fantasma *(Nueva pausa)*. ¡Si con el producto de esas prendas pudiera salvar á mi hija! *(Abre el cofre y coge de él un devocionario)* ¡Un devocionario! *(Lo abre)* Aquí escribió ella *(Lee)* «Si alguna vez, Carmela, fuera este libro á tus manos, acuérdate que fué de tu madre y reza por ella» *(Hablando)* ¡Funesta casualidad! Con este objeto quiere su santa madre que se acuerde de ella. Con este libro que yo creí salvar á la hija de la muerte, quiere la madre que ella rezando, salve su alma, quiere la madre que á Dios le pida le abra las puertas del cielo. No, tú no te debes separar de mi hija *(Por el libro)*. Tú harás que esa criatura siga el ejemplo de su madre *(Dejando el libro en el cofre)*. ¡Prendas queridas quedaos ahí! ¡Yo buscaré alimentos para m hija, sí, yo los buscaré! *(Váse por el foro)*.

ESCENA III

—

Don Justo, después Carmela.

D. Justo

¡Calla! ¡No hay nadie! Es verdad, por la escalera de servicio sentí pasos: bajarían. Pero, así y todo, la casa no la dejarían abierta. Debe haber alguien *(Dando golpes con el bastón sobre la mesa)*. ¡Eh, buenas piezas!... ¡Que estoy yo aquí!... ¿No oís?

Carmen *(Por la derecha)*.

¿Quién és? *(Ap.)* ¡Ay, D. Justo! *(Temerosa)*.

D. Justo *(Con severidad siempre)*.

Oye tú, pillastrilla, y tu padre ¿dónde está?



Carmen

Ha salido.

D. Justo

¿Y dónde ha ido ese granuja?

Carmen

Mi papá no es granuja: es pobre, pero no granuja.

D. Justo

¡A mí no se me contesta así! Habráse visto la chiquilla mal educada, ¡cuidado con la bachillera! Tu padre es lo que yo digo, es un desagradecido!

Carmen

¡Desagradecido! ¿Y por qué?

D. Justo

Porque sí. Porque encima de deberme, aún se atreve á contestarme cuando le hablo.

Carmen

¡Pero no le contesta mal!

D. Justo

Pero me contesta.

Carmen

Pues si no le contestase, se enfadaría usted porque creería que no le hace caso.

D. Justo

¿Pero por qué me contesta? Para engañarme.

Carmen

No, no señor; para eso, no. Es que no podemos pagarle porque no tenemos dinero. ¡Usted se figura que si tuviéramos dinero no le pagaríamos! ¡Mire, yo estoy sin comer desde ayer!

D. Justo

¡Y á mí que me importa eso! Si no has comido, haber comido.

Carmen

Es que no tenemos dinero para comprar alimentos.

D. Justo

Pues si no tenéis, buscarlo. Pedir limosna. Hay mucha caridad en el mundo *(con socarronería)*.

Carmen

Pedir limosna ¡Yo bien la pediría!

D. Justo

Pues pídela.

Carmen *(Conteniendo el llanto)*.

¡D. Justo, me da usted una limosna!

D. Justo

¿Yo? *(A parte)* La chica no es fea *(alto)* Yo te daré diez céntimos, pero es con una condición.

Carmen

Diga usted.

D. Justo

Que tú, en cambio, me dés... me dés un beso.

Carmen *(Enérgica)*.

¡No!... ¡Nunca! ¡No hay dinero en el mundo para pagar mi dignidad!... ¡Marche, marche de mi casa ahora mismo!.

D. Justo

¡Esto sí que está gracioso! Me echa de mi casa. Nada, nada; con esta gente tengo que hacer un escarmiento.

Carmen

¿Se marcha usted?

D. Justo

¿Que me marche yo? Tú serás la que te marcharás.

Carmen

Sí señor, yo me marcho. *(Váse por el foro)*.

ESCENA IV

—

D. Justo solo.

D. Justo

¿Y se ha marchado? Está bien. Ella se lo ha perdido. Es lo que pasa. Estos que han estado en buena posición y que por su mala cabeza, pues, aunque dicen que fué por desgracia yo no lo creo, pierden todo, la dignidad, la vergüenza, el respeto, pe-

ro lo que no pierden es el orgullo. Eso no; el orgullo siempre lo conservan. Mire usted qué daño le hice con pedirle un beso. ¡Sabe Dios cuantos habrá dado por ahí! En fin, peor para ella; se ha perdido diez céntimos. ¡Tanta hambre no tendrá cuando no ha querido, pues, si verdaderamente tiene hambre, con los diez céntimos hubiera comprado dos bollitos de pan. Nada, nada, á estos individuos los pongo mañana de patitas en la calle. ¡Pues no faltaba más! Mejor quiero tener el cuarto desalquilado. De todos modos, nada me renta. Dentro de poco volveré y le ajustaré las cuentas al padre. ¡Tengo unas ganas de decirle cuatro verdades! ¡Les tuve muchas consideraciones; pero desde hoy todas se terminaron! Ellos se tienen la culpa; yo bastante hago; les he tenido dos meses en la casa y á razón de seis pesetas por mes, pierdo doce pesetas y yo no estoy dispuesto á estas pérdidas. En fin, me oirá ese gandul (*Váse por el foro*).

ESCENA V

—

Enrique y Carmela

Enrique (*Entrando con Carmela por el foro*).

Pero ¿qué tienes?

Carmela

Nada ¿Qué voy á tener?

Enrique

No; á tí te pasa algo. Tú has llorado.

Carmen

No, no lloré; de veras.

Enrique

¿Pues, qué hacías en la puerta? ¿Dí, qué hacías?

Carmen

Sola en casa, tenía miedo y bajé á esperarte.

Enrique

No; eso no es verdad... ¿Ha venido alguien?

Carmen

No vino nadie: estuve sola y por eso bajé.

Enrique

No, Carmela, no. Tú lloraste. A tí te pasó algo; tú has sufrido mientras yo te dejé. Dime, dime, por Dios, qué has tenido.

Carmen

Pero papá ¡si no tuve nada!

Enrique

Ven, niña, ven (*Cariñosamente*) Dime lo que has tenido. Tú crees que si me lo dices, me voy á entristecer y por eso callas. Yo ya sé que aquí estuvo alguien. Sí, aquí ha estado alguna persona. Cuando nosotros entramos, ella salía. Ví á un hombre; pero no le conocí. Ese hombre era el que estuvo aquí, ¿quién era, dí, quién era? ¿D. Justo, verdad?

Carmen

No, no era ese.

Enrique

Entonces ¿quién era?

Carmen

Era... sí, era D. Justo.

Enrique

¿Te pidió dinero?

Carmen

Sí.

Enrique

¿Y qué más, qué más? ¿Te riñó?

Carmen

Sí.

Enrique

Te riñó también. ¿Y qué más te dijo, dí, qué más te dijo?

Carmen

Me dijo que tú eras... que tú eras...

Enrique

¿Qué?.. ¿Qué era yo? ¿Qué te dijo que era yo?

Carmen

Una cosa muy fea, muy mala.

Enrique

Y esa cosa fea, esa cosa mala ¿qué era?

Carmen

Me dijo que eras un granuja.

Enrique *(Conteniendo su cólera).*

¡Un granuja!... ¿Y tú, Carmela, crees que yo soy un granuja?

Carmen *(Con resolución).*

¡No!... Tú eres muy bueno.

Enrique (*Aparte*).

¡Canalla, te has ensañado en esta criatura!

ESCENA VI

Dichos y Julio.

Julio (*Desde la puerta del foro*).

¿Puedo entrar?

Enrique (*Reparando en él*)

Entre usted, caballero.

Julio (*Entra. Hace una inclinación de cabeza á Carmela; ella le contesta con otra. Dirigiéndose á Enrique.*

Le ruego me dispense este atrevimiento. Acaso seré importuno; pero un impulso irresistible me obliga á proceder así. Entró en su casa...

Enrique

Está usted en la casa de un desgraciado, de un pobre; en la casa de un hombre honrado... Si en algo puedo, si en algo le soy útil, mándeme, que presto estoy á servirle.

Julio

Sí; quiero hablarle, quizá enterarme de asuntos que no se debe enterar nadie; pero yo deseo saberlos.

Enrique

Puede usted preguntarme lo que guste.

Julio

Sí... pero (*Le indica que en presencia de la niña no se atreve.*)

Enrique

Carmela, tengo que hablar con este señor.

Julio (*A Carmela*).

Le suplico que dispense mi falta.

Carmela

Nada tengo que dispensar (*Váse por la derecha*).

Julio

¡Mil perdones!

ESCENA VII

—

Enrique y Julio.

Enrique

Diga usted.

Julio

Ya le he dicho que mi curiosidad la creo una falta; pero si así procedo, créame que es por no haber podido resistir mis deseos de averiguar algo que, ojalá no sea lo que yo me supuse. Lo he visto á usted por la calle caminando con lentitud, como si estuviera enfermo y sus piernas le negaran fuerzas para sostenerlo. Hubo momentos que creí que se caía usted. Bajaba usted la cabeza, y ocultaba su cara, para que no vieran algo que yo ví... algo que ha sido la causa de que yo viniera á su casa. Usted venía... venía triste; usted... usted...

Enrique (*Interrumpiendo*).

Lloraba.

Julio

Sí, usted lloraba. Las lágrimas que ví correr por sus mejillas eran lágrimas de dolor, le salían del alma, y yo deseo saber por qué lloraba usted. Quiero saber la causa de su desgracia, su desventura (*Dándole la mano*). Perdone usted; me creo con derecho para saberlo.

Enrique

¡Mi desventura, mi desgracia! ¡Ah, caballero, es usted el primero que me hace esas preguntas, el primero que viene á poner un poco bálsamo á mis heridas!... ¡Dios se lo pague!... Son tantas mis desventuras, tantas mis desgracias, que no tendría tiempo para contárselas!... Pero, sin embargo, algunas sabrá usted, las más recientes... *(Toda esta narración queda encomendada al talento del actor).* Yo no fuí potentado, no fuí rico. Tuve, sí, lo suficiente para cubrir las necesidades de mi hogar... ¡Al acordarme de mi hogar, viene también á mi cerebro el recuerdo de la mujer que lo formó conmigo!... Yo, caballero, adoré á una mujer, como el fanático adora á su ídolo... Era una mujer virtuosa, buena.... ¡era una santa!... ¡Vivía con ella en un presente feliz, y esperábamos un porvenir risueño y alegre... Nada nos faltaba, nada apetecíamos... Para que nuestra ventura fuera mayor, para que nuestra dicha llegase al paroxismo, quiso Dios dar forma á nuestro amor: nos concedió una hija que vino á llenar el hueco que en nuestro hogar había... Fué la criatura nuestro encanto... Nos mirábamos en ella, como el avaro mira sus riquezas, y hasta del aire que rozaba su cara teníamos celos..... creíamos que algo nos robaba de su ser.

Julio (*Interrumpiendo*).

Le suplico que no se emocione... Cuénteme su historia como si no fuera la suya.

Enrique

No, no me emociono... Estos recuerdos no me hacen sufrir, no: me alivian... Éramos felices; pero nuestra desgracia no qui-

so que por más tiempo disfrutásemos de aquella felicidad... Mis negocios me hacían perder, restaban á mi capital cantidades que lo redujeron considerablemente, hasta que llegó el día que en nuestra casa no tuvimos alimentos que llevar á las bocas... ¡Huyó de nuestro lado la suerte, y la más espantosa miseria hizo presa en nosotros!... Busqué trabajo en escritorios comerciales y oficinas; pero no lo encontré. Quise, entonces, buscar el pan para aquellas mujeres trabajando manualmente, y, después de suplicar mucho, entré en una carpintería. Como no tenía práctica en aquellos trabajos, los hacía mal, y con las herramientas me hería. El dueño del taller me dijo que aquellas faenas no eran propias para mí, que me lastimaba en ellas, y que era mejor que buscase otras más finas, más delicadas... ¡quedé despedido!... ¡Qué me importaba á mí que me lastimase, que me diera golpes, si al no tener trabajo aquellos golpes los recibía en el alma!

Julio

¿Y volvió usted á encontrar trabajo?

Enrique

No... Nuestra situación se hizo más angustiosa... La miseria clavó sus garras en mi esposa, se cebó en ella... Su debilidad fué aumentando, y su cara, que aún conservaba algún color, se puso pálida y demacrada... Sus ojos fueron perdiendo viveza, su pecho oprimiéndose, su cuerpo encorvándose... ¡estaba tísica!... ¡tísica!... Tosía, y para que yo no viera la sangre que destilaban sus pulmones, tragaba los esputos...

Julio

¡Pero, por Dios, no se emocione! Yo he venido á tratar de mitigar sus penas, no á aumentarlas.

Enrique

No, no las aviva usted:... Dejadme que os cuente todo... Estos desahogos me hacen bien... Un día me llamó, y con voz débil, casi imperceptible, me recomendó á su hija, me dijo que por ella velase... Después ví su cuerpo inerte... sus ojos sin brillo... su cara contraída por la mueca que todos aquellos sufrimientos, que ella trató de ocultar, le produjeron... Desesperado, loco, la llamé, la llamé muchas veces... ¡no me oía!... Me acerqué mucho á ella... uní su cuerpo con el mío... le hablé de nuestra hija y ella no me contestaba.... ¡Había muerto!.... (*Solloza*).

Julio

Bien, bien... Eso ya pasó... ¡Dichosa ella que ahora estará tranquila!... No sufra usted... no llore...

Enrique

Sí, sí; tiene usted razón: no debo llorar... Pero le suplico que disculpe mis lágrimas... Ya comprende usted que no puedo contenerlas... (*Pausa*). Perdí á mi esposa, y todas las ilusiones que concebí con ella, todas las esperanzas que alentamos juntos, se deshicieron... ¡Todas cayeron, produciéndome el mismo efecto que la cristalina gota de rocío que cae sobre el cieno!... Sí, nuestras ilusiones, nuestras esperanzas eran puras, y cayeron sobre la charca de miseria que nos ahogaba. (*Pausa corta*). Mucho amaba á mi hija, mucho la quería; pero desde que murió mi esposa, uní á la niña el cariño que por la madre sentía... Constituyó la niña el centro de todas mis pasiones: lo único que en el mundo amaba... Para mí era todo, era mi alma... Amándola así, adorándola de este modo, puede usted figurarse cuán grandes serán mis penas, cuán intenso mi dolor al ver que también pier-

do á la hija. (*Nueva pausa*). Para evitar esto, para que mi corazón no saltara en pedazos al recibir este segundo golpe, busqué trabajo... hoy mismo fuí también á pedirlo... Pero la desgracia quiere ensañarse más, quiere que todos muramos.... ¡no lo encontré!... Cuando para aquí venía, pasé por un café, donde unos señores, ebrios, borrachos, se divertían en repugnante orgía... Tirábanse á la cara los restos del banquete... En el suelo había unos trozos de pan y entré á recogerlos, pues aquel pan, que, después de pisado, ni aún los perros lo querrían, podía salvar de la muerte á mi hija... Entré y un camarero no me dejó recogerlos... ¡me echó á la calle!... Le supliqué, le rogué... Le dige que el pan no era para mí, ¡que era para mi hija que de hambre se moría!... Pero él no me oyó... Me dijo que si mi hija moría, yo tenía la culpa... ¡Que yo, su padre, tenía la culpa de su muerte...! ¡Que mi hija moría por mi culpa!... ¡Ah, caballero, aquel hombre no tenía entrañas..., su corazón era de piedra... no era padre!...

Julio (*Indignado*).

¡No; era una fiera sin sentimientos!... ¡era un monstruo!

Enrique

No contento aún, me dijo... ¡No sé lo que me dijo... ¡Recordándolo solamente, siento que mis nervios se contraen, que mi cabeza es azotada por oleadas de sangre!... ¡Siento que mi cólera vibra, y se apodera de mí un deseo, una necesidad irresistible de destruír, de matar!... ¡Aquel hombre me llamó ladrón!... ¡me dijo que yo iba á robar!... Oí esas palabras, y así como la fiera acorralada salta cuando el látigo le hiere, salté yo al sentir aquella puñalada que el infame daba á mi alma... ¡La sangre

se agolpó en mi cerebro, se nublaron mis ojos, y sólo ví un hombre que debía morir, un miserable que estorbaba!... ¡Quise arrancar aquella garganta que pronunció tales palabras... sentir crugir sus huesos; ver su cara amoratada, negra, y oír el golpe que en el suelo daba su cuerpo al desplomarse, para que con mis carcajadas se confundiera!... Pero si súbita pasó esta idea por mi mente, más súbita aún otra visión vino á destruirla... Ví á mi hija sola y desamparada, y el sentimiento de padre deshizo toda mi cólera, destruyó mi fiereza... (*Pausa*) ¡Salí de allí y todo el dolor que me causó aquella escena, en lágrimas que me arrancaban el alma, que me cegaban, que abrasaban mis mejillas, se desbordó por mis ojos!

Julio

Bien, bien... Ahora, cálmese. Es usted un desgraciado.

Enrique

¡Gracias, caballero! Sus palabras de consuelo aminoran mi dolor... ¡Es usted el único que me las ha prodigado!... ¡Dios os lo pague!

Julio

Yo poco valgo, para nada sirvo; pero en todo lo que pueda le ayudaré. Veo que su desventura es motivada por inevitables desgracias, y los que en algo podemos, debemos acordarnos de los desamparados.

Enrique

No tengo término para poder manifestarle el bien que me producen sus palabras. Son para mí el bálsamo que detiene la

sangre que vierten mis heridas. ¡Acuérdese de mí, caballero, que mi gratitud para usted será eterna!

Julio

Nada de eso. Si debemos hacer bien, lo que por obligación se hace no merece premio.

Enrique

¡Qué noble es usted!... ¡Yo seré su esclavo!

Julio

Usted será lo que hasta ahora ha sido: un hombre honrado, un padre amante.

Enrique

¿Y á quién debo tantos favores?... ¿Quién es mi protector?... ¡Su nombre, caballero!

Julio

Mi nombre, es un nombre cualquiera: Juan, Pepe, Ricardo, cualquiera... Su protector no soy yo: es una mujer, una madre.

Enrique

¡Una madre!... ¡Bendito nombre!... ¿Es su madre?

Julio

Sí, es mi madre.

Enrique

¡Yo le suplico, yo le ruego que vaya á buscarla! ¡Quiero postrarme ante ella, colmarla de bendiciones!... ¡Quiero que vea este cuadro horrible!

Julio

Sí, iré á buscarla... Pero le ruego que la niña nada sepa de esto, que ignore de dónde proceden estos bienes... Usted dígale que encontró trabajo... Todo menos la verdad (*Váse por el foro*).

ESCENA VIII

—

Enrique solo.

Enrique

Glorificado seas, Dios del cielo! ¡Por fin vuelves los ojos hacia nosotros, y pones término á tanta desventura! De nuevo la suerte acude á nuestro lado... ¡Ahora podré contemplar á mi hija, sin que en sus mejillas vea las crueles huellas que la miseria deja!... La veré saludable, robusta... Tendré alimento que darle y otra vez su cara llevará el sello de la alegría... Sus ojos recuperarán el perdido brillo... Terminarán los sufrimientos y nuestra existencia se pasará tranquila y dichosa... ¡Ya tengo la felicidad que, después de tantos martirios, ansiaba poseer!... Esta felicidad, esta alegría, la debo compartir con mi hija... La pobrecilla ha sufrido mucho y debe tener también algún consuelo! (*Llamando*) ¡Carmela, Carmela!... ¿No oye?... ¡Carmela!... ¿Qué tendrá?.. ¿habrá salido?... ¡Carmela!... ¿Si estará enferma?... ¿Dios mío, me mostrarás la gloria para gozarla con mi hija, me ofrecerás la felicidad para disfrutarla con ella, y cuando vayamos á entrar en ese reino, la muerte se llevará á mi hija?... ¿Haces que mi corazón deje arraigar en él ilusiones, que luego se desprenderán deshaciéndolo en pedazos? (*Entra por la derecha y sale á los pocos momentos*) ¡No, Dios, no!... ¡Ya sabía que Tú no me ofrecerías dichas, que luego trocarías en desen-

ganos!... ¡Mi hija duerme!... Ya que durmiendo repone sus fuerzas, que duerma... ¡qué duerma!... Carmela, tu nueva alborada será risueña y alegre... Tu nuevo despertar, será para tí la mañana de un nuevo día, de un día feliz y eterno... lleno de luz!... ¡Duerme, hija mía, duerme, y ojalá que las pasadas torturas, dejen en tu memoria el mismo recuerdo que el sueño deja!

ESCENA IX

—

Enrique y D. Justo

D. Justo (*Por el foro*).

Me alegro, me alegro encontrarle... Antes ya estuve...

Enrique (*Interrumpiendo*).

¡No recuerde, D. Justo, que antes vino!... ¡No lo recuerde, que á mi mente viene el recuerdo también de lo que hizo!

D. Justo

¿De lo que hice?... ¿Qué hice yo?

Enrique

¿Ya no se acuerda?... ¿Tan dura es su conciencia que no deja débil huella, no más, tan gran hazaña?... ¿No se acuerda, verdad?... ¿Ya no se acuerda de las torturas, que usted con sus palabras, causó á mi hija?

D. Justo

Lo que dije á su hija sólo era la verdad nada más... la verdad á secas...

Enrique

Hable más quedo... ¡No come desde ayer la pobre niña y es el sueño para ella su alimento.

D. Justo

Pues yo por esa niña le aseguro que no dejo de hablar lo que hablar tengo.

Enrique

Si tiene que decirme los insultos que á ella, hace rato y en mi ausencia, cobarde profirió, hable tan recio que hieran mis oídos las palabras, que después han de herir mi pecho... ¡Hable, Don Justo!

D. Justo

¿Cree usted que el miedo oblígame á callar?... Lo que antes dije, lo repito lo mismo en su presencia.

Enrique

¿Ah, si?.. ¿Qué alegría?... ¡Yo quiero que otra vez repita presto, cara á cara cual dice, frente á frente, lo que antes á mi hija en la certeza de que la pobre no pondría freno con sus manos crispadas á su lengua, sus labios le dijeran!... ¡D. Justo llámeme granuja!

D. Justo

Granuja es el hombre que no paga á debido tiempo las deudas que contrae... Granuja el hombre que, como usted, engaña.

Enrique

¡Calle!

D. Justo

¿Qué calle?... ¿Qué calle cuando digo palabras que dudaba no dijera?

Enrique

¡No!... ¡Si no es por eso!... Que calle digo porque la niña duerme y vale más un minuto de su sueño que la vida de usted.

D. Justo

Bien, bien... Callaré... Hablaré quedo... Tratemos de otras cosas... ¿Cuándo puedo tener el cuarto libre?

Enrique

¿Qué cuarto?

D. Justo

Este.

Enrique

¿Nos echa usted á la calle?... ¡Por Dios, espere!

D. Justo

¿Que espere?... No, no: yo ya no espero... Ustedes no me pagan, y no quiero seguir como hasta aquí siempre perdiendo.

Enrique

Espere usted, por Dios, le pagaremos.

D. Justo

¿Me pagarán?... ¡Ja, ja, ja!... Vamos, no mienta.

Enrique

Yo no miento, D. Justo... Le pagaremos.

D. Justo

Usted me engaña... Usted me roba lo que otros me darían...

Enrique

¿Le robo yo?... ¡D. Justo yo no robo!

D. Justo

Sí, me roba.

Enrique (*Señalando á la derecha y conteniendo su ira*)

¡Por respeto á ese ángel que ahí descansa!... Porque duerme quien duerme en ese lecho, habré de contenerme, miserable, y á mis manos convulsas poner freno!

D. Justo

¿Me amenazas también porque te digo palabras, bien amargas, pero ciertas.

Enrique

¿Y es verdad que robo?... ¡Quisiera en este momento que un puñal fuera mi lengua, para enterrarlo hasta el puño en ese pecho perverso!

D. Justo

¡Pues hazlo, si te atreves!

Enrique

¡No, no lo hago!... Si por saciar el odio que contengo, he de turbar el sueño de mi hija, vive, vive tú, sigue viviendo!... Me queda tiempo para saciarlo!

D. Justo

¿Por tu hija, verdad? ¡Es buena prenda!

Enrique

De tus labios asquerosos de serpiente, no quiero que mezclado con la baba, el nombre de mi hija se desprenda... ¡Calla, infame, calla!... ¡Detén tu lengua!

D. Justo

¡Serpiente... infame... miserable... canalla soy, porque pido lo que á mí, sólo á mí, me pertenece... ¿Mas el hombre holgazán que no trabaja, qué nombre, diga usted, debemos darle?

Enrique

No lo sé... Yo sólo digo, que por no tener dónde, no trabajo... que no soy holgazán...

D. Justo

¿Y la niña, como usted, tampoco encuentra?

Enrique

¿En qué va á trabajar la criatura?

D. Justo

Que busque, que busque por ahí... La chica es guapa y... tal vez encuentre... quien la quiera... y labre su porvenir.

Enrique

No entiendo... «La chica es guapa y tal vez encuentre... quien la quiera... y labre su porvenir»... No, no es esto!... ¿Que en repugnante harapo se convierta?... ¿Que llegue á ser impúdica muchacha?... ¿Lasciva mujerzuela?... Que llegue á ser asquerosa y ruin?...

D. Justo

No, no; no tanto... Sólo de uno... Que uno solamente sea su dueño...

Enrique

¡No puedo más!... ¡Pienso que llega el germen de locura á mi cerebro, á mi mente el fuego que la enciende, que mis ojos ciegan y mis manos desean que tu vida en sus dedos crispados toda quede.

D. Justo

¿A mí?... ¿Tal dices?

Enrique

Sí, y aún no he terminado!... ¡Ah canalla!... ¿Tú te atreves á decirle á un padre que su hija entre el cieno viva?... ¿Que pierda en una orgía su pureza? *(Cogiéndolo del brazo)*... ¿Vive tu madre?

D. Justo

¡No nombres á mi madre!... ¡Mi madre ha muerto!

Enrique

¿No tienes madre, verdad?... ¡Su cuerpo es polvo!... ¡Ceniza nada más, que el aire aventa!... ¡Pues lo mismo que doblas tus rodillas, humilde ante su tumba; lo mismo que descubres tu cabeza y tus labios murmuran la plegaria que al Todopoderoso la encomienda, lo mismo, de rodillas, *(Hace lo que dice)* descu-

bierta tu frente, tus labios nombrarán á esa criatura con la misma humildad que un rezo fuera.

D. Justo

¡Tu vida!... ¡Quiero beber tu sangre!...

Enrique

¡Pues tómala, canalla, si te atreves!

D. Justo

¡Sí, ahora mismo! *(Dirigiéndose precipitadamente á Enrique)*

ESCENA X

—

Dichos y Carmela

Carmen *(Por la derecha. Corre á abrazar á su padre).*

¡Padre!... ¡Padre mío!

Enrique

¡Déjame, niña!... ¡Ese canalla osó dudar de tí!... ¡De que mancharías el nombre que te dí!...

Carmen

¡Déjalo, papá; es un malvado!

D. Justo

Sí, sí. Impúdica será.

Enrique *(Quiere echarse sobre él).*

¿Lo estás oyendo?

Carmen

¡Monstruo sin corazón!

D. Justo

¡Carne del vicio!

Enrique

¡Ya no más!... ¡Aguarda, infame! *(Se desprende de Carmela, y corre hacia D. Justo).*

Carmen

¡Papá, papá, por Dios!.. *(Vacilando)* ¡Ah!... ¡Ven, ven! *(Acude Enrique á socorrerla y Carmela queda sin sentido en sus brazos.)*

Enrique

¡Hija!... *(A D. Justo)* ¡Aplacarás mi odio con tu sangre!

D. Justo *(Asustado).*

¡Maldición! ¡Me he perdido ¡Huyamos presto! *(Váse)*

ESCENA XI

—

Enrique y Carmela

Enrique (*Trágicamente*)

¡Carmela!... ¡Carmela!... ¡Por favor, habla, contesta!... ¡Hija de mi amor!.... ¡Dí si estás muerta!... ¡Ah Dios Santo...! ¡Su cara palidece!... ¡Sus ojos pierden brillo!... ¡Se pone yerta!... ¡Oyeme, Carmela!... ¡Muerta!... ¡Está muerta!...

ESCENA XII

—

Enrique, Carmela, Doña Amparo, D. Justo y Julio.

Julio *(Por el foro. Trae del brazo á D. Justo).*

¡Madre!... ¡Pronto!... ¡Corra!

Enrique

¡Muerta!... ¡Está muerta!

Doña Amparo *(Por el foro. Acude á socorrer á la niña y la apoya en sus brazos).*

¡Niña!... ¡Hija de mi alma!

Julio *(A D. Justo).*

¡Miserable, con tu vida no pagas tal hazaña!

Enrique *(Echándose sobre D. Justo).*

¡Aún estás aquí!... ¡Malvado! *(D. Justo huye y se ampara detrás de la mesa, Julio detiene á Enrique).*

Julio

¡Déjele; llevará su merecido!

Doña Amparo.

¡Carmen..., Carmela!... La niña recupera su sentido *(Julio y Enrique acuden al lado de Carmela. D. Justo permanece en su puesto).*

Enrique

¡Carmela, responde!... ¡Hija mía!

Doña Amparo

¿Aquél cobarde fué el causante de todo?

D. Justo

No, pedí lo que me deben.

Julio

¿Y quisiste cobrar dándola muerte?

Doña Amparo *(Tirándole el dinero).*

Toma, avaro, y márchate de aquí, mal caballero *(D. Justo recoge del suelo el dinero y váse).*

ESCENA FINAL

—

Todos menos D. Justo.

Enrique

¡Carmela!

Carmen *(Con voz débil).*

¡Papá!... ¿Qué es esto?... ¿Quién es esta señora?

Enrique

La de tu sueño.

Carmen

¿La de mi sueño?

Enrique

Sí; aquella buena que te trajo dinero... la que debes querer como á tu madre.

Doña Amparo

Sí, Carmela. Seré tu nueva madre... Yo también tuve una hija como tú, que era muy buena... ¡Murió la pobrecita y tú, Carmela, llenarás en mi pecho el hueco que ella me dejó!... ¿Quieres, quieres que yo sea tu madre?... Te amaré lo mismo que ella te amó... Te querré lo mismo que á mi hija quise.

Carmen

¡Ah, señora, señora; usted es muy buena!... Lo mismo la amaré que amé á mi madre... ¿Y mi padre tiene?...

Julio *(Interrumpiendo).*

Su padre tiene el premio que merece.

Enrique

¡Benditos sean!... ¡Terminaron ya todas nuestras penas!

Carmen *(A Doña Amparo).*

¿Qué debo hacer yo para pagarle el bien que nos otorga?

Doña Amparo

Ser buena como has sido, ser muy buena y ver en mí una madre y como á tal quererme... ¿Pido mucho, verdad?

Carmen

No, no. Yo la amaré tanto, que mi vida por usted daré si quiere.

Julio

Marchémonos de aquí. En este sitio ellos recuerdan las pasadas penas. Marchemos pronto.

FLOR DE LOS PAZOS

Flor de los Pazos

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenada en el TEATRO DE LARA
la noche del 13 de Abril de 1912.





MADRID
Imprenta y Fotograbado de "Nuevo Mundo,,
Calle de Larra, núm. 8

1912

A D.ª Josefina Fariña de Astray

*Con todo el afecto y con
toda la buena voluntad de
Manolo Linares Rivas.*



REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
PEREGRINA (30 años).	SRA.	BÁRCENAS.
PASTORIZA (45 ídem).	„	PINO.
MANUELA.	„	PARDO.
MARUJA.	„	MONERO.
ROSENDO DE LA TARROEIRA (55 bien llevados).	SR.	ROMEA.
JACOBO, hijo suyo, (30 ídem).	„	MUÑOZ.
BERNARDINO FUNGUEIRO (60 ídem). .	„	MORA.
EL ABAD DE TARRADE (60 fuertes). . .	„	PALANCA.
DON ROMUALDITO (35 ídem).	„	BARRAYCOA.
AMARO (30 ídem).	„	VARGAS.
TONO (28 ídem).	„	MANRIQUE.
EL ROMERO.	„	MORA.
JOSE (50 ídem).	„	P. INDARTE.

Mozos y mozas.—La acción en Galicia, en la montaña de Santiago.

(Se ruega muy encarecidamente no dar acento teatral, pronunciando con naturalidad, fijándose tan solo en los modismos y palabras propias del decir aldeano, pues de ellos y del ambiente resultará la impresión que intento conseguir).

Los trajes serán los de uso corriente en el campo, pues no es de rigor que se ajusten al vestir clásico, aunque en lo posible mejor sería.

Epoca actual: derecha é izquierda, las del actor.

ROMUAL. Felices, señor Abad de Tárrade.

ABAD Hola, cura.

PEREG. ¿Viene de caza?

ABAD No. Una liebre que se atravesó en mi viaje y la he matado... por matar algo.

PEREG. ¿Quiere refrescar?...

ABAD Sí, refrescaremos, que traigo dos leguas á pie: dame unas magritas y un dedito de vino. Cuestión de sostenerse nada más, hasta el almuerzo.

ROMUAL. ¿Nada más?...

ESCENA III

DICHOS: MANUELA y MARUJA, por la izquierda.

PEREG. Echa una mano, Manuela.

ABAD ¿Para qué estoy yo aquí?

PEREG. No se moleste...

ABAD ¡Bah, bah!... (Entre Peregrina y el Abad se llevan la mesa por la derecha. Muruja recoge unas ramas caídas y mutis siguiéndoles.)

ESCENA IV

MANUELA y DON ROMUALDITO

ROMUAL. (Sonriendo; por el Abad.) Sirve para todo...

MANUELA Estando él no hay que llamar á nadie. Cristal que se rompa, cañería que se atranque, chimenea que no tire, ya está él arreglándolo, que es muy dispuesto... ¡Hay que oirle al ama lo dispuesto que es!... ¡Y además es mucho hombre de bien este señor Abade! No le tiene orgullo ninguno; á bondadoso no se le pone nadie delante, que todo lo suyo es de los pobres; y de sermoneador no hay otro. Dice unas cosas que siempre hacen llorar... ¡Da mucho gusto oirle! Y sabe de médico y de hortelano y de cazador... de todo. (Interrumpiéndose.) ¿Y á usted qué le pasa, señor Capellán? ¿No puede atrapar esos latines?...

ROMUAL. No...

MANUELA ¿Tan condenados son?...

ROMUAL. Mujer, condenados no es buena expresión.

MANUELA ¿Y para qué los busca?... ¿Por qué no habla siempre en castellano, que se le entiende mejor?

ROMUAL. ¿Por qué no llevas tú siempre las ropas de diario, que vas más suelta y más cómoda?... ¿Para engalanarte?...

MANUELA Un poco no sobra...

ROMUAL. Pues así yo, cuando la ocasión lo requiere, saco mi latín, que es mi lujo: como si dijéramos, mi ropa de cristianar.

MANUELA ¿Y qué adelanta si no le comprenden?

ROMUAL. Dios lo oye.

MANUELA También le oiría en romance. Para Él, igual, y para nosotros más claro.

ROMUAL. Tú no eres la llamada á juzgarlo, que no pasas de ser una humilde sirviente, una asalariada...

MANUELA No empiece á motes, señor capellán, que yo soy una mujer muy decente.

ROMUAL. Esto no es ofensivo: significa que prestas servicios mediante una retribución, una soldada...

MANUELA Lo mismo que usted.

ROMUAL. Distingo...

MANUELA Ay, distinga todo lo que quiera, pero tanto le pagan á usted como á mí.

ROMUAL. Lo mío es una labor espiritual.

MANUELA Que la cobra en pesetas.

ROMUAL. ¡Manuela!

MANUELA Mire, siga con los latines, que más provecho le harán, y no venga con diferencias de imaginación, que no se le ven muy claras. ¡Vaya! (Mutis Manuela por derecha.)

ESCENA V

ROMUALDITO; ROSENDO, por izquierda

ROSENDO ¿Qué hace, don Romualdito?

ROMUAL. Nada.

ROSENDO Pues tenga la bondad de llegarse al horno, que aún no trajeron las empanadas.
ROMUAL. Con mucho gusto. Ahí está el señor Abad de Tárrade.
ROSENDO ¿Duerme?
ROMUAL. No.
ROSENDO ¿Come?
ROMUAL. Sí.
ROSENDO Pues dejémosle, que está en su elemento, y después dormirá.
ROMUAL. Es un santo varón, aunque tal vez tenga el genio un poco vivo.
ROSENDO Reminiscencias de sus campañas por la buena causa. A su rey lo defendió á tiros y hoy catequiza á las almas á cachetes.
ROMUAL. ¡Pero al cielo va!
ROSENDO Seguramente. Y como allí le pongan alguna dificultad, entra á puñetazos.
ROMUAL. Es muy posible. Sin ese carácter vivo sería perfecto. Ahí viene.

ESCENA VI

DICHOS: ABAD por derecha.

ABAD (Abrazándole.) ¿Hay albricias, mi señor don Rosendo de Tarroeira?
ROSENDO Haylas, señor Abad, y de las grandes.
ABAD ¿Entre doce y media y una?...
ROSENDO Por el andar de la yegua, eso calculo.
ABAD ¡Ya era hora de que el hijo volviera á la casa!
ROSENDO ¡Once años, abad!
ABAD ¿Once años, don Endo...?
ROSENDO Cuando uno mira hacia adelante, parecen eternos: pasados son un soplo... Mi Jacobo marchó porque le tardaba el momento de gobernarse á sí mismo y no había espacio aquí para su actividad de mozo... A su madre y mí nos ha costado muchas lágrimas la ausencia, y la pobre murió sin volverle á ver.
ROMUAL. Para dos años va...
ROSENDO Como era el único hijo, al hallarme solo

en este caserón, creí que se me caían encima las paredes. ¡Pero no se caen!... Con igual indiferencia cobijan á muchos ó á pocos...
ABAD Déjese de eso. El hijo está ahí ya, que es lo importante: ahora á recibirle.
ROSENDO ¡Con los brazos abiertos! Y para mayor alegría vuelve sano y fuerte y hasta con un poco de dinero.
ABAD No hacía falta.
ROSENDO No. Sin embargo, mi amor ó mi egoísmo, prefiere que vuelva con él, y no que vuelva por él. Así creo más cuando me dice que no le trae si no el afán de verme y el natural deseo de cuidar nuestra hacienda, pues él mismo considera que sería un crímen el exponerse á que se desmoronara la casa por fatarle su legítimo sostén.
ABAD Muy bien pensado.
ROMUAL. Sí, señor. Ahora que, precisamente por llegar el Jacobo, estimo yo que ha llegado también el caso de tomar alguna determinación en el otro asunto.
ROSENDO (Riendo.) ¿En el de Peregrina?...
ROMUAL. Sí, señor. Dicho sea con todos los respetos...
ABAD ¿Qué ocurre?...
ROSENDO Don Romualdito dice que la Peregrina, mi ahijada, es muy guapa.
ABAD Como no tenga otro defecto, ese ya se le puede aguantar.
ROSENDO Dice que es joven...
ABAD Dispénsele usted eso también.
ROSENDO Dice que es muy simpática, muy afectuosa, y que nos tiene dominados á todos á fuerza de bondad y de cariño...
ABAD ¡Caramba, caramba, cómo se van acumulando las contrariedades!
ROSENDO Dice que viene Jacobo...
ROMUAL. Y es una temeridad que vivan bajo el mismo techo.
ROSENDO Esta no es cuestión de techo.
ROMUAL. ¿No?...
ROSENDO No: de tabiques. Y don Romualdito propone que yo estudie el modo de alejarla...

ABAD ¿Y á dónde va á ir?... ¡Porque ella no tiene á nadie en el mundo!

ROMUAL. A un convento...

ABAD ¿A un convento sin vocación?... No, porra, no; ni por ella ni por el convento.

ROMUAL. (Escandalizado.) ¡Señor Abad!

ABAD Perdone.

ROSENDO Y además de ese peligro, don Romualdito teme que el día de mañana mi afecto por esa Peregrina, que ha crecido aquí, perjudique los intereses de Jacobo.

ABAD Y aunque los perjudicara en algo, ¿qué? ¿No hay de sobra para los dos?

ROMUAL. Sí, señor...

ABAD ¿Pues entonces qué porra le va usted á contar á don Rosendo?

ROMUAL. (Cada vez más espantado.) ¡Señor Abad...!

ABAD Perdone. Pero es que á mí me queman las injusticias, por... (Llevándose la mano á la boca para no soltar la palabreja otra vez.)

ROMUAL. (Tímidamente.) Usted no ignora que el Código civil...

ABAD (Tremebundo.) ¡Lo ignoro! Y el Código civil, y el Penal, y las Pandectas y la Novísima Recopilación... ¿quiere usted más Códigos?

ROMUAL. (Aterrorizado.) No, señor...

ABAD Y una estantería de libros encima, y el diablo por copete, y aún por encima veo yo la injusticia de lo que usted se propone.

ROMUAL. No se incomode, no se incomode...

ROSENDO No hablemos de eso. Peregrina sigue en mi casa.

ROMUAL. Bien, bien. Entonces, voy á lo de las empanadas.

ROSENDO Vaya.

ABAD (Abrazándole afectuoso, pero brusco.) ¿Y dispense, eh?

ROMUAL. (Azorado.) Sí, señor; sí, señor... (Mutis Romualdito por foro.)

ROSENDO Algo de razón tiene, sobre todo en su primera advertencia.

ABAD No lo niego, pero contra eso ya lo sabe usted. Tabiques, don Rosendo, tabiques.



ESCENA VII

ROSENDO, ABAD, PEREGRINA, por derecha.

PEREG. Cuando guste, señor Abade.

ABAD Voy á refrescar. ¿Quiere?

ROSENDO Que aproveche.

ABAD ¡Te va bien el traje de fiesta!... (Volviendo al lado de Rosendo, al oído.) ¡Y cerrojos!

ROSENDO (Riendo.) Bueno.

PEREG. ¿Qué le dijo?...

ABAD Que peores que tú ya las hay por el mundo. (Mutis por derecha.)

PEREG. No fué mucho favor...

ESCENA VIII

PEREGRINA y ROSENDO

ROSENDO ¿Arreglásteis todo?

PEREG. Todo está en orden ya, don Endo. Lo viejo se ha remozado y lo mozo resplandece: la plata brilla como luna y el oro como sol.

ROSENDO ¿Y mi encargo principal? ¿Sacásteis los vestidos?...

PEREG. De madrugada, y aunque estuvieron al aire toda la mañana, conservan aún el aroma de los membrillos olorosos. La seda y el terciopelo huelen á limpios y á bien cuidados.

ROSENDO ¿Y las alhajas?

PEREG. En los estuches; y los estuches en el cofrecito.

ROSENDO Bien. Al pisar mi Jacobo el umbral de los Pazos de la Tarroeira yo le recibiré amoroso, y cuanto fué de su pobre madre, de su madre le hablaré en el instante mismo de llegar.

PEREG. Va á entristecerse el hijo, don Endo...

ROSENDO Bien hará, que por su madre es. Y pasada esa nube, mi voluntad dispone que la casa le acoja con júbilo. Díles á todos que en

señal de regocijo hoy cobrarán una soldada más.

PEREG. De todos recibe ya las gracias por mi boca.

ROSENDO Tú, Peregrina, le darás cuenta al Jacobo de lo que guardamos en hórreos y bodegas.

PEREG. Darésela cabal, don Endo.

ROSENDO Otras mozas de mi servicio le presentarán ese cofre y las llaves de los armarios, para que á su disposición queden. Amaro justificará las rentas de estos años de ausente; mis caseros y colonos le reconocerán como á su amo, al igual mío y por mitad conmigo. Y después de agasajarle, hombres y bestias holgarán en su labor, que de fiesta y descanso ha de ser el día que vuelva mi Jacobo.

PEREG. ¿Y cómo vuelve de la América?

ROSENDO Embarcado.

PEREG. Eso ya lo sé. Pregunto si viene solo...

ROSENDO No, con otros viajeros...

PEREG. ¡No quiere entenderme, don Endo! Digo si casó ó no casó allá.

ROSENDO ¿Y á tí qué te importa?... No empieces á llenarte la cabeza de humo, que el Jacobo no ha de ser para tí.

PEREG. Tampoco será para mí la santa Iglesia catedral y más me gusta que pase por la mejor del mundo.

ROSENDO Y aquellas bobadas que hubo entre vosotros, cuando los dos eráis unos chiquillos, en bobadas se quedaron.

PEREG. Naturalmente. ¿Quién piensa en eso?... Pero decir aún no me dijo de qué viene, padriniño.

ROSENDO Anda, anda á tu faena.

PEREG. ¡Deje, que ya se caerá cuando me pregunte alguna cosa! Y sabiendo que no contesta por las buenas, de hoy en adelante le he de pedir como el pobre aquel del Puente San Payo, que pedía siempre con la mano izquierda y siempre le daban limosna.

ROSENDO ¿Y por qué no con la derecha?

PEREG. Porque en la derecha tenía un cuchillo.

ROSENDO ¿Y á cuchilladas?...

PEREG. No, señor, no pegaba, ni amenazaba siquiera, pero la gente, á las veces, entiende muy pronto.

ROSENDO Anda á tu trabajo.

PEREG. Me voy muy enfadada.

ROSENDO (Riendo.) ¿Sí?

PEREG. Sí. ¿No me da un beso, padrino?

ROSENDO (Riendo.) No.

PEREG. Quedo con las ganas, pero ya me lo cobraré. (Mutis por derecha.)

ROSENDO ¿Y me proponen que abandone á esta criatura?... ¡Qué injustos son los hombres cuando quieren hablar en nombre de la justicia!...

ESCENA IX

ROSENDO; ROMUALDITO, por foro.

ROMUAL. En seguida traerán las empanadas: yo mismo las he visto. ¿Podría atenderme ahora un minuto?... *Dixitque Dominus.*

ROSENDO ¡Pero don Romualdito, si sabe usted que no le entiendo!

ROMUAL. Así lo escuchará sin prejuicios. Lo que recabo de su amabilidad es que me diga si llega al oído la armonía de las frases.

ROSENDO Hable, pues...

ROMUAL. *Dixitque Dominus...*

ESCENA X

DICHOS: el ROMERO, por foro.

ROMERO Ave María.

ROMUAL. *Gratia plena...*

ROMERO La paz sea en esta casa.

ROSENDO Y contigo.

ROMERO De Roma vengo; á Compostela voy. ¿No tendrán una caridad para el Romero?...

ROSENDO Franca está la puerta. Acompáñele, don

Romualdito. Que coma hasta saciar el hambre y que beba de mi vino del Rivero lo que tenga en sed. Vaya con el señor Capellán, hermano.

ROMERO Que San Bruno te devuelva ciento por uno; que el Apóstol Santiago, el Mayor, te libre de tus enemigos, moros ó cristianos, y que Dios Nuestro Señor, que peregrinó hasta el calvario, en tu calvario de hombre te ayude á llevar tu cruz, y á todos la nuestra.

ROSENDO Amén.

ROMUAL. Venga.

ROMERO A donde disponga. (Mutis Romero y Romualdito por derecha.)

ESCENA XI

ROSENDO, AMARO y TONO, por foro.

AMARO ¿Hay licencia?... ¿Pasa este?...

ROSENDO Pasa, Tono.

TONO Felices, señor mi amo. Hay dos corderetes más, que nacieron con el día.

ROSENDO ¿Blancos?

TONO ¡Blancos los dos!

ROSENDO Buen presagio.

AMARO Ya le dije yo á éste que era de buena señal.

ROSENDO ¿Y tú no te ahogas con la capa?

TONO Si, señor, que ahoga, pero no iba á faltar al respeto debido á los señores viniendo sin la capa en ocasión de tanto repique.

ROSENDO Se agradece.

TONO ¿Y sabe ya mi señor don Endo que en la casa hay otros marranos?

ROSENDO (Sonriente.) Lo siento.

TONO (Intranquilo.) ¡Cá!...

AMARO Dice, con perdón de la cara de usted, que la marrana lucera tuvo siete esta noche.

ROSENDO Me alegro.

TONO (Riendo.) ¡Ya decía yo! ¡Dios mira mucho por estos Pazos de la Torroeira!

ROSENDO Que dure.

TONO ¡Vaya si durará!

ROSENDO Deja la capa allá dentro, que ya cumpliste.

TONO Porque lo manda. (Mutis Tono por derecha.)

ESCENA XII

ROSENDO y AMARO

ROSENDO Oye, Amaro. Dí que echen unos cepos en la chimenea, por si viene con frío el Jacobo.

AMARO Mire antes las cuentas.

ROSENDO En tí fío, que á honrado no te ganan.

AMARO Mejor es que se repasen, y la verdad con todos.

ROSENDO Bueno.

ESCENA XIII

DICHOS: ROMUALDITO, por derecha.

ROMUAL. (Gozoso.) ¡Don Rosendo! ¡Encontré ya lo apropiado! Escuche usted... (Leyendo.) *Benedictus, Jacobus. Dixitque Pater tuus: jam lætus moriar, quia videm faciem tuam et superstitem te relinquo.*

ROSENDO Perfectamente.

ROMUAL. (Encantado.) Suena, ¿eh?...

ROSENDO Suena: ¿pero á qué?...

ROMUAL. Es la salutación de Jacob á Joseph. Un caso semejante al de hoy, y yo digo: «Bendito seas, Jacobo». En lugar de Joseph, Jacobus. Y luego, hablando por usted, añado: «Y el Padre le dijo: *jam letus moriar*, ya moriré tranquilo, *quiá videm facem tuam* porque te vuelvo á ver, *et superstistem te relinquo*, y te dejo con vida». ¿Eh?...

AMARO Está bastante bien metido eso en el día presente.

ROSENDO Cierto, y se lo estimo muy de veras. Ven, Amaro... ó si no, don Romualdito, repáseme esas cuentas, ¿quiere?...

ROMUAL. Con mucho gusto. (Vase con Amaro hacia izquierda.)

ESCENA XIV

DICHOS: MARUJA, por derecha.

MARUJA. Ay, señor, que no le corre la llave del armario para sacar los manteles.

ROSENDO. ¿Qué le pasa?

MARUJA. No sé qué le pasa.

ROSENDO. ¿Quiere mirarlo, don Romualdito?

ROMUAL. Con mucho gusto. (Deja al Amaro y vase por derecha con Maruja.)

ROSENDO. Tarda ya...

AMARO. Es todo montaña para arriba y la yegua anda perezosa con el aquel de lo que va á tener... pero es la caballería más segura, y por eso la mandé.

ROSENDO. Hiciste bien.

ESCENA XV

DICHOS: MANUELA, por derecha. Luego TONO, por derecha.

MANUELA. Voy á dar el último sorbito de aceite á esta lámpara. (Coge una silla y se sube.)

ROSENDO. ¿Pusiste vigía?

AMARO. Antoñuelo está: en cuanto los atisbe, avisa, y tenemos diez minutos lo menos.

ROSENDO. Pero tarda, tarda... (Mutis por foro Rosendo y Amaro. Tono entra y se ríe. Manuela baja á escape de la silla.)

MANUELA. (Algo amoscada.) Bueno días, tú.

TONO. Buenas... pantorrillas, mujer.

MANUELA. ¡Mentira!

TONO. De una te respondo, y la otra me la figuro. (Vuelve á reir.)

MANUELA. ¿Qué sucede ahora?

TONO. ¿A que no sabes de qué me río?

MANUELA. De una bobada.

TONO. De dos. Una que podía yo hacer y otra que podías tú dejar que yo la hiciera.

MANUELA. Cuidadito, ¡eh! que á mí no me gustan ciertas chanzas.

TONO. ¡Si no son de esas!

MANUELA. ¿No?... Sigue á ver.

TONO. ¡Qué preciosa eres, Manuela!...

MANUELA. No abultes...

TONO. ¡Así Dios me salve!

MANUELA. (Abajando los ojos.) No quiero...

TONO. Mira que si me dejaras robarte un beso...

MANUELA. No.

TONO. Había de quedar muy obligado.

MANUELA. No quiero...

TONO. Ya lo sé. (Abrazándola.) Pero como no es más que uno, de los pequeñitos, y por el bien de un alma que lo necesita muy de veras...

MANUELA. (Inmóvil.) No quiero...

TONO. Anda, mujer, que casi es limosna. ¿Lo robo?

MANUELA. No lo hagas, que me enfadaré mucho después.

TONO. ¡Después!

MANUELA. ¡Sí!

TONO. ¡Entonces!... (La abraza mejor y ella dá media vuelta, suponiéndose que la besa al estar de espaldas al público.)

MANUELA. (Incomodada.) ¡Me engañaste! Fueron dos.

TONO. Es que el primero no salió bien.

MANUELA. Por que yo no quería.

TONO. Ya lo sé.

MANUELA. Y no vuelvas á intentarlo porque otra vez no lo consigues. ¡Ay, lo que es otra vez, no!

TONO. Oye muy seria. ¿Voy á tunar el sábado á tu puerta?

MANUELA. ¿De novios?...

TONO. De novios.

MANUELA. Yo no sé si te gusto...

TONO. ¿Y eso no está á la vista, mujer?

MANUELA. Bueno; vé á las diez. ¡Y muy formal!

TONO. (Abrazándola.) Muy formal. Qué rico me lo supo, riquiña...

MANUELA. (Inmóvil.) No quiero, no quiero...

ESCENA XVI

DICHOS: ABAD Y DON ROMUALDITO, por derecha.

ROMUAL. ¡No pase, no pase!
MANUELA (Escapándose por izquierda.) ¡Ay!... (Tono sale por foro, más despacio.)
ABAD ¿Qué ocurre?
ROMUAL. He visto abrazarla...
ABAD Pues déjeme que lo vea yo también.
ROMUAL. ¡Qué horrible pecado!
ABAD Eso no es horrible.
ROMUAL. ¿No?
ABAD ¡Ni pecado!
ROMUAL. ¿Cómo que no?
ABAD ¡Como que no, porra!
ROMUAL. Señor Abad, es imposible que el pensamiento de usted sea ese...
ABAD ¿Por qué?
ROMUAL. Sería un desatino...
ABAD ¿Y por qué no es posible que diga yo un desatino?
ROMUAL. Porque... dado el buen juicio de usted... uh... uh... *quiá clarisimus intelectus*...
ABAD ¡En castellano, Cura, en castellano!

ESCENA XVII

DICHOS: AMARO, por foro.

ROMUAL. ¿Y don Rosendo?
AMARO En el mirador de la huerta, acechando si llega el hijo...
ABAD Está impaciente. Es natural... (Mutis por foro Abad y Romualdito.)

ESCENA XVIII

AMARO, PEREGRINA, por derecha.

PEREG. ¡Qué majo te pintas hoy, Amaro.
AMARO ¡De tí no hay qué decir! Y no es menester que te emperejiles con lo bueno, que te caen bien todas las ropas, y hasta sin ellas puede que...

PEREG. ¿Qué?... (Seria.)
AMARO ¡Se te ha colorado la cara!
PEREG. ¡Claro!
AMARO Rojo, Peregrina, rojo, que es color de flores del campo y de mozas con juventud.
PEREG. ¡No disparates!
AMARO Si no te hubieras tornado en tan señorona, algún pobre te diría cosas como los ricos, y más ricas que las suyas. Pero tienes maestro para tí sola y aprendes muchos humos.
PEREG. ¿Y total qué sé?... Cuentas y una miaja de Geografía y de Historia.
AMARO ¡Mira que saberes para una mujer! ¿No te bastaba la costura y el planchado y el arreglo de una casa... y el oir que eres guapa?...
PEREG. Eso no es ciencia.
AMARO Pregúntaselo á las feas; pero como tú no lo eres...
PEREG. Porque tú no te fijas.
AMARO ¡Fijo, fijo! Lo que te dejas ver, me lo sé de memoria, y lo demás anda por la imaginación muy abultado. Mucho te quiero...
PEREG. Y yo no.
AMARO Eso repites, pero á veces...
PEREG. ¡Manos quietas!
AMARO Es vicio del país.
PEREG. ¡Más que sea! Y si te da comezón, átalas.
AMARO ¡No aguantas una broma, mujer!
PEREG. ¿Y á qué llamas tú serio entonces, si el tocar no lo es?
AMARO Bien te pedí amores por la iglesia... ¿y no quieres?
PEREG. No.
AMARO ¿No?... (Tira rabioso el sombrero al suelo.)
PEREG. ¿Es el nuevo?
AMARO Es.
PEREG. Lo vas á estropear, y lo del amor no adelanta nada con eso.
AMARO (Recogiendo el sombrero.) ¡Qué soberbia eres! Tu cuerpo y tu cara, tu andar y tu estarte

quieta, toda tu persona llama á todas las voluntades de un hombre, pero tú no vas nunca á ellas, que eres tú, Peregrina, como campana de iglesia que llama á todos á la misa, y ella á misa no va nunca.

PEREG. En el querer no hay mandar, Amaro.

AMARO ¡Das siempre con un martillo, mujer!

PEREG. (Acercándosele.) ¿Y por qué no hemos de quedar buenos amigos?

AMARO (Brusco.) No. Con amistad me prendes y con amor me despides, como si te fuera en gusto llevarme y traerme á tu capricho.

PEREG. (Afectuosa.) ¿Amiguiños, Amaro?...

AMARO No. Campana que llamas á misa y que á misa no vas tú nunca, voltea tú sola; no me voltees á mí.

PEREG. ¿No quieres?...

AMARO No. Y disimula la molestia, Peregrina. (Mutis por izquierda.)

PEREG. Para ser día tan señalado en esta casa, un poco sueltos andan los demonios: ¡mucha agua bendita les hace falta!...

ESCENA XIX

PEREGRINA, JOSE, por derecha

JOSÉ Doña Peregrina...

PEREG. Hola, José.

JOSÉ Ahí dejo un ferrado de nueces para el amo, y para todos, que también los pobres festejamos las fechas.

PEREG. Gracias.

JOSÉ Don Endo ya me las dió de palabra.

PEREG. ¿Qué noticias tienes de la Ramona?

JOSÉ Ahora muy bien: está de ama de cría en una casa muy principal de Madrid, ganando mucho.

PEREG. ¿Y la otra chica?

JOSÉ ¿La Josefa?... Buena, gracias. También está aprendiendo para eso. ¿Y usted, doña Peregrina?

PEREG. ¡Yo no!

JOSÉ ¿Que si está usted buena?

PEREG. Yo sí.

JOSÉ Es lo primero. (Mutis José por foro, después de que entró Fungueiro y le hizo un par de reverencias.)

ESCENA XX

PEREGRINA. FUNGUEIRO, por foro.

FUNG. Buenos días.

PEREG. ¿Es usted?...

FUNG. Yo soy: tu humildísimo amigo, servidor y maestro, Bernardino Fungueiro, que tus pies besa.

PEREG. No chochees, Fungueiriño.

FUNG. Son cortesías que le caen bien á los señores galanes, como mi señor don Endo, y á las mozas que llevan rumbo de señoras, como mi señora doña Peregrina.

PEREG. Yo no pasaré de moza...

FUNG. No fué tal la misión que le encomendaron á mi desmayada sabiduría, sino por el contrario, la de pulirte y adecentar tus modales, haciéndote comprender las grandezas que en este mísero barro, que llamamos cuerpo, esparce la divina esencia, que llamamos alma.

PEREG. (Sonriendo.) ¿No le será mucha esencia para mí, Fungueiro?

FUNG. No, mujer, no, que en principio y en sustancia todos somos iguales.

PEREG. ¿Iguales el que aprende y el que enseña, el que paga y el que cobra?... ¿Para qué me dice mentiras?...

FUNG. ¿Y qué te voy á decir si no? ¿Creerás tú que uno tiene verdades que contar á cualquier hora?...

PEREG. Mal enseñador hace...

FUNG. Ya digo yo que no sirvo, ya; pero como me pagan por esto y por otra cosa no, pues no hay más andadura que la de ir adelante con la enseñanza. Me consuelo con la seguridad de que al fin iremos á un mundo mejor.

PEREG. ¿Quién lo duda?

FUNG. Pero sin prisas. Yo no soy impaciente. Bueno, á la lección.

PEREG. Hoy, no.

FUNG. ¿Y siempre estamos en que no? Por una causa ó por otra no estudias nunca y yo no cumplo lo que ordenó tu padrino al decirme: «Peregrina es lista de natural, pero no tiene instrucción ninguna. A ver, Fungueiro, si la desasna un poco».

PEREG. Fué muy amable el padrino.

FUNG. En resumidas cuentas: á mí lo mismo me da, y á tí, por lo visto, no te preocupan los ríos de Europa y las islas de Oceanía.

PEREG. Para no salir jamás de la aldea...

FUNG. ¡¡Y eso que, vr. gr., el Sahara ó Gran Desierto es de una magnificencia tal, de una hermosura tan intensa!!...

PEREG. (Interrumpiéndole.) ¿Usted lo vió?...

FUNG. ¿Verlo?, no: lo dicen los Compendios.

PEREG. Con poco se alegra. Y por el entusiasmo de usted, ¡reconcho! parecía que...

FUNG. (Escandalizado.) ¡Eh, eh, eh! Reconcho no está bien, Perigriniña. Es una interjección, que recuerda otras peores, y ni ésta ni las otras debes emplearlas.

PEREG. Esta se me escapó...

FUNG. Pues ya, que siga su camino. Y respecto del énfasis con que explico las alusiones geográficas, no te fíes mucho. Tras de 27 años, dándole que le das á las mismas asignaturas, yo digo por hábito y maquinalmente lo que al principio fué un recurso oratorio para conmover á mis discípulos: «La zona tórrida, señores», y entreabro la americana para darles idea del calor. «El helado Polo, señores»... y tirito de frío para inculcarles la idea de la baja temperatura... pero comprenderás que á esta distancia no me producen frío ni calor.

PEREG. Comprendido... y váyase. Hoy llega el hijo de don Endo.

FUNG. Que llegue. Tiene treinta y tantos años... Ese no viene para la escuela.

PEREG. No.



FUNG. (Encogiéndose de hombres.) Pues...

PEREG. Y el amo nos regala á todos una soldada más.

FUNG. ¿A todos?... ¡Por fin diste con una verdadera alegría, mujer!

ESCENA XXI

DICHOS: MANUELA, por izquierda.

MANUELA Oye, tú, haz un poco de atención por aquí, no vaya á entrar la Pastoriza: quiere ver al amo para preguntarle por el su hijo, de ella.

FUNG. ¿Otro que vuelve de América?

MANUELA ¡No diga blasfemias!

FUNG. ¿Yo?...

PEREG. ¿No sabe la historia de la Pastoriza?

FUNG. La Historia Universal nada más; por eso no sé la de nadie.

PEREG. Hablan de que se le marchó el hijo á las Indias, por amores que le contrariaba la madre.

FUNG. Uno de tantos emigrantes. Caso vulgar.

PEREG. Pasaron seis años sin noticias, y un día recibió carta del hijo anunciando que embarcaba en el *Oropesa*, de vuelta á España. En alta mar le dieron unas fiebres, murió, y con un saco, y más una piedra, lo echaron al agua.

FUNG. Es lo que debe hacerse: artículo 87 de la ley del 70.

PEREG. Y cuando en el muelle aguardaba la madre al hijo, y en vez del hijo le dieron un papelito...

FUNG. El certificado. Artículo 55 y siguientes.

PEREG. Con la pena y el espanto se volvió loca. (Pausa.) ¿No hay artículo para eso, señor Fungueiro?

FUNG. (Con el gesto más que con la voz.) No, no...

PEREG. Pero como lo malo aún puede ser bueno si Dios lo dispone, al perder el juicio se le borró la memoria desde el momento en que recibiera la carta. Sabe que el su

hijo, el Gaspar, ha embarcado; sabe que llega; y ya no sabe más... Y anda por ahí la infeliz, alegre y contenta, aguardando siempre á quien no ha de llegar nunca, y para enterarse bien á todo el mundo va preguntando: «¿cuándo viene el *Oropesa*, sabe»?... «Porque llega mi hijo, ¿sabe»?...

FUNG. (Desconcertado.) Caramba, caramba...

PEREG. Y no es más que eso la historia de la Pastoriza. Con su permiso, Fungueriño. (Y mutis Peregrina por derecha.)

FUNG. Caramba, caramba....

ESCENA XXII

DICHOS: menos PEREGRINA.

MANUELA Y aquí le echaron pronto por firme la desgracia, que el víspera de irse á la Coruña ladró un perro toda la noche junto á su puerta, y eso le es muerte de ausente.

FUNG. ¡Bah, bah!...

MANUELA ¿No lo cree?...

FUNG. Parlerías de comadres.

MANUELA ¡Ay, qué hereje! ¿Y no vió nunca la campaña?

FUNG. ¿Con los muertos, en procesión de muertos?... Nunca, ni tú tampoco.

MANUELA ¡Yo sí!

FUNG. Algún miedo que habrás pasado.

MANUELA ¿Y no es de mal signo derramar la sal y meter la llave del revés en la cerradura y hablar de aparecidos en la alcoba del enfermo?...

FUNG. Parlerías, parlerías...

MANUELA No sea descreído, ni se burle de cosas tan probadas, que el día menos pensado se lo llevan las ánimas, y estará muy bien, por impío.

FUNG. Si me llevan ya te contaré lo que pasa por los aires.

MANUELA ¡Quite, quite, que hoy está dejado de la mano del Altísimo!

FUNG. Y si vuelvo te traigo un rabo de escoba con dedicatoria de bruja.

MANUELA ¡Calle, por Dios, que es de mal agüero y va á traer degracia!

ESCENA XXIII

DICHOS: ROSENDO, por foro.

ROSENDO ¿Por qué pelean?

FUNG. Porque la Manuela habla de los trasgos y de los fantasmas como si fueran de la familia.

ROSENDO ¿Y una persona de la cultura de usted lo niega?

FUNG. (Espantado.) ¿Negarlo?... (Obsequioso.) No, señor; no, señor...

ROSENDO Cierto que exageran, pero la figura corpórea del enemigo malo está reconocida por la misma Iglesia.

MANUELA ¿Lo ve?

ROSENDO Y que puede venir á tentarnos en forma humana, es indiscutible.

MANUELA ¿Ve cómo pueden tentarnos?

FUNG. ¿Quién lo duda?

MANUELA (A media voz.) ¡Hereje!

FUNG. (Desesperado) ¡Manuela!

MANUELA ¡Herejísimo! (Y mutis por izquierda.)



ESCENA XXIV

ROSENDO y FUNGUEIRO

FUNG. Estoy de acuerdo con usted. A estos, como son tan ignorantes, se lo niego todo...

ROSENDO Mal hecho...

FUNG. Eso opino también yo. ¡Ah! don Rosendo, muchas gracias.

ROSENDO ¿Por?...

FUNG. Esa soldada de más que nos concede.

ROSENDO Es para los criados.

FUNG. Tal me considero de usted.

ROSENDO No me atrevía.

FUNG.	Pues atrévase.
ROSENDO	Bueno.
FUNG.	Una duda. ¿Este sueldecito de plus es del mes ó del año? Porque varía bastante...
ROSENDO	Soy muy dichoso y quiero que lo sean todos. Del año.
FUNG.	Gracias. Es un dolor que no le vengan hijos más á menudo...
ROSENDO	Quizás cambiara un poco...

ESCENA XXV

DICHOS: PASTORIZA, por foro.

PASTORIZA (Siempre risueña y dulce, viene desde lejos canturreando los dos últimos versos de la poesía de Curros Enríquez. Los dirá parada, en la ventana, sonriendo.)

Lonxe d'ela, de pé sobr'a popa
d'un aleve negreiro vapor
emigrado, camiño d'América,
vay o probe infelis amador.

(Hablado.) ¿Hay permiso? (Entra.) Buenos días nos dé Dios.

ROSENDO	Buenos, Pastoriza.
PASTORIZA	Vengo del Excelentísimo Ayuntamiento, pero no me dejaron entrar junto al Alcalde.
ROSENDO	¿Deseabas algo?
PASTORIZA	Una pregunta. Quizás usted...
ROSENDO	Quizás...
PASTORIZA	¿Puede decirme cuándo le llega de fijo el *Oropesa* á la Coruña?
ROSENDO	Aún tardará...
PASTORIZA	Poco andan los barcos por el mar...¿ó será que hay muchas leguas?...
ROSENDO	Eso.
PASTORIZA	¿Es que viene el mi hijo, sabe? ¿Mi Gaspar, mi Gaspariño, sabe?
ROSENDO	Sí, sí...
PASTORIZA	Tuve carta suya, que embarcaba el doce, y como hoy somos veinticuatro; no, veinticinco; no, veinticuatro... (Riendo suavemente) ¡Nunca le sé bien esto de los días!...

ROSENDO	A veinticuatro estamos.
PASTORIZA	Y decía yo que puede ser que venga cerca ya...
ROSENDO	No. Hasta el seis ó el siete próximo...
FUNG.	El siete...
PASTORIZA	¿Tanto aún?... Estoy esperando un día bueno y los demás parecen cativos y que no valen. ¡Pero ese, sí! !Llegará la noche de ese día y aún he de ver al sol rebrillando entre la luna y las estrellas!... (Se entusiamó; ahora humilde.) Han de dispensar que viva tan gozosa, pero le hace ya que no ando junto de él ocho años; no, nueve, no, ocho... (Volviendo á reir quedamente.) Tampoco lo sé nunca bien esto de los años... ¡qué burriña soy!...
ROSENDO	Dá igual...
PASTORIZA	No le llevo fijas más que dos fechas: tenía ya treinta y nueve cumplidos por el Apóstol, cuando marchó el hijo, y después cuento desde que marchó, pero ya no los sé cabales: años y años y años... ¿qué burriña soy, verdad?...
ROSENDO	Siempre es mejor no enterarse de los que van...
FUNG.	Y ya pasados, lo mismo es uno que mil. El pasado es como una fuente... no, como un pozo... no... ¡lo he leído hace pocos días pero se conoce que lo olvidé hace más pocos!
PASTORIZA	Para mí son muchos:... ¿Por qué se irán los hijos, don Endo, por qué se irán?...
ROSENDO	(Queriendo bromear.) Es el único modo de que vuelvan.
PASTORIZA	¡Y qué dulzura la de aguardarles, Virgen de la Pastoriza! La miel es agria comparándola.
ROSENDO	Y máxime no habiendo motivo de rencor. Mi Jacobo se fué por impaciencias juveniles, no por disgustos ni por contrariedades siquiera.
PASTORIZA	Y mi Gaspar lo mismo. (Exaltándose.) Dijeron las malas lenguas — que la tiña los

cubra y la sarna los recubra cuando sanen—dijeron esos malvados...—¡Permita la Santa Pastora que cieguen si dicen que lo han visto, ó que no oigan ni los truenos si dicen que lo oyeron!... — dijeron esos pillos...—¡Mala miseria los coma!

ROSENDO Cálmate, cálmate: no hay que darle importancia á murmuraciones.

PASTORIZA (Calmada.) ¿Verdad?...

ROSENDO Indudablemente.

FUNG. ¿Qué dijeron?

PASTORIZA ¿Quiénes?

FUNG. Tú sabrás, que lo referías.

PASTORIZA ¿Yo?... ¿Qué decía yo, don Endo?... Han de perdonar, mis señores, que á las veces andan los pensamientos por mí, como los pájaros por los árboles, que no saben de qué rama vienen ni á qué rama van los pobres.

ROSENDO Todos nos trascordamos.

PASTORIZA ¡Ay! ya sé en qué rama estoy.—Dijeron esos condenados... — ¡en los infiernos se vean por infernadores!...—que Gaspariño marchara porque yo le contrariaba unos amores... ¡Y es mentira, como hay Dios que lo es! ¡Por mi salvación, señor!

ROSENDO Nadie ha dicho eso.

PASTORIZA ¿No?

ROSENDO No.

PASTORIZA ¿Me perjura que no?

ROSENDO No.

FUNG. (Cuando ella le mira.) No.

PASTORIZA ¿Entonces soy yo quien lo dice nada más? ¿Y ustedes podrán asegurar que de mí lo oyeron?

ROSENDO ¡Qué vamos nosotros á repetir esas palabras! Como si no las hubieras pronunciado.

PASTORIZA ¿No las dirán?

ROSENDO No.

PASTORIZA (Con angustia.) ¿No, don Endo?

ROSENDO No, mujer, no.

FUNG. (Cuando ella le mira.) No.

PASTORIZA (Besando el faldón de la chaqueta de Rosendo.) ¡Ay, qué buenos son!

ROSENDO Vete en paz.

PASTORIZA ¡Ay, qué buenos son, Santísima Trinidad!... (Gozosa.) ¡Y yo qué burriña por temerlo de tan buenas almas! (Marchando á espaldas y poniendo el dedo en los labios para pedir silencio.) No lo digan nunca, que es un contra Dios muy grande; no lo digan, no lo digan...

ROSENDO No. Esperadora de esperanzas. Madre de ausentes, que la paz sea contigo y con tu espíritu...

PASTORIZA (Le mira, sonríe y canturrea, marchándose tranquila por el foro derecha, sin mirar cuando pasa por la ventana.)

Lonxe d'ela, de pé sobr'a pópa
d'un aleve negreiro vapor,
emigrado, camiño d'América,
vay o probe infelis amador...

ESCENA XXVI

ROSENDO y FUNGUEIRO: luego TONO, por el foro

ROSENDO Siempre así...

FUNG. El pasado es un pozo, no, una fuente... no...

ROSENDO ¿Piensa usted en eso? (Despreciativo.) Le envidio á usted, Fungueiro.

TONO (Entrando escapado.) ¡Señor mi amo, ahí viene la yegua!

ROSENDO (Intranquilo.) ¿Y Jacobo?

TONO Encima.

FUNG. Claro.

TONO Claro no, que se pudo caer.

ROSENDO ¿Pero no se ha caído?

TONO No, señor. Vienen los dos y el espolique.

FUNG. Que son tres.

TONO Y el perro.

FUNG. Que son cuatro.

ROSENDO ¡Avisa á la gente!

TONO (Gritando, mutis por derecha.) ¡Peregrina! ¡Manuela! ¡Amaro!

ESCENA XXVII

ROSENDO y FUNGUEIRO

FUNG. ¿No adelanta usted á recibirle?
ROSENDO No. Aquí será más honda la impresión de bienvenida. Quiero que todo, desde las personas hasta los muebles y los muros de la casa, le hablen á una sola voz y á un mismo tiempo del encanto de ser recibido como á dueño y señor de los Pazos de la Tarroeira. ¿No le parece á usted?...
FUNG. (Encogiéndose de hombros.) A mí... (Arrepintiéndose.) Me parece admirablemente la idea.

ESCENA XXVIII

DICHOS: unos tras otros y á su tiempo, PEREGRINA, TONO y AMARO, por derecha. ABAD y ROMUALDITO, por derecha. MANUELA con un cofrecito. MARUJA con un llavero y tres ó cuatro muchachas con las cestas. Quedan colocados todos á izquierda, menos ROSENDO, en el centro, y los curas á derecha. JOSÉ á izquierda. Fuera pueden oirse algunos cohetes.

PEREG. Ahí tiene al su Jacobo, don Endo.
ROSENDO Mío es, porque yo le dí la vida: en lo demás no es mío ya...
PEREG. Abrácele bien fuerte.
ROSENDO Descuida.
MANUELA Muchas gracias por la soldada, señor amo.
MARUJA Muchas gracias.
TONO Y que siempre haya para más.
FUNG. ¿Recuerda usted que yo también se las dí?... Por la de todo el año, ¿recuerda usted?...
ROSENDO Sí, Fungueiro, sí.
FUNG. Eso me tranquiliza.
ABAD ¿En dónde está ese mozo?
ROSENDO Aguarde, señor Abad. Aquí hemos de esperarle.
ABAD ¿Y yo voy á estarme quieto?
ROSENDO Si es posible, sí, señor.

ESCENA XXIX

DICHOS: La voz de JACOBO, fuera. Luego JACOBO y el espolique por foro.

LA VOZ (Lejana.) ¡Padre!
FUNG. ¡Ahí está!
ROSENDO Ya le oigo... (Pausa.)
JACOBO (Más cerca.) ¡Padre!
FUNG. ¿Oye usted?...
ROSENDO Oigo, oigo...
ABAD ¡Vaya usted, porra!
ROMUAL. ¡Señor Abad!
FUNG. ¡Qué claras las suelta! (Pausa.)
JACOBO (De americana y con una sola espuela, entrando.) ¡Padre!...
ROSENDO (Abrazándole.) ¡Jacobo!
FUNG. (Quitándosele.) ¡Jacobete!
JACOBO (Después de mirarle un momento.) ¡Fungueiriño!

ESCENA XXX

DICHOS: PASTORIZA por foro

PASTORIZA Jacobo... ¿Has visto á mi Gaspar por allá?
JACOBO (Indiferente.) No.
PASTORIZA ¿No?... (Lenta y silenciosa va á sentarse en el banco que habrá al pie de la ventana, quedando abstraida y sin mirar á nadie, haciendo rayitas en el suelo con una vara verde que solo tiene hojas en un extremo.)
ROSENDO En tu ausencia, día y noche ha brillado esa luz pidiéndole á la reina de los cielos protección para tí. Apágala tú. (Jacobo va á la imágen, se persigna, reza un momento y apaga la luz, besando la repisa, mientras sigue hablando Rosendo.) Y esta misma tarde iremos al santuario de Tárrade para que enciendas por tu propia mano la luz que no ha de apagarse jamás mientras exista por el mundo un señor de la Tarroeira que cumpla nuestra voluntad en lo futuro como nos-

otros cumplimos la de nuestros antepasados.

ABAD Amén.
TODOS Amén.
JACOBO Iremos.
ROMUAL. *Jacobus...*
JACOBO (Sorprendido.) Señor cura...
FUNG. (Al oído.) No tengas miedo, es que te bendice.
ROMUAL. *Benedictus, Jacobus. Dixitque Pater tuus; jam lætus moriar, quia videm faciem tuam et superstitem te relinquo.*
FUNG. Ya terminó.
JACOBO Muchas gracias... y lo mismo digo: tanto gusto en saludarle...
ROMUAL. Su humilde capellán, en los Pazos.
ABAD Yo soy el abad de Tárrade. (Dándole una palmada.) Ya te diré en dónde hay buenas perdices. ¿Eres aficionado?...
ROSENDO Escúchame, Jacobo. No vuelves á mi cariño, porque de él no te aparté jamás: vuelves únicamente á la casa y ella va á recibirte como á dueño suyo. Habla, Amaro.
AMARO (Consultando su librito.) Seiscientos ferrados de trigo se lograron este Septiembre.
ROSENDO Trescientos son tuyos.
AMARO Mil sesenta de maíz...
ROSENDO Quinientos y más son tuyos.
JACOBO Padre...
AMARO Las rentas y pensiones, con los foros suben á...
JACOBO Te suplico que no insistan en eso ahora.
ROSENDO Calla, Amaro. Tú dispondrás cuando quieras saberlo. Habla, Tono.
TONO Santiago le vea venir, señorito Jacobo, y le tenga de su mano.
JACOBO Y á tí.
TONO A nos también.
ROSENDO Habla.
TONO Diez y siete vacas lecheras y once terneros recontamos hoy. Ciento catorce ovejas y merinas...
FUNG. ¡Caray!...
TONO Ocho yuntas de bueyes para la nuestra labor...

JACOBO (Riendo.) Pero padre...
ROSENDO No soy yo, es la casa quien te habla. (A Tono.) Sigue.
TONO De cerda, sin ofender, hay...
JACOBO ¡Calla de una vez!
ROSENDO Calla, Tono. Habla tú, Peregrina.
JACOBO ¿Es la ahijada?... Estás hecha una buena moza, y guapa... ¡cuidado si estás guapa!...
ROSENDO Déjala que hable, que esto de la hermosura ya con la presencia te lo dice.
ROMUAL. (Aparte al Abad.) ¿Ve usted el peligro?...
ABAD No.
JACOBO La espiga ha madurado espléndidamente...
ROSENDO Déjala (A Peregrina.) Habla.
PEREG. En la bodega hay veinte cántaras del Rivero y dos del Tostado; la despensa, ahita de conservas; los tres hórreos, cuajados de maíz de otro ogaño; los dos palomares repletos de palomas...
JACOBO Calla, Flor de los Pazos...
ROSENDO Calla. De todo, la mitad es tuyo. De esto, que van á hablarte sin hablar una palabra siquiera, todo es tuyo y nada es mío. Adelantad vosotras.
MANUELA Las alhajas...
MARUJA En el armario grande están los vestidos y la ropa blanca. Las llaves...
JACOBO ¿Ya tenéis la boda preparada? Y la novia ¿cuál es? ¿Tú?...
ROSENDO Todo es tuyo, Jacobo, que todo fué de tu madre.
JACOBO (Desconsolado, echándose en brazos de Rosendo.) ¡Ay, mi madre!
FUNG. No llores, rapaz...
ROSENDO (Apartando á Fungueiro.) Déjelo, que razón tiene para llorar.

ESCENA XXXI

DICHOS: el ROMERO, por derecha.

ROMERO Señor de los Pazos de la Tarroeira, cumplida va mi hambre y mi sed. (Se arrodilla.) *(Empieza á caer el telón muy lentamente.)*

ABAD ¿Qué hace, hombre?

ROMERO Permítame, que es penitencia. Que el Señor de los Mares y de las Tierras y de los Cielos mire por tí y por tus hijos y por los hijos de tus hijos...

ROSENDO Amén.

ROMUAL. (Acercándose.) *Benedictus, Jacobus. Et in memoriam mater tuam...*

PASTORIZA (Sin levantar la vista del suelo.)

Emigrado, camiño d'América
vay o probe infelis amador...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

A izquierda, el umbral de los Pazos, con bancos de piedra, adosados. A derecha un crucero. A foro, muralla; forillo, árboles. Es en Octubre: de día y con sol.

ESCENA PRIMERA

JACOBO, sentado; MARUJA, JOSE por derecha, con una cesta de flores y ramas; se sientan ambos en el crucero.

JOSE Más flores...

MARUJA Llevamos un mes, desde que vino don Jacobo, en que la casa florece todos los días...

JACOBO Si lo hacéis por mí, yo os lo agradezco.

JOSE Por usted también, sí señor; pero nos lo mandó la Peregrina.

JACOBO Es un trabajo más que os dáis.

MARUJA Esto no es trabajar. ¿Y á usted no le cansa, don Jacobo?

JACOBO ¿El qué?

MARUJA El no hacer nada.

JACOBO No.

MARUJA Pues Dios le deje seguir con esa labor.

ESCENA II

DICHOS: ABAD, por derecha.

ABAD (Abriendo él mismo el portillo.) Buenas tardes.

JOSE (Apresurándose á cerrarlo.) Muy buenas.

ABAD ¿Cómo andamos Jacobo?

JACOBO Ya bien.

ABAD ¿Fuerte del todo?

JACOBO — Sí. ¿Y usted?...

ABAD — Se pasa. Vengo del entierro de ese pobre Juanillo, el del lugar de la Feria, y no han dado mal de almozar, no, señor.

JACOBO — Bueno es siquiera...

ABAD — Y tú, ¿te reconciliaste ya con los Pazos?...

JACOBO — Sí... Confieso que me mortificaron un poco las mudanzas que encontré en ellos...

ABAD — Ha ganado mucho esto. Tu padre hizo grandes reformas.

JACOBO — Y es otra casa ya: no es la que yo recordaba...

ABAD — ¿Y la Capilla?... ¡¡Ahora realmente es una Iglesia!!

JACOBO — Sí... pero no es la Capilla.

ABAD — Es mucho mejor.

JACOBO — Mejor, pero es otra. Y otras mejores, las he visto en muchos sitios. Venía con recuerdos de la niñez, ansioso de encontrarlos... ¿no están? Paciencia. Y por no estar, ni siquiera los tres ó cuatro amigos de la infancia...

ABAD — El tiempo es el tiempo. Cuenta con él, Jacobo, si no quieres llevar muchas decepciones. En tu cuarto tienes una fotografía de cuando eras chico: compárate... Y si tú has cambiado, no te sorprendas de que cambie todo lo demás.

JACOBO — No me quejo del cambio de las cosas materiales, que vengo de viajar y muchas mudanzas de cosas habré visto... ¡pero sí me quejo de la tristeza de este caserón!

ABAD — ¡¡Tristes los Pazos!! ¿Pero cómo los miras?

JACOBO — Me quejo de estas gentes adustas...

ABAD — Si es que no te conocen...

JACOBO — Y me quejo de estas nieblas que mañana y tarde caen sobre la casa y dan frío en el cuerpo... y en el alma. He vuelto con muchas ilusiones, pero al encontrar todo tan cambiado, tan mezquino...

ABAD — ¡¡Jacobo!!

JACOBO — Sólo pienso en mandar que vuelvan á encender la luz del ausente.

ABAD — Calla, ¡eso no lo has dicho! (Pausa.) El señor Capellán está ahí.

MARUJA — Atienda, señor Abade. No le fué nada bien al mi hombre con aquella medicina...

ABAD — ¿Qué le duele?

MARUJA — No le duele cosa particular, pero el alma no le lleva el cuerpo á ningún lado. Para mí que es cansancio...

ABAD — Será: que se esté quieto.

MARUJA — Ya se lo predico, pero como tiene el genio así, no puede, y está siempre rebulle que te rebulle.

ABAD — Pues dile que no rebulla.

MARUJA — De su parte de usted.

ABAD — Yo le disculparé del trabajo unos días, y por unas pesetas no os apuréis...

MARUJA — (Besándole la mano.) Si usted no va al cielo, vestido y calzado, no le va nadie.

ABAD — Bueno, bueno, adiós.

MARUJA — Usted lo pase bien.

ABAD — ¡Ah!, oye: y no rebullas tú...

MARUJA — Quite, señor.

ABAD — No haga el diablo que la enfermedad seas tú.

MARUJA — Quite, señor, quite, que es cansancio natural.

ABAD — Bueno, bueno... (Maruja se aleja y vuelve á su faena.)

JOSE — (Tirándole de la levita.) Señor Abade, señor Abade...

ABAD — ¿Qué te pasa á tí, José?...

JOSE — A mí, nada: á la tierra. En sazón estamos y no planto. Anda la luna muy revuelta y no vaya á perderse la semilla.

ABAD — No importa. Húndela en tierra un par de dedos más que de costumbre.

JOSE — ¿Bastará?

ABAD — Sí. Y reza un Credo.

JOSE — El caso es... que Credo no le recuerdo bien yo solo: ¿será lo mismo dos Ave-Marías?

ABAD — Lo mismo.

JOSE — Tan agradecido. Ya le mandaré primicia de lo que recoja.

ABAD — Bueno, adiós.

JOSE — Diga además, si no le enfada. ¿Sabe que no le quieren al mi hijo pequeño en la escuela?

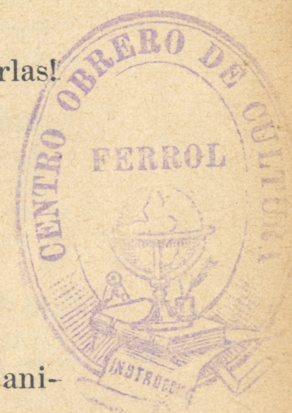
ABAD ¿Y eso?...
JOSÉ Dicen que va muy cochino...
ABAD ¿Y por qué no lo lavas?
JOSÉ (Sorprendido.) Tiene razón. El domingo lo llevo al río.
ABAD ¡Vaya!... (Mutis Abad por izquierda.)
JOSÉ ¡Es mucho hombre de saber este señor Abade!
MARUJA Y un santo...
JOSÉ Eso no sé...
MARUJA Yo sí. Y si no es un santo, peor para los santos.

ESCENA III

DICHOS, menos el ABAD. PEREGRINA, por izquierda.

PEREG. Ya le puse las orejas encarnadas al Miguel y le dije que no le despedía por misericordia.
JACOBO ¿Para qué le reprendiste?...
PEREG. ¡Sólo faltaría que un criado no le obedeciera pronto!
JACOBO Es un criado de mi padre, no mío.
PEREG. Igual, de los dos.
JACOBO No me conocen, y es natural, no me quieren.
PEREG. Eso del querer marcha un poco más despacio...
JACOBO A veces... Cuando estuve por aquellos países lejanos...
PEREG. Los Perús y los Méjicos...
JACOBO Encontré una mujer, moza y garrida, con rumbo en el aire, de cuello abajo, y guapeza en la cara, de cuello arriba, que mismamente se parecía á tí.
PEREG. De lejos viene la semblanza...
JACOBO Y, sin embargo, no se parecía á tí.
PEREG. Es á modo de acertijo: era y no era.
MARUJA Le andan en adivinanzas, señor José.
JOSÉ Déjalos, que en peor le podían andar.
PEREG. ¿Y en dónde marcaste la diferencia?
JACOBO Por los adentros. Tenía la voluntad pegajosa, como panal de miel, y los quereres

tornadizos como la punta del pañuelo que llevaba en la cabeza, y que iba y venía de un lado para otro tan sólo con que el viento lo empujara.
PEREG. ¿Y te gustó esa volandera?
JACOBO Sí.
PEREG. ¿Y te prendaste de ella?
JACOBO No: de la que á ella se parece.
PEREG. (Enfadada.) ¡Mira que no quiero esas burlas!
JACOBO Son veras.
PEREG. ¡Tampoco las quiero!
JACOBO ¿No?...
PEREG. No.
JACOBO ¿Pero un no muy grande?...
PEREG. Ponlo mediano...
MARUJA Ya está, señor José.
JOSÉ ¿Qué está?...
MARUJA Adivinada la adivinanza.
JOSÉ ¡Lo que tardáis en enteraros!... ¡Muy animalitos sois!
MARUJA ¡Cualquiera diría que usted viene de Salomón!
JOSÉ Quién sabe, hija, quién sabe...
PEREG. (Apartándose de Jacobo, que apremia un poco.) ¡No vayan á pensar lo que no hay.
JACOBO Pero habrá...
PEREG. No. (Lo dice seria, luego sonríe y marcha al crucero.) Más vale que nos cuente cosas de esos mundos... Aunque embustea un poco, son muy divertidas.
JACOBO Para demostrar lo obediente que soy: pues, señor...
MARUJA ¡Ay! si es cuento que no sea de embrujorios, que hace noches me contó uno Perico, y no pude dormir con él.
JOSÉ (Grave.) Con el cuento, señor.
JACOBO Ya, ya. Vosotros, que os consideráis pobres, teniendo cada uno vuestra casa independiente, ¿qué diríais si viéseis á los ricos hacinados en aquellas moles de dieciocho y veinte pisos?
PEREG. Buena gana de reventarse subiendo y bajando.
JACOBO Tienen ascensores.
MARUJA ¿Qué tienen?



JACOBO Unas cajas que llevan á las gentes. Viene el portero, toca un botón, y arriba.
MARUJA ¿Y qué botón les toca?
JACOBO Uno eléctrico.
MARUJA Esas mentiras le son para vos, que por mí no cuelan...
PEREG. Sí, Maruja, sí. En Vigo hay uno.
JOSÉ Por Vigo le andan también muchos judíos de esos protestantes.
JACOBO Sí, pero eso es otra cosa.
JOSÉ Será, sí, señor; pero le andan.
JACOBO A una de esas casas fuí yo un día á visitar á un amigo; desde el balcón, para ver volar á los gorriones, hay que mirar hacia abajo.
MARUJA ¡Muy trolero le es, don Jacobiño!
JACOBO Palabra.
PEREG. Así se comprende que este vivir nuestro, tranquilo y natural, no le dé sabor...
JACOBO Mírame.
PEREG. (Bajando los ojos.) ¿Para qué?...
JACOBO Mírame.
MARUJA ¡Mírale, mujer!
JACOBO (Cuando ella le mira.) Ahora vivo más á gusto.
MARUJA Gracias.
JOSÉ No va contigo.
MARUJA ¿Y qué más tiene? Lo que á una moza se le dice, todas las mozas lo agradecen.
JOSÉ Tú no lo eres ya, que tienes marido.
MARUJA ¡Pobriño! Déjelo, que está enfermo.
JOSÉ Si le cuidaras...
MARUJA ¡Ya le cuido y más una novena que voy á hacerle para que sane!
JOSÉ Eso le debes, que es hombre de bien.

ESCENA IV

DICHOS: FUNGUEIRO, por izquierda.

FUNG. ¡Peregrina!... ¿Y la clase?
PEREG. (Riendo.) Hoy no.
FUNG. (Indignado.) ¿Hoy no y ayer y anteayer no?... ¿Cuándo dices que sí?...
MARUJA Lo dirá para otras cosas. No se desespere tan pronto.

FUNG. Contigo no hablo. ¿Vienes?
PEREG. ¿Y para qué?...
FUNG. ¿Cómo que para qué?...
PEREG. Sí, ¿qué me va á enseñar?
FUNG. Por enseñarte algo no quedaría...
PEREG. ¿Y valdrá tanto como un día hermoso y un estar bien acompañada? ¿Y después de saberlo, qué me importa á mí, por ejemplo, que el Miño sea de España ó de Portugal, ó de los dos, ó del demonio, ó que no haya semejante río por el mundo?...
FUNG. Ni á mí; eso es cierto.
PEREG. Y que un rey mandó después que otro, ó que no llegó á mandar ¿qué me importa, Fungueiro, que me importa?
FUNG. En eso estamos todos, sólo que tú no quieres guardar el secreto.
PEREG. Y aun cuando llegase á reunir la ciencia de usted, ¿qué habíamos adelantado?... ¿A usted para qué le sirvió?... ¿Para llegar á viejo y llegar pobre?... ¡Pues mire, Fungueiriño, lo que es á eso se le llega también sin saber nada!
JACOBO Tiene razón.
MARUJA ¿Y no la ha de tener?... Porque ustedes los sabios le andan muy á la cola en todo lo que no es sabiduría. (Acercándosele.) Poco se enteró cuando la Generosa se le fué con otro...
FUNG. Menos enterado estaba el otro: la prueba es que se escapó con ella.
MARUJA Por ahí discurre bien.
FUNG. Gracias.
PEREG. Y ya que estamos conformes, quitaremos la molestia y desde hoy se acabaron las lecciones.
FUNG. ¡¡No!! Y mis seis duros ¡recontra! ¡se van á terminar también! ¡Recapacítalo, mujer!
PEREG. Le diré á don Endo que seguimos y le pediré ocho.
FUNG. Pídele diez. El no hacer nada lo vale lo mismo.
PEREG. Diez. ¿Quiere más?...
FUNG. No me lo dejes á mí, que abuso.
PEREG. (Haciéndole una caricia.) ¿Y hoy, perdona?

FUNG. Insiste un poco.
PEREG. ¿Perdona?...
FUNG. ¿Pero mañana?...
PEREG. (Riendo.) Sí, señor.

ESCENA V

DICHOS: AMARO y TONO por derecha.

TONO Buenas tardes. ¿Aún no sale, don Jacobo? ¿Ya tendrá ganas?...
JACOBO ¡Figúrate! Venir de tan lejos con el afán de ver mis tierras... ¡y estarme un mes encerrado!
AMARO Las fiebres ya volaron.
JACOBO Sí, pero mi padre tuvo miedo á que la humedad de estos días pasados me hiciera recaer y no me dejó ir al campo.
PEREG. Bien hecho.
TONO Y tú, Peregrina, ¿curaste ya del susto?
JACOBO ¿Qué ha sido?
PEREG. ¡Nada!
TONO ¡Una bobería! Perdió la color y se puso como una difunta (Maruja se persigna) porque esta mañana entró un *murciégalo* en su habitación.
FUNG. Murciélago.
TONO Déjelo ir como iba, señor Fungueiro, que el pájaro no ha de cambiar por eso.
JACOBO ¿Les tienes miedo?
PEREG. De noche, no, que es su hora: de día sí, que es mal signo.
FUNG. Los envía la Madre Diablesa, peluda y bisoja.
PEREG. ¡Y eso es, aunque se burle!
TONO Y que esta, ahora, anda muy necesitada de signos buenos. Niégalo... ¿No fuiste anoche junto á la Pascuala, la echadora de cartas?
PEREG. Para saber mi destino, que eso acompaña siempre.
FUNG. ¡No seáis idiotas! ¡Que no son más que engañifas para sacaros los cuartos!
PEREG. ¡¡Ay, no diga!!

AMARO (Acercándosele mucho.) ¿Es falso que la lechuza llora como los niños?...
TONO (Acercándosele mucho.) ¿Y las campanas, no suenan ellas solas la noche de todos los Santos?
MARUJA (Furiosa.) ¿Y el lagarto de dos colas, aplastado contra una piedra blanca, no escribe los números de la lotería? ¡Diga que no!
TONO ¡¡Dígalo!!
FUNG. Digo que sí...
JACOBO Dejadlo, que es un hereje.
FUNG. ¿También usted, don Jacobo?...
PEREG. Un día se va á encontrar en un un mal paso, por descreído. No lo permita Dios, que le estimamos, Fungueiriño.
MARUJA (Escuchando.) Te llama don Endo.
PEREG. Voy. (Y mutis por la izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS: menos PEREGRINA

AMARO (A Tono.) ¡Anda como una reina!
TONO Yo no sé cómo andan las reinas, que no le topé ninguna, pero esta pisa firme.
JACOBO (A Fungueiro.) Es guapa, ¿eh?
FUNG. Yo no tengo opinión...
JACOBO ¡Reconocerá usted que es una mujer!...
FUNG. Eso, sí, señor.
JOSÉ Oiga, señor de Fungueiro, ¿cómo hay que poner los sobres para la América?
FUNG. Cerrados.
JOSÉ Dios le pague la respuesta. Pero, ¿qué se escribe?
FUNG. Según la nación. ¿Para dónde es?... (Se aparta hablando.)
JACOBO Maruja, ¿tú conoces á la Pascuala?
MARUJA ¿La echadora de cartas? ¿Y quién no?...
JACOBO ¿Quieres llevarle cinco duros de mi parte? Y si nadie se entera te doy á tí otros cinco.
MARUJA Buen negocio. ¿Y usted qué busca en ello? ¿Cambiar el destino de alguna persona?
JACOBO (Sonriendo.) Quizás...

MARUJA ¿De la Peregrina?...
JACOBO Quizás...
MARUJA Pero... ¿y las cartas van á favorecerle por una limosna?
JACOBO Quizás...
MARUJA ¡Entonces le sería mentira lo que dice la echadora!
JACOBO Quizás...
MARUJA (Persignándose.) ¡Jesús me valga! (Mutis derecha)

ESCENA VII

DICHOS: menos MARUJA; ROSENDO por izquierda

FUNG. Hoy no daremos lección. A Peregrina le duele la cabeza: creo que es la cabeza; pero puede que sea un pie, y si no, alguna cosa entre esas dos.
ROSENDO No la obligue á estudiar demasiado...
FUNG. ¿Demasiado?...
ROSENDO ¿Y adelanta?...
FUNG. En otros asuntos, tal vez: en sabiduría está como la de Balaán (burra de...)
JACOBO Bastante sabe...
FUNG. Bien, bien; hoy he despertado para no tener razón.
ROSENDO ¿Hiciste lo que te mandé, Amaro?
AMARO Sí, señor. Ya están los zagales juntando el ganado en el soto, y después arrearán con él para arriba, á traerlo delante de la casa. Y al tu hijo, don Endo, se le irán los ojos mirándolo, que gordas y lucidas, no hay bestias como las de la Tarroeira, con perdón sea dicho.
JACOBO ¡Aligera, padre! Que aún no he visto mis prados ni mis árboles. ¡Pero tan grabados los traigo en la memoria, que á obscuras acertaría con mis sitios predilectos! Empezaremos la visita por aquel cedro gigante, el Abraham de la Huerta, el Patriarca de los Pazos.
ROSENDO Ese lo tronchó un vendaval...
JACOBO ¡Qué dolor! Y que eso no se improvisa ni se sustituye...

ROSENDO Sustituirlo, sí. Plantamos dos en lugar del caído, y ya tienes ahí tanta sombra como antes.
JACOBO No es lo mismo.
ROSENDO No: pero, ¿qué le íbamos á hacer?... ¿No opina usted lo mismo, amigo Fungueiro?
FUNG. Sí, como ustedes dos.
ROSENDO ¡Pero es que los dos opinamos uno en contra del otro!
FUNG. No importa. Así no demuestro parcialidad.
ROSENDO Con este no hay peleas. Y como además, no hay quien le pida cuentas, vive dichoso, aunque un poco en egoísta. Sin familia, sin hijos...
FUNG. ¡Le diré á usted!... Hijos, lo que se llama hijos, no tengo, es verdad; pero tengo calumnias
JACOBO (Riendo.) ¡Fungueiriño!...
FUNG. Y aún puedo expresarme con mayor exactitud: calumnias tampoco, participación en los hechos calumniosos...
JACOBO Cuando yo marché, quedaba usted en amores y muy próximo á casarse. ¿Por qué se deshizo la boda con aquella Generosa?...
FUNG. Por Generosa, precisamente. Llevábamos relaciones muy serias: ella acariciaba la idea de casarse pronto, yo también la acariciaba algunas veces... Después... no me preguntes más... ¡Fué un episodio dolorosísimo!
ROSENDO (Aparte á Jacobo.) Se le escapó con uno... y volvió con otro.
JACOBO Menos mal.
ROSENDO ¿Aún escuece la herida? Le creía á usted más hombre.
FUNG. Yo también. Pero ya ve usted que los dos estamos equivocados.
ROSENDO Hay que ser más fuertes con las malas memorias, Fungueiro. Y con las buenas, Jacobo. Anda, ven y presenciarás un espectáculo curioso: es la hora de echar el maiz á las palomas y acuden en bandadas, á centenares.

JACOBO (*Contento.*) Sigue portándose nuestro viejo palomar, ¿eh?

ROSENDO No. El viejo hubo que derribarlo, porque se hundía...

JACOBO ¡Qué locura! ¡Emigrarían todas!

ROSENDO Ninguna. Se las encerró una temporada, criaron, y eso bastó para fijarlas en los nuevos palomares.

JACOBO (*Sentándose despechado.*) ¡Lo más cuerdo será no preguntar por nada!

ROSENDO Pero Jacobo, hijo, ¿volveremos á repetir por los campos las mismas tristezas que has sentido en la casa? Vamos, ven, y no tengas una congoja pueril por un árbol ó por una piedra más ó menos.

JACOBO No es el árbol, ni es la piedra, es que otra vez ¡y una vez más! recibo la impresión de que nada es indispensable en este mundo y de que todo se reemplaza y se sustituye.

ROSENDO Naturalmente. Perdiendo en unas ocasiones y ganando en otras, cuando desaparece ó muere ó se arruina, hay que sustituirlo. ¿Quién lo duda?

JACOBO Antes, yo: ahora, ni yo.

ROSENDO ¡Jacobo, Jacobo! Te entraron ganas de correr mundo y aquí dejaste abandonados árboles y cariños. Murió tu madre y no has pensado en volver por su muerte.

JACOBO ¡Padre!

FUNG. (*Calmándole.*) Don Rosendo...

ROSENDO Quedé yo solo y no has pensado en volver por mi vida. Y ahora vuelves con una tristeza por un árbol que se tronchó y con una mueca desdeñosa para todo lo que aún existe, y yo he mejorado con la torpe ilusión de agradarte á tí... ¿Te figuras que no leo en tus pensamientos?... ¡Comparas lo que has visto con lo que ves y todo te resulta muy pobre, muy triste, muy estrecho de horizonte!... ¡Lo veo en tí, Jacobo, lo veo! Y una vez más se cumple la irrevocable sentencia de que la Tierra lograda no se parezca á la Tierra soñada.

FUNG. Vayan, vayan á ver sus prados y sus bosques...

ROSENDO Tú dirás... ¿Vamos?

JACOBO (*Indiferente.*) Vamos. (*Mutis lento por derecha.*)

ROSENDO (*Aparte á Fungueiro.*) No lleva prados ni bosques en el corazón: los de la tierra van á parecerle muy mezquinos... (*Mutis por derecha Rosendo y Fungueiro.*)

ESCENA VIII

AMARO y TONO

TONO Amaro...

AMARO ¿Qué, Tono?

TONO ¿Por qué mundos habrá corrido el señorito que no vió troncharse los robles ni caerse los muros?...

AMARO Se imaginaría que iba á encontrar las personas y las cosas como él las dejó al marchar y ahora todo se le vuelven asombros.

TONO Conmigo se quedó viendo visiones. «¡Lo que has crecido, Tono!» Yo no pude menos de brincar y fuí y le dije: «Pero, ¿usted no ha crecido? ¡recontra! Pues deje usted crecer á los demás ¡reconcho!»

AMARO Tienes razón. Pero deja las flores.

TONO ¿Para qué nos querrá encanijados, hombre? ¡Es muy fantástico eso!

AMARO Mucho. Pero deja las flores, que no tienen la culpa.

TONO Ya están dejadas.

ESCENA IX

DICHOS: MANUELA, por izquierda.

MANUELA ¡Gracias á Dios que se te ve, hombre!...

TONO ¿Y eso?...

MANUELA ¿Y eso?... ¡Qué descastado eres!... Con piel de raposo te habías de vestir y muchos te conocerían.

Tono Es un suponer tuyo...

Manuela Ayer fué sábado... y estuve esperando á la puerta.

Tono Volvimos muy tarde de la feria, y como eran ya más de las diez... no te ví.

Manuela ¡A las diez estaba, y á las once estaba!

Tono Pero no estabas á las doce.

Manuela ¡Dijiste que pasaras más de las diez, embustero!

Tono ¿Y las doce no son más de las diez ¡caray!...

Manuela Son, son... ¿Tienes queja de mí?

Tono Al contrario: estoy muy agradecido, y así lo digo.

Manuela (*Intranquila.*) ¿Lo dices?

Tono A tí sola.

Manuela Eso, gracias á Dios, aún no es decirlo.

Tono ¿Qué te figurabas de mí?

Manuela ¿Y luego?... ¿Nos casamos?... La Maruja preguntó que cuándo.

Tono Solo porque ella lo sepa no es lugar de apresurarse.

Manuela Por nosotros, naturalmente. ¿Puedo ir preparando la ropa?...

Tono Puedes. En tenerla arreglada yo no veo mal.

Manuela Bien me decían que no te hiciera caso, que tú dejas y tomas una cada ocho días.

Tono Un mes llevamos: ya ves si mienten.

Manuela ¡Ya acertarán, ya, que todas te agradan y á todas las desprecias y yo pasaré igual que todas, que eres tú con las mujeres como el señor de Tenorio!... ¡Ay, si nosotras supiéramos antes lo que sabemos después de conoceros!...

Tono Pasaría lo mismo.

Manuela No digo que no; pero de otra manera. Y tú no te acerques más á mí. ¡No te acerques, ladrón!

Tono ¡Y si yo no me muevo!...

Manuela ¡Vete de ahí, renegado! ¡Vete, pillo!

Tono (*Riendo.*) ¡Que te pones guapa, Manuela!

Manuela ¡Vete, falso!

Tono Y enguapeciéndote no me voy.

Manuela Conmigo se acabaron ya las bromas.

Tono ¿A las nueve en tu puerta?

Manuela No.

Tono ¿A las nueve y media?

Manuela ¡Si es que no te quiero á ninguna hora!

Tono ¿A las diez?

Manuela A las diez, bueno. Muy falsos le son, madre mía, pero como en hombres no hay otra cosa...

Tono Y que hoy estás preciosísima...

Manuela ¡No vuelvas con embustes!

Tono Preciosísima, Manueliña. ¿Has visto las zarzas, llenas de moras?

Manuela Vílas, por Septiembre.

Tono ¿Y el cerezo, prendido de cerezas?

Manuela Todos los Junios.

Tono ¿Y el fresal cabeceando de fresas?

Manuela Todos los Mayos.

Tono ¿Y te has visto los labios tú?...

Manuela En todos los espejos, y en el agua clara, que da miedo el mirarla, porque tiembla ella y parece que tiembla una misma.

Tono (*Toda esta parte muy risueña y muy viva.*) Pues fresones, cerezas y moras no me apetecen lo que tus labios, Manueliña rica.

Manuela (*Inmóvil.*) No quiero...

Tono (*Abrazándola.*) Ya lo sé...

Amaro (*Tose. Cuando le miran.*) Es del catarro; ya hace días que lo tengo.

Manuela Dispensade, que le llevo mucha prisa. (*Mutis rápido por derecha.*)

Amaro Se conoce.

ESCENA X

AMARO y TONO

Tono No puede uno fiarse de que digan que no quieren.

Amaro Tú ya no te fías. Y esos modos tuyos son muy sencillos cuando las mujeres no interesan.

Tono Dí que tú eres un pasmón, que si no, otra avenencia tendrías.

Amaro Peregrina no es como las demás.

TONO — ¿Probaste?... ¿No?... Y entonces, ¿por qué lo niegas?... Dí que eres tú el pájaro bobo y no la desacredites á ella.

AMARO — Si yo no pensara que así adelantaría algo...

TONO — Experimenta á ver... De todos modos, el abrazo no le pierdes.

AMARO — ¡Quién sabe'...

TONO — De fijo que ganas. A lo mejor lo está ella deseando y quedas tú feamente.

AMARO — ¡Calla, que viene!

TONO — Pues más á punto... ¡Haz como yo! ¡Y buena suerte, Amaro! (Mutis por derecha.)

ESCENA XI

AMARO, PEREGRINA, por izquierda.

PEREG. — ¿Quién marcha ahora?

AMARO — Tono. ¿Es verdad que fuíste anoche junto á la echadora?

PEREG. — Sí.

AMARO — ¿A qué?

PEREG. — A que me diga el destino.

AMARO — ¿Y cuál es?...

PEREG. — Aún no respondió. Faltan cuatro vueltas de la tierra para el mudar de la luna, y esas aguardo la respuesta. Y antes he de llevarle manteca salada por mi mano, y una cosa que sea de persona que me quiera mal.

AMARO — ¿Y quién te querrá mal á tí, Peregrina?

PEREG. — Eso le pregunté yo, y entonces me dijo que le llevara cosa de persona que me quisiera muy bien. Por lo visto son las que están más cerca de querernos mal.

AMARO — ¿Te sirve algo de mí?...

PEREG. — No, gracias.

AMARO — Lo dije con voluntad, pero también lo dije ya sin esperanza... ¡Y yo cada día más preso en tí!... ¡Qué preciosa eres, Peregrina!...

PEREG. — Amaro...

AMARO — (Con timidez y con poesía; sonriendo.) Peregrina... ¿has visto las zarzas llenas de moras... los cerezos prendidos de cerezas... y el fresal cabeceando de fresones?... (Pausa; con esfuerzo y gravedad.) Pues fresones, moras y cerezas no me apetecen lo que tus labios, Peregrina.

PEREG. — (Enojada, pero sin violencia.) Amaro, Amaro...

AMARO — (Tendiéndole tímidamente los brazos.) Mira que si me dejaras gustarlos...

PEREG. — (Inmóvil y secamente.) No.

AMARO — (Empezando el abrazo.) Peregri...

PEREG. — (Inmóvil.) ¡No!

AMARO — (Desistiendo.) No puede ser... Las palabras suenan de otro modo cuando salen de otra boca. Tono aconsejó equivocado.

PEREG. — ¡Es un atrevido!

AMARO — Y yo lo soy, pero contigo no llego; me sobra el quererte.

PEREG. — ¡Igual adelantarías!

AMARO — (Fiero.) ¡Eso no! Que manso no soy y no le tengo miedo á nacido. ¡Dí que te quiero!

PEREG. — Aunque no lo diga.

AMARO — ¡Dílo, dílo!... Sin decirlo, no; que si desapartamos el amor entre nos y me queda la fantasía nada más, cuando me dé la gana ¡bésote!

PEREG. — ¡Amaro!

AMARO — ¡Como lo oyes!

PEREG. — (Retrocediendo.) ¡Amaro!

AMARO — ¡Y ahora mismo ha de ser!... (Con alma, pero sin gritar.)

PEREG. — ¡No!

AMARO — ¡Sí!

PEREG. — ¡No!

AMARO — (Trincándola.) ¡Sí!

PEREG. — ¡Amaro, suelta, Amaro!...

AMARO — ¡No!

PEREG. — ¡Suelta, ladrón!

AMARO — ¡No!

ESCENA XII

DICHOS: ROMUALDITO y después ABAD, por izquierda.

ROMUAL. (Cogiendo al Amaro.) ¿Qué es esto?

AMARO (Rechazándole con una mano, mientras con la otra sigue sujetando á Peregrina.) ¡Lo que sea!

ROMUAL. ¡Comprende que no es moral, ni decente, ni!...

AMARO (Rabioso.) ¿Me deja usted, sí ó no?

ABAD (Cogiendo á Amaro por el cuello y por un hombro.) Que también estoy yo aquí.

AMARO (Queriendo soltarse.) Déjeme usted...

ABAD (Sacudiéndole.) En cuanto alces la voz te doy una patada que...

ROMUAL. (Cogiendo al Abad.) ¡Por Dios y por la Virgen, señor Abad, no se arrebate usted!..

ABAD (Echando unos pasos al Amaro.) No me incomodo, pero sin incomodarme le doy lo ofrecido. ¡Ya sabes que te la doy!

AMARO (Fosco, pero humilde.) Sí, señor...

ROMUAL. Nosotros no debemos intervenir más que con súplicas...

ABAD Quite usted de ahí, cura, que usted no entiende de esto.

ROMUAL. Y poner la otra mejilla...

ABAD ¡Cá!

ROMUAL. Así no le querrán á usted sus feligreses...

ABAD ¿Que no? Ven acá, tú, Amaro. Acércate. ¡Ven acá, porra!

ROMUAL. ¡Señor Abad!...

ABAD Es lo único que ha entendido. Durante la enfermedad de tu madre, ¿quién mandó las gallinas para el puchero?

AMARO Usted...

ABAD ¿Quién te enseñó á leer y á contar?

AMARO Usted...

ABAD ¿La tarde que faltaste á la procesión por irte á jugar á las chapas con otros zanganotes, quién te dió un pescozón?

AMARO Usted...

ABAD ¿Y tú me quieres ó no me quieres?...

AMARO Sí, señor Abad, que le quiero... y á la Peregrina también.

ABAD Son cosas distintas. A las siete estarás en la Rectoral.

AMARO Estaré, sí, señor...

ABAD Y no te olvides de que conmigo tendrás siempre lo que más necesites: gallinas, consejos ó pescozones.

AMARO Mugras gracias.

ABAD ¡Y largo! (Mutis Amaro por derecha.)

ROMUAL. ¿Te hizo daño?

PEREG. ¡Qué iba á hacer! Y si tardan ustedes en acudir le arreo yo á él.

ROMUAL. ¿Serías capaz?...

PEREG. ¡Vaya!

ABAD A tus quehaceres.

PEREG. ¡No tengo la culpa!

ABAD Sí, la tienes.

PEREG. No sé en dónde.

ABAD De arriba abajo. A tus quehaceres.

PEREG. Pero conmigo no se enfade... (Marchando.)

ABAD En estos negocios no riño nunca con hombres ni con mujeres.

PEREG. ¿Pues con quién?

ABAD Con la Naturaleza, que es la gran culpable.

PEREG. Usted sabrá por qué lo dice... (Mutis por izquierda.)

ESCENA XIII

ROMUALDITO y ABAD

ABAD No había cuidado. Cuando ellas no quieren...

ROMUAL. ¡Es que no debían querer nunca!

ABAD ¿Nunca?... A usted habrían de darle una parroquia en el Cielo, que es en donde sabría gobernarla, pero en la Tierra se quedaba usted sin rebaño en un par de meses.

ROMUAL. Respeto esa opinión, por ser de usted, pero, dicho sea sin ánimo de censura, el procedimiento suyo no está muy ajustado á los cánones.

ABAD ¿Cómo que no?...

ROMUAL. No, señor. *Suprema lex...*

ABAD (Cogiéndole bruscamente de un brazo.) ¡En castellano, Cura, en castellano!

ROMUAL. (Espantado y luego afligido.) ¡En castellano no lo sé decir con tanta claridad!...

ABAD ¡Acabáramos, hombre! Siga por donde quiera.

ROMUAL. Decía que los sagrados textos predican la mansedumbre.

ABAD Unos, y otros muchos el castigo implacable.

ROMUAL. Fíjese en este: «*Maledicent illi et tu benedices*». (Maldecirán ellos y tú bendecirás).

ABAD ¿Y este? «*Qui timent Dóminus, speraverunt in Dómino*». (Los que temen á Dios, esperan en Dios).

ROMUAL. «*Suavis Dominus universis*»... (Suave es el Señor con todos).

ABAD ¿Y este? «*Beneplacitum est super tinentes eum*». (Se complace— suple Dios— en los que le temen). (Todas las citas son de los Psalmos).

ROMUAL. (Cogiéndole del brazo.) *Dominus dixit...*

ABAD (Soltándose y cogiéndole él.) *Dixit, dixit...*

ROMUAL. *Quí suavis...*

ABAD *¡¡Quí timent*, Cura, *quí timent!!* (Mutis por izquierda los dos Curas, aporreándose con latines; Romualdito apacible, y el Abad iracundo.)

ESCENA XIV

FUNGUEIRO, por derecha; entró un momento antes de salir los curas, y, sin que ellos le vean, los mira atónitos. ROSENDO, por derecha.

FUNG. *Vobiscum...*

ROSENDO ¿Eh?...

FUNG. Que van peleándose en *Dóminus Vobiscum*, y no pude sacar nada en limpio. Yo creía que el señor Abad no era muy sabiondo en latines, pero al oir que lo habla...

ROSENDO Al hablarlo es cuando se le nota más que no lo sabe...

FUNG. ¡Ah!...

ROSENDO (Con nobleza, pero triste.) Seguiremos en latín, Fungueiro...

FUNG. ¿El qué?

ROSENDO Jacobo vuelve á marcharse.

FUNG. ¿Qué dice?

ROSENDO Todo lo iba mirando con odio, como si cada planta fuese una traición, y al llegar á los Molinos, en donde yo esperaba que los edificios nuevos y las máquinas poderosas le causaran una alegría enorme...

FUNG. ¡¡Como que aquello es magnífico!!

ROSENDO Iba yo acechando el instante de gozo y de satisfacción que en él se produciría... ¡y al encontrarme otra vez con la mueca desdeñosa, con que aquello, que nos parece grandioso, es pequeño!... ¡y lo desprecia! fué tan brusca la ira mía, que hubo un momento en que tuve la absurda tentación de que á él y á mí nos trituraran las piedras del molino.

FUNG. Pero, ¿qué piensa ese muchacho?

ROSENDO Piensa que aquí no hacía falta, que hizo mal venir y que debe marcharse. ¡Y tiene razón! Falta material para segar un prado ó cobrar un foro, no hacía ninguna. La vida de todos no va á detenerse por la ausencia de uno. Lo que no hace un hombre lo hace otro hombre, y en paz. Y esto, unido al desencanto de que sus ojos de hombre no vean lo que miraron sus ojos de niño, lo lleva á marchar.

FUNG. Pero en Jacobiño hay además una razón de afecto.

ROSENDO Esa la sabe usted; él, no.

FUNG. Usted no le dejará irse...

ROSENDO ¿Yo?... Las puertas, las ventanas, hasta los muros tiraría al suelo, para que tuviera franco el camino, que siempre es pequeña una casa para guardar á un ingrato. (Marcha.)

FUNG. ¡Don Rosendo!

ROSENDO (Sin detenerse.) ¡Las puertas, las ventanas, los muros, y si es preciso la casa también. (Mutis por izquierda.)

FUNG. Y pensar que á estas fechas, si Generosa no se me escapa, estaría yo casado, y con hijos, que empezarían á darme disgustos, además de los que me diera la madre... ¡Bendita sea la hora en que se escapa la mujer que uno quiere!... (Marcha hacia foro.)

ESCENA XV

FUNGUEIRO, JACOBO, por derecha.

FUNG. Hombre, Jacobo, no me parece bien.

JACOBO (Secamente.) Es posible; pero yo no le he preguntado á usted qué le parece nada.

FUNG. (Desconcertado.) Comprendido... Buenas tardes. (Mutis por derecha.)

ESCENA XVI

JACOBO, PASTORIZA, por derecha con un gran brazado de flores, y flores también en la cabeza y en el pecho.

PASTORIZA ¿Está la Peregrina?...

JACOBO ¡Peregrina!

PASTORIZA ¡Ay, don Jacobo! ¿qué fué de usted tantos días?...

JACOBO Estuve malucho.

PASTORIZA Abríguese, que los relentes le son muy fatales. Me dijeron que la Peregrina anda á vueltas por el destino, y como ella lo merece, que tiene nombre de errante y dice palabras de Dolorosa, vengo yo para anunciárselo.

JACOBO ¿Usted?...

PASTORIZA ¿Usted?... ¿Me trata de usted?... ¿No me conoce, don Jacobiño?... Soy la Pastoriza, la de Cotón, la hija del Pataco. ¿No se le recuerda ahora?

JACOBO (Sin recordar.) Sí, sí...

PASTORIZA Pues soy esa, que enviudé del Antonio, de Vilaboa.

JACOBO ¿Y tú remedias los males?...

PASTORIZA ¡Si pudiera, pronto los remediaba todos! ¿Qué tienes, descolorido? ¿Mal de cuerpo?

¡Pues toma puñados de salud! ¿Qué tienes, pobre?... ¿Pobreza?... ¡Toma puñados de dinero!... ¿Qué te falta, espiga de los campos?... ¿Calor? Pues toma puñados de sol. Y así á todos y para siempre, salud, dinero, sol... y á puñados, á puñados, á puñados.

JACOBO Bien sería; pero no es....

PASTORIZA Si yo fuera mujer de un rey, levantaba las contribuciones para todo el pueblo; si fuera Papa, bendecía á todo el mundo, y á todas las ánimas benditas les perdonaba dos siglos de purgatorio; y si fuera aún más le daba un empujón al infierno y se concluían todos los condenados.

JACOBO Lástima que no seas...

PASTORIZA (Serenándose.) ¿Quiere una flor? (Ofreciéndole del manojo que ella traía y dejó un momento sobre la mesa.) Del campo las traigo, pero todo lo que no sea agua ó cielo ó montaña, campo es, y las ciudades lo fueron y volverán á serlo cuando el Antecristo arrase las tierras para la fin del mundo. ¿Quiere una floriña?...

JACOBO Sí, mujer.

PASTORIZA Por los campos las encontré. Verdad que en ellos todo se encuentra. Desde el aire para respirar y los frutos y raíces para alimentarse, hasta el sitio para descansar. Por avaricioso que sea, ¿á quién no le bastará, en vida y sin ella, un campo labrado, un campo florido y un pedazo después de camposanto?...

JACOBO Cierto.

PASTORIZA Coja la que más envidie.

JACOBO ¿Y á dónde llevas tantas?...

PASTORIZA Son para el adorno de la casa. Ahora la engalano mucho porque en el tiempo sonó la hora, y un día de estos, la Pastoriza del cielo, que es su virgen, y esta Pastoriza de la tierra, que es su madre, verán llegar al hijo.

JACOBO Bien venido.

PASTORIZA ¡Y tanto que lo ha de ser! El no sospecha la felicidad que le tengo guardada!

JACOBO (Desdeñoso.) ¿La casa á que vuelve?
PASTORIZA No. (Yendo á sentarse en el crucero.)
JACOBO ¿Alguna herencia cobrada?
PASTORIZA Y no.
JACOBO ¿Alguna buena moza?
PASTORIZA Moza fuí yo también, y de mi lado marcharon, como si ellos fueran golondrinas y yo el invierno.
JACOBO No es la casa, ni el dinero, ni el amor...
PASTORIZA Es todo eso y más.
JACOBO ¿Pero qué?...
PASTORIZA ¿No se lo dije?... La felicidad. No se ría. Tan fijo como que es usted don Jacobo de la Tarroeira y yo Pastoriza, y Dios es bueno, y el mundo es malo, y todos somos malos nada más que por vivir todos en el mundo.
JACOBO Pues alabémoste, Pastora...
PASTORIZA A mí, no señor, que no lo valgo; pero á quien dispone que yo sea lo que soy y usted lo que es, alábelo de firme, que nadie perdió nada por una humildad y muchos se perdieron por una soberbia.
JACOBO Puede ser, sí...

ESCENA XVII

DICHOS: PEREGRINA, por izquierda

PEREG. ¿Qué quieren?
PASTORIZA A tí te buscaba, santa.
PEREG. No me llames así, que no lo soy.
PASTORIZA ¿No eres buena?
PEREG. Eso sí, un poco...
PASTORIZA ¿Y qué va de buena á santa? ¡Nada! Peregrina, ven, que te diga el destino. Esta noche fué y lo supe como visión.
PEREG. ¿Qué supiste de mí, Pastora?
PASTORIZA Aún no era el amanecer, porque los gallos todavía no cantaran, y entraba por el ventano un rayo de luna, que no era más que un hilito de luz, pero como toda luz, serenaba el ánimo de los que velamos de noche.
PEREG. ¿Y qué has visto?

PASTORIZA Primero ví un campo, por donde tú pasabas. Lo que ya anduvieras tenía hierba y ramas floridas; lo que te faltaba por andar, eran pedregales, pero á medida de tu paso, como si en tus pies llevaras semillas, rebrotaba todo... Y yo me dije: sembradora de bienes es la Peregrina. Dios fecundará la tierra que ella pise.
PEREG. (Acariciándola.) ¡Mucha bobada soñaste, Pastoriciña!
PASTORIZA Después ví un hombre que iba huyendo por el Desierto, sin que nadie lo persiguiera, y al fin, rendido de fatiga y abrasado del sol, cayó en la arena. De pronto, te acercaste tú...
PEREG. ¿Y yo de dónde salía?...
PASTORIZA ¡No sé... Puede que vinieras en el mismo sol... ¡No lo sé! Pero te acercaste y nada más que con la sombra de tu cuerpo se le pasó la fatiga y el mortal sudor... Luego echásteis á caminar juntos, pero no cara al Desierto, si no hacia la aldea. Y yo dije: Peregrina tiene misión de consolar espíritus...
PEREG. (Riendo.) ¡Lo de santa va á ser poco, tú!...
PASTORIZA No creas, ya es bastante...
JACOBO Y el hombre, ¿quién era?
PASTORIZA No lo conocí, don Jacobo... Y por último, ví una casa muy grande, muy grande, tan grande, que yo me dije: ¡estos son los Pazos! Y se iba cayendo piedra por piedra...
PEREG. ¡Ay, Jesús!
PASTORIZA Venían hombres con palas y azadones y picos, y no podían sujetar aquella ruina. De pronto viniste tú y con una mano sola amparaste la casa.
PEREG. Mucha fuerza tuve...
PASTORIZA Te ayudaban los ángeles. Eso no lo ví, pero lo pensé yo, ¿sabes? Y además, pensé: Peregrina tiene destino de salvadora...
PEREG. Cantando con los ángeles, ¡claro!
PASTORIZA Los Pazos no se hundirán mientras ella viva. Y vengo á decírtelo para que te alegres del bien que te aguarda.
PEREG. Dios te lo pague, mujer...

JACOBO — No es extraño que lo sepa: también sabe cómo vamos á ser felices todos en este mundo.

PASTORIZA — ¡Y es verdad que lo sé!

JACOBO — Pues te creo y no seré yo quien desaproveche la ocasión de llegar tan pronto á la felicidad. ¿Tú lo sabes? ¿Dinos cómo?

PASTORIZA — En eso me va á perdonar que no le cumpla el deseo. Primero, se lo debo decir al mi hijo: después que él lo sepa, con mucho gusto; pero antes, no. Disimule, si es falta...

JACOBO — Aguardaremos.

PASTORIZA — Poco ha de ser. Viene en el *Oropesa*.

JACOBO — El *Oropesa* hace ya una semana que tocó en la Coruña.

PASTORIZA — (Levantándose rápida: con angustia.) ¿Cómo dice, señor?...

PEREG. — ¡Don Jacobo se engaña! El *Oropesa* hasta fin de mes...

PASTORIZA — ¿Cómo dice?

PEREG. — ¡Que es burla, Pastoriza, que es burla!

PASTORIZA — ¿Burla?

PEREG. — (Riendo.) ¿No ves cómo yo me río?...

PASTORIZA — ¿Ríes de corazón, santa?

PEREG. — ¡Sí, Pastora, sí! ¿No me ves?

PASTORIZA — Malas burlas trae: que nuestro Señor no se las cobre, don Jacobo. ¿Y cuándo llega, sabes?

PEREG. — De fijo, á fin de mes. El mismo consignatario lo ha dicho.

PASTORIZA — ¿A fin de mes?... ¿Dos días entonces?

PEREG. — Eso es.

PASTORIZA — (Sonriendo.) ¿Tan pronto?... Sembradora de bienes, ya decía yo que tú me darías algún bien en pago de la visión... Voy á arreglar la casa para recibirle, voy, que aún falta mucho para que la encuentre á su gusto. ¡Perdonen que les deje!... Ya volveré con mi Gaspariño á dar las gracias... ¡Adiós, adiós! (Mutis ligera por derecha.)

ESCENA XXIII

PEREGRINA y JACOBO

PEREG. — ¿Qué hiciste, Jacobo?

JACOBO — Una sola torpeza. La de volver á donde no conozco á nadie y en donde soy un extraño. Pero hoy se termina: mañana marcho.

PEREG. — ¿Mañana?...

JACOBO — Vive con el afán de amarlo todo, y todo, con su mudanza, reniega de mí.

PEREG. — ¡Marcha!... Pero tú ganarías más, en vez de ir volandero y buscador de lo que no hay, amarrándote á un lugar fijo para cumplir tu destino de hombre de bien.

JACOBO — El mío no debe estar aquí... porque yo he venido con amor á la Tierra... ¡y la Tierra no me responde!

PEREG. — ¿No te responde?... ¡Claro que no! La Tierra es mujer honesta y no dice al hombre que lo quiere mientras puede temer que venga de burlador. ¡Quiérela tú primero! ¡Convéncela tú primero! ¡Agrádate en lo que ella tiene y ama lo que ella es!... y, ¡entonces, sin que la oigan tus oídos, ya oirás en tu corazón la voz de la tierra que responde!...

JACOBO — Aquí me faltó un cariño para hacérmelo comprender.

PEREG. — Lo que te faltó es verlos.

JACOBO — ¿Quién me quiere?

PEREG. — ¡Tu padre!... que mejora y enriquece tu herencia. Y alguien más, que te querrá también.

JACOBO — ¿Me quieres tú?

PEREG. — Marcha, marcha y que se cumpla tu suerte.

JACOBO — ¿Y si fuera la mía el querer á una flor de los Pazos?

PEREG. — Si lo fuera, aunque te vayas miles de leguas, el amor tendrás... y tendrás las ansias del lejano.

JACOBO — Por verte un día más, he retrasado ya muchos días el marcharme. Dí que me quieres...

PEREG. ¡Dílo tú primero!

JACOBO Como se lo diré á los árboles y á las nieblas, se lo digo á la mujer: te quiero, Tierra, y tu voz aguardo. ¡Te quiero, Peregrina, y aguardo una palabra tuya!

PEREG. Ya lo sabía... y cuando todos porfiaban que no vendrías, yo te esperaba segura y á nadie pude querer de amor, porque vivía fiada á tu promesa.

JACOBO ¿Fiabas de aquellos amores de chicos?

PEREG. De bien poco he quedado sujeta, ¿verdad?... Pero en eso está el poder del destino, y lo que es en unos hebra de seda, que un soplo los desliga, en otros es hierro y es argolla, que los hace prisioneros.

JACOBO ¡Dí que te encontré guapa!

PEREG. El destino pone siempre cuanto hace falta para cumplirse.

JACOBO ¡Todo lo explicas á tu favor!

PEREG. Pues explícate así tú los árboles recién plantados, la casa reformada, los molinos nuevos... y verás qué hermosos son para tí los Pazos de la Tarroeira.

JACOBO Tu voz me suena á verdad... Te quiero, Peregrina ¡Dímelo tú, dímelo!

PEREG. Pero antes, confiesa que tú quieres á los Pazos y que de ellos recibes el cariño que yo te doy... Que si me vieras en otro lado, sin la divina protección de la tierra, quizás ni reposaras en mí tus ojos, Jacobiño...

JACOBO ¡Pues lo diré también, como en la visión de Pastoriza!... ¡¡Sembradora de bienes, que tu amor para mí fecunde mis Pazos!!..

ESCENA XIX

DICHOS: DON ROMUALDITO, por izquierda.

ROMUAL. Jacobo... don Jacobo de la Tarroeira... perdona mi intervención; Dios me inspira en este paso. Oyeme, como si la voz no fuera mía y fuera de quien es más que todos. A tu padre, al pobre don Endo, se le caen las lágrimas... (Jacobo, á cada párrafo de Romualdito, mira á Peregrina consultándola.)

PEREG. (A media voz, casi con mover los labios solamente.) ¡Te quiero!...

ROMUAL. No marches de aquí. Sé generoso, si algo has de perdonar, para que te perdonen á tí cuando llegue tu hora. No dejes la aflicción en tu casa, que la tuya es por cambiada que te parezca, y no habrá otra que valga tanto para tí. (Cogiéndole suplicante.) ¿Cedes, verdad?... ¿Me permites que sea yo quien anuncie la buena nueva?... ¿Sí? ¡¡Sí!! Mire, don Jacobo... Mira, Jacobito... la... el... no... *In domus tuam, cara est uxor, dulces liberi, jocundi amici...* (En tu casa es grata la esposa, dulces los hijos, gustosos los amigos.)

PEREG. ¡Te quiero!...

JACOBO Tiene usted razón, don Romualdito.

ROMUAL. (Alborozado.) ¿Lo comprendes?... ¡Milagro es, Jacobo! (Llamando muy gozoso.) ¡Don Endo!... ¡Por tan mísero conducto quiere el cielo otorgar la ventura á mis señores!... ¡Don Endo! ¡¡Don Endo!!

ESCENA XX

DICHOS: Todos por izquierda y derecha.

ROSENDO ¿Qué pasa?

ROMUAL. La divina gracia se ha posado en nuestro don Jacobo. ¡No se marcha!

JACOBO ¡No! (Jacobo y Rosendo se abrazan.)

ABAD Esto lo encuentro bien ¡porra!

ROMUAL. ¡Lo convencí, señor Abad, y en latín!

ABAD ¡Milagro, cura, milagro!

TONO (Abrazando á las que encuentra más cerca.) ¡Vivan los Pazos!

ROMUAL. Ya lo he dicho yo, sí, señor. Con el amparo celestial, encontré las palabras que llegan al alma.

ABAD ¿Cuáles son?

ROMUAL. *In domus tuan, cara est uxor...*

PEREG. Te quiero...

ABAD (Abrazando á Romualdito y mirando á Peregrina.) Es verdad, esas han sido y esas serán por

los siglos de los siglos. (Por foro, de derecha á izquierda, se suponen que pasan los pastores conduciendo el ganado; se oyen esquilas, campanas, voces...)

ROSENDO — Mira, Jacobo, mira, y alégrate ya de nuevo y para siempre.

ABAD — Mira bien, Jacobiño; mira con el alma más que con los ojos, porque esto que ves, con sol ó con nubes, con penas ó con alegrías, esto es la casa, esto es la tierra y esto es el amor con que ella te recibe.

PASTOR 1.° — ¡¡Vota pra diante, Perla!!

PASTOR 2.° — ¡¡Ou, Marelo, ou!!... (Siguen las voces.)



TELÓN

ADVERTENCIA.—La explicación de los latines, puesta entre paréntesis, está para conocimiento de los señores artistas y no se debe decir al público.

AIRE DE FUERA



AIRE DE FUERA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid, el 31 de Marzo de 1903, en el beneficio de **D. Fernando Díaz de Mendoza.**

TERCERA EDICIÓN



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1905

A Fernando Díaz de Mendoza

Querido Fernando: mi vida no volverá á encontrarse envuelta en mayor tragedia. Aquella noche del 31 de Marzo, mi primer espanto de la muerte y mi primer visión de la gloria, tiene que ser eterna en el recuerdo.

Y es justo que lo más grande de mi vida vaya asociado á lo más grande del arte, personificado en usted.

No le dedico á usted, pues, mi comedia, sino mi recuerdo del 31 de Marzo de 1903.

Manuel Linares Rivas.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARLOTA	Sra.	Guerrero.
MAGDALENA		Socías.
ROSARIO		Villar.
BLANCA		Colorado.
BALTASAR	Sr.	Díaz de Mendoza (F.)
GERARDO		Cirera.
GREGORIO		Medrano.
EDUARDO		Díaz de Mendoza (M.)
FRANCO		Carsí.
JUAN		Perrín.

Criados y criadas

La acción se supone en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Decoración de saloncito elegante que servirá para los otros dos actos. Al levantarse el telón, la escena está sola; entra por la izquierda un criado, enciende una luz; otro criado, trae un servicio de café. Salen los dos. Vuelve uno con botellas y copas que coloca en una mesita. Al retirarse, enciende las demás luces.

ESCENA PRIMERA

Por la izquierda, entran CARLOTA del brazo de GREGORIO, MAGDALENA del de GERARDO. BLANCA entre BALTASAR y EDUARDO. Magdalena se sienta, Gregorio también, aparte, Gerardo al lado de la chimenea, de pie. Eduardo con las señoras que sirven el café, Baltasar pasea

CAR. (A Gerardo sirviéndole azúcar.) ¿Tres?

BLAN. ¿Magdalena?

MAG. Dos terrones... (Eduardo le lleva la taza á Magdalena.)

GRE. Mi butaca. (A Blanca que le acerca una mesita volante.) Mi café... (A Carlota que le lleva el café.)

BLAN. (Riéndose y sirviéndole.) Mi copita...

BALT. (Ofreciéndole su petaca.) Y mi cigarro. (A Eduardo.) ¿Tú también querrás?

EDU. Este mes no fumo: estoy haciendo economías.

BALT. A este precio...

EDU. No; podría quebrantar mi irrevocable resolución.

BALT. Como quieras. (Va al lado de Magdalena.)
BLAN. (A Gerardo.) Cognac... chartreuse. .
GER. Nada.
BLAN. (A Eduardo.) ¿Y tú?
EDU. Cognac. (A Baltasar.) Baltasar.... pensándolo bien, dame el cigarro. Empezaré de fijo el mes que viene con los ahorros. Además que en este no puedo economizar ya porque no tengo un cuarto. Verdad que estamos á nueve... y á estas alturas se me acaban los fondos siempre...
GRE. Ahora, si quereis, murmuraremos un poco ..
EDU. Precisamente tengo que contaros una hazaña de la ministra.
BLAN. Toma el café primero, Eduardito.
EDU. Como tú dispongas, Blanquita.
BLAN. Y no seas mala lengua, Ito.
EDU. No tengas cuidado, Ita. Como de costumbre, nada más.
GRE. La gente ahora hace las cosas de un modo que suprimen los comentarios. Basta con referirlas para que resulten sabrosas.
CAR. Qué frío está esto, ¿verdad?
GER. No hay la atmósfera del comedor, pero vamos.
BALT. (Siempre cariñoso.) Me parece que estás algo destemplada. ¿Quieres un poco de tila?
BLAN. Te la voy á traer.
CAR. Si estoy bien...
BLAN. Daño no te ha de hacer... (Mutis izquierda.)

ESCENA II

DICHOS menos BLANCA

BALT. Llevas todo el día quejándote.
CAR. No seas aprensivo.
GRE. Eso es un marido. Once años de cadena, y atortolado porque la mujer tiene frío.
EDU. Le gustaría con mayor temperatura.
BALT. (Riéndose) No seas desvergonzado, Eduardito.
EDU. Dispensa... pero esto lo hubiera podido decir don Gerardo en cualquiera congregación de esas que presiden sus amigos.

GER. No respeta ni los concordatos.
EDU. Porque soy liberal, y ya sabe usted que lo liberal es no respetar nada... Qué ganas tengo de que vengan los míos.
BALT. ¿Y cuáles son los tuyos?
EDU. Los que me den algo.
MAG. Si te hiciera caso Amparito...
EDU. Una mujer pequeña, flaca y afilada como cuchillo de postre ¿para mí? Prefiero trabajar... no tanto; prefiero no hacer nada.
CAR. No es para despreciarla. (Después de servir se sentó con Magdalena)
EDU. No me hableis de ella.
BALT. Pero Eduardo...
EDU. Lo hago cuestión de gabinete.
GRE. Andas cerca.
EDU. Bueno, pero no paso.
CAR. No disparates.
BALT Más vale que nos cuentes lo de la ministra.
EDU. (Sentándose.) Nuestra ministra, ya sabes que la llamamos nuestra, porque aun cuando el marido tiene su partido político donde figura, ella puede decirse que es de todos... liberala, conservadora, radicala, etc., etc. Nuestra ministra se reunió en Biarritz con la distinguidísima Baronesa de Puerto Franco, y con la no menos distinguidísima Vizcondesa del Papel; es título extranjero, *du Papel*, y las tres apostaron á quién levantaba más el pie al empezar una quadrille... Pues nada, Baltasar, nuestra ministra...
GRE. Tiene un collar de perlas precioso, que Lacloche expuso dos años en su escaparate y que la ministra ha heredado de su abuela ..
CAR. Si se fuera á creer todo lo que se dice no sé que mujer sería buena y decente.
GRE. Es fácil decirlo; de las que van muy compuestas, algunas. De las demás, casi todas. En el mundo hay mucho vicio; pero el lujo es el pregonero. En todas las clases hay mujeres buenas y malas.
EDU. Sí; las buenas son las guapas... el resto, to-

das son malas. Pero dejad ese tema, que me pone frenético, porque ataca mis derechos. Si el mundo se volviera moral, ¿qué sería de los hijos de familia? ¿Dónde nos íbamos á divertir?

BALT. Cásate.

EDU. Nunca. Soy hombre de conciencia y es una crueldad obligar á una infeliz á que me aguante veinticuatro horas cada día.

CAR. (Aparte á Magdalena.) Y es un buen muchacho.

MAG. (Aparte á Carlota.) Ya le conozco: pico.

GRE. (Aparte á Carlota.) Este será un cordero en cuanto le atrapen.

EDU. Haced el favor de hablar más alto.

BALT. Dicen que tienes razón.

EDU. Para eso no valía la pena de que bajárais la voz... (A Blanca.) ¿Traes la tila, Ita?

ESCENA III

DICHOS y BLANCA

BLAN. (Por la izquierda con una bandeja y una taza.) ¿Quiéres tú, Ito?

EDU. No tengo nervios por ahora; gracias.

BLAN. Anda, Carlota, tómala.

CAR. Si de veras no la necesito.

GER. Aunque usted no la necesite, por complacer á su hermana Blanca...

BALT. Tómala, mujer. (Carlota coge la taza.)

GRE. Diga usted, Blanquita...

BLAN. Digo yo, don Gregorio...

GRE. ¿Usted recuerda si he bebido el cognac?

BLAN. (Sirviéndole.) Seguramente no.

EDU. (Cuando Blanca termina.) Mira, prima pequeña.

BLAN. (Llevándole otra copa) Ya va, hombre, ya va.

EDU. (Aparte á Blanca) No te consiento estos exclusivismos más que con don Gerardo, porque ese desgraciado se va á casar contigo.

BLAN. (Aparte á Eduardo.) Eres muy amable, primo.

EDU. (Aparte á Blanca.) ¿Y cuándo es el sacrificio?

BLAN. Si no hay nada.

EDU. Todo el mundo dice que te casas con don Gerardo.

BLAN. Todo el mundo lo dice, menos don Gerardo.

EDU. No dejes escapar ese pez... ni él mismo sabe el dinero que tiene.

BLAN. Pues que se entretenga en contarlo. (Vuelve al lado de Magdalena.)

EDU. Dios da nueces á quien no tiene dientes... Si yo encontrase una proporción así... cuidado que el casarse es imbécil, pero me embecilitaba gustoso... ¡Qué comidas! ¡qué trenes! ¡qué mujeres!... (Se queda abstraído.)

MAG. En paseo hemos visto á la niña de los Alvarez que ha vuelto del colegio de Londres, donde pasó tres años.

BLAN. ¿Verdad que tiene un aire distinto de las demás muchachas?

MAG. Ya lo creo.

BALT. En cuanto nuestra Carlota tenga edad para ello, estoy completamente decidido á enviarla fuera.

GER. Es una idea muy sensata.

EDU. En tí es natural esa preocupación. Te educaste en Bélgica, después dos años en los Estados Unidos, y has vuelto renegando de ser español.

BALT. Renegando no; muy honrado de serlo; pero muy entristecido viendo que en mi patria se apedrean los trenes; que en las ciudades donde se bañan doscientas personas, se quedan sin agua para beber los treinta y ocho ó cuarenta mil restantes; viendo los campos cultivados como en tiempo del rey Wamba.

EDU. Llévala, llévala.

BALT. Ya lo creo; y que viaje y que vea, para que si el día de mañana tiene una desgracia en su vida, sepa que el mundo no se hunde porque falte un padre ó porque la abandone un marido. ¿No piensas igual, Carlota?

CAR. Yo me eduqué aquí y aquí encuentro muchas cosas buenas...

GRE. Algo semejante predican en una obra que pusieron anoche... ¿No fueron ustedes á la compañía francesa?

CAR. Aún no hemos podido ir: Baltasar está ocupadísimo estos días.

GER. ¿Y qué les pareció el arranque del galán, mandando desde escena callar al público de los palcos?

EDU. Muy chic... chic... quísimo.

CAR. No le defiendas, Eduardo.

EDU. Fué una lección muy merecida, prima número uno.

BLAN. Tú vas contra todos siempre.

EDU. Menos contra tí, prima número dos. Es una falta de cortesía del público: en el extranjero hay más atención.

GRE. ¿Usted cree?

GER. Usted no se fija que en París, por ejemplo, hay una población flotante que es la que va al teatro á ver las comedias; gente desconocida una de otra, que sólo le interesa lo que ocurre en el escenario; y aquí somos siempre los mismos, de los lunes de éste y los martes del otro y los viernes del de más alla, y no se nos puede exigir que estemos callados para oir á Ciutti en el Tenorio ó que estemos á oscuras para que pase Dinorah por centésima vez con su cabrita.

GRE. Y esta noche es el beneficio...

GER. Por cierto que me enviaron un palco. Blanca, ¿le agradaría á usted ir?

BLAN. Yo, sí...

GER. ¿Qué dice usted, Carlota?

CAR. ¿Qué te parece, Baltasar?

BALT. Como quieras. ¿Estás bien ya?

CAR. Sí...

BALT. Pues iremos.

BLAN. ¿Vamos, Magdalena?

MAG. ¡Vestirme ahora!...

BLAN. Tú estás bien: yo necesito arreglarme un poco. (Se levantan: al pasar.) Muchas gracias, don Gerardo: precisamente esta tarde, antes de encontrarle á usted en casa de Rosarito, le pedí á mi hermana Carlota que me llevara, porque yo tenía unas ganas de ir...

GER. Celebro mucho la casualidad que me permite satisfacer su deseo de usted.

ESCENA IV

DICHOS menos las SEÑORAS

GER. (Mirando el reloj.) Mi coche ya estará abajo. Puede llevar á las señoras y volver á buscarnos.

BALT. Iremos dando un paseo.

EDU. Sí; irán ustedes dando un paseo; yo prefiero que me lleven.

GRE. Baltasar, ¿no te fijaste en Magdalena? Está como preocupada.

BALT. Motivos le sobran; pero no creo que hoy, especialmente, tenga ninguno de particular.

GRE. ¡Y qué buena muchacha es!...

BALT. Hace cinco años que está viviendo con nosotros, y jamás hemos tenido la menor molestia. Es un genio muy dulce, muy servicial, muy cariñoso.

GER. Poca suerte tuvo...

BALT. Es algo pariente de Carlota.

EDU. Pues conmigo no quiso parentesco.

BALT. Hizo bien.

EDU. ¿Quién sabe? Ese es un punto á discutir.

BALT. Muy amiga y compañera de colegio. Cuando tuvo el pleito con el marido, quedó aquí depositada. Es tan buena y tan formal, que cuantas veces quiso marcharse nos opusimos otras tantas... ¿dónde va una mujer sola, sin familia y en esa situación difícil?

GRE. Es una buena acción vuestra.

BALT. Al principio tal vez, pero ahora es un egoismo, porque ella nos arregla la casa y es la predilecta de Carlotita; la que le hace tomar las medicinas cuando se pone mala.

EDU. Ya nos sabemos de corrido esa historia... vamos á otra. Diga usted, don Gerardo, usted que anda por esos mundos invisibles donde se gana dinero, ¿es cierto que Santandrian realizó una millonada en la Bolsa de París?

GER. Eso he oído.

EDU. ¿Y que le regaló quinientos mil francos al ministro?

GER. No lo he oído ni lo creo.

GRE. También á mí me parece imposible.

EDU. ¿Y por qué le parece á usted imposible, Gregorio?

GRE. Por lo contrario de lo que le parece á usted tan fácil, Eduardito.

BALT. Puede que sea una razón...

EDU. Matemáticas sublimes... Bien... El que está ahora de vena es Pepito Navales: el brazo en cabestrillo le da una aureola irresistible en los salones.

GER. ¿Una herida?

EDU. Gloriosísima. Se ha batido por la Venus negra; una cocotte que se viste siempre severamente de negro, para que no la confundan con las señoras que se visten de cocottes.

GRE. Los inteligentes pagan el luto más caro; es señal de modestia y hay que vencerla.

BALT. Muy bien.

EDU. Oye tú, hombre moderno; ¿y censurabas á Gonzálvez porque se batió por su mujer?

BALT. Sigo censurándolo.

EDU. ¿Y á Navales?

BALT. Sigo aplaudiéndolo.

EDU. Esa teoría debiste aprenderla en tus años de extranjero, porque aquí pensamos lo contrario.

BALT. Es porque no lo pensais. Lo que no es de nadie, por ser de todos, como la caza en el monte y la hembra en la ciudad, debe cogerse á tiros, á zarpazos, con engaños, de cualquier modo, que todos son lícitos... Pero la mujer propia, ¿la compañera honrada? Si la injurian, con alma y cuerpo á defenderla... ¿si te injuria? con alma y cuerpo á despreciarla.

EDU. ¿Y qué camino tomar?

BALT. ¿Camino? Si en el mundo hay muchos... Ella por uno y él por otro.

GRE. ¿El divorcio?

BALT. Eso. ¿Por qué han de vivir juntos aborreciéndose? ¿Para qué se ha de buscar la cárcel matando?

GRE. Hace falta sangre fría...

BALT. No hablo del instante mismo en que se sorprende la traición, cuando no rige la voluntad y ciega el impulso... entonces matar, morir, perdonar... lo que salga. Hablo de la inmensa mayoría de los casos en que la luz se hace lentamente, por grados, y en que violentamos nuestras ideas propias para conformarnos con las leyes sociales que nos hemos impuesto.

GRE. Lo que ata la religión en la tierra lo une Dios en el cielo.

BALT. Esa es una aplicación que han hecho los hombres y una explicación que trajeron las circunstancias. ¿Qué es lo que ata el matrimonio? ¿La vida de dos?... falso; la vida de uno, del que haya de morir primero, que el otro queda libre. Nosotros, que ignoramos nuestro propio fin, podemos afirmar la eternidad de esa unión, pero el cielo que conoce el destino humano, ¿cómo ha de aceptar por eterno un lazo que ya sabe que va á romperse dentro de un año, de diez, de veinte?... Eso es absurdo. Díganme ustedes, ¿puede ser justo en la tierra ni grato al cielo lo que pasa á la pobre Magdalena?

GER. Realmente la pobre no es muy dichosa.

BALT. Un mes ó dos de vida feliz; seis años de peleas, de lágrimas, de odios; un día de escándalo, golpeándola brutalmente porque se negó á firmar su ruina, y al fin el divorcio según nuestras leyes actuales. Después de año y medio de vergüenzas, de profanar lo íntimo de su unión en montones de papel sellado, los sentenciaron á cinco años de separación marital. Y en conciencia, ¿debe estar unida eternamente á un jugador, vicioso, mujeriego... ó sería más santo y más lógico que pudieran separarse de veras?

GRE. Ya hay el divorcio para toda la vida.

BALT. Y aun es peor, porque el vínculo no se rompe. ¿Y con qué justicia se le dice á una mu-

jer á los treinta años, como Magdalena... «para ti ya no hay salvación, se acabaron los efectos legítimos; las palabras de consuelo, no las escuches que serás culpable; si tienes frío, sigue al lado de tu hogar sin fuego; si tienes ansias, devóralas; si te espanta la soledad, gime y vuelve á gemir desesperada hasta que te oiga la muerte?...

GER. Es verdad.

GRE. Sí, es inicuo.

EDU. Pero las costumbres...

BALT. Ya cambian ellas.

EDU. Y las leyes...

BALT. Las podemos cambiar nosotros.

GRE. ¿Y las creencias?

BALT. ¡Usted se figura que son incrédulos en Francia, en Bélgica, en Holanda, en Suiza, en los Estados Unidos!

EDU. Sección geográfica de esta homilia del padre Baltasar.

GRE. Nuestra religión no tolera eso.

BALT. Estás equivocado, Gregorio. Lo tolera: lo que impide es el nuevo matrimonio de los cónyuges divorciados...

GRE. Aquí hay muchas preocupaciones arraigadísimas.

BALT. Y duendes y fantasmas... ¿Quieres conservarlos?

EDU. Nosotros no lo hemos de cambiar.

BALT. Sí, sí, nosotros. Y los felices, los dichosos, con más razón, mejor dicho, con más deber.

EDU. A algunos maridos les va bien, que explotan el nudo.

BALT. Esa es una razón más para cambiar; por higiene.

EDU. Indudablemente eres un hombre moderno.

BALT. Y me felicito. Cada vez que pienso en Magdalena, siempre azorada, palideciendo al menor ruido, sin atreverse á salir sola á la calle... me sublevo contra estas leyes absurdas.

GER. Y menos mal que ahora lleva una temporada tranquila.

GRE. Al marido se lo tragó la tierra.

BALT. ¡Lástima que no fuera cierto!

GRE. Se perdía poco; es un mal bicho.

BALT. He oído que se fué á América.

EDU. Después de una aventura poco limpia en un garito: naipes marcados, navajazos, un herido...

BALT. Y ese es el vínculo eterno de Magdalena... (Pausa.) En fin, me voy á ver si duerme la pequeña... Aun quieren ustedes que la eduque en España y para esclava.

GRE. ¿Y casarla?

BALT. Si puedo, fuera. (Vase.)

ESCENA V

DICHOS menos BALTASAR

GER. Es un ejemplo el de Magdalena muy desastroso para un padre que se preocupa del porvenir de su hija.

EDU. Amén, amén, amén... basta de sermón.

GRE. Bueno, Eduardito, bueno. (A Gerardo.) ¿Quiere usted que echemos unas carambolas mientras acaban de arreglarse las señoras?

GER. Como usted quiera.

EDU. Jueguen ustedes. Yo les veré jugar; y si me fatigo mucho, descabezaré un sueño que tengo bastante atrasado.

GRE. ¡Qué veintiocho años! Ve usted á don Gerardo...

EDU. Como si lo viera.

GRE. Que está en pie á las ocho de la mañana, y á las nueve tiene una Junta, otra á las diez y á las once otra, y almuerza á las doce escapado, y vuelve á empezar las juntas hasta la hora de comer, y es presidente de una sociedad y consejero de quince y accionista de cuarenta...

EDU. Ya sé que es especialista en sindicatos.

GRE. Y no descansa, y entra y sale y marcha y vuelve...

GER. Bien quieto me estoy...

GRE. De noche.

EDU. Al revés que yo...

GRE. ¡Usted me ve á mí que no tengo cien duros!... Pues no me cambiaría por don Gerardo que nada en millones.

EDU. Sin embargo, esa pila de natación vale la pena...

GER. Vamos, señores, no se quejarán ustedes que les dejo despachar á su gusto sin pretender rebajar tales exageraciones...

GRE. ¿Un poco?

GER. Un mucho.

GRE. ¿Usted nos compara, Eduardo? Pues lo dicho, no le envidio. ¿Hay nada más hermoso que levantarme á las doce; tomar el baño ya preparado, volver á la cama para desayunarme, leer los periódicos enterándome de cuantos crímenes se cometieron mientras yo dormía pacíficamente, y echar un vistazo á la *Gaceta*, que es el periódico más gracioso que se publica en Madrid?

GER. La gracia de la *Gaceta*...

GRE. Es socarrona, de la buena. ¿Usted conoce algo más característico de nuestro buen humor nacional que una convocatoria de guardias marinas cuando no hay marina donde colocarlos? ¿Quiere usted nada más típico de nuestro formulario legal, que esas citaciones de los Juzgados llamando á los autores del robo de la calle del Barquillo, para que tengan la bondad de presentarse en la Escribanía, que desde allí los llevarán á la cárcel?.. y advirtiéndoles que si no van, les parará perjuicio.

EDU. Lo que á mí me gustaría saber es dónde le sirven la suscripción de la *Gaceta* á los ladrones...

GER. Realmente podía exigirse más formalidad...

GRE. No, no, ¿para qué? Nos va muy bien así. Para los siete días de la semana, tengo siete casas donde comer, donde reciben muy bien y á donde voy muy á gusto. He realizado el desideratun de tener siete familias en vez de una, no las veo más que á las horas agradables, no nos damos disgustos, y además conservo mi cuarto y mi libertad de soltero, sin preocuparme del precio de las trufas, ni de si la mujer ó la cuñada tienen nervios.

GER. Usted me permitirá que yo siga prefiriendo mi género de vida.

GRE. Encantado, sí, señor... Pues si todos pensaran como yo, la competencia sería ruinosa.

EDU. Aun á costa de ser activo, prefiero los millones de don Gerardo.

GER. Otros, Eduardito, otros, que á usted le sobra talento para ganarlos.

EDU. Soy muy torpe... hace tres noches que no acierto una carta.

GER. No es ahí donde está lo seguro; sino en el trabajo; en el estudio...

EDU. (Levantándose precipitadamente.) Vamos á las carambolas.

GER. ¿Le tiene usted miedo al sermón?

EDU. Casi tanto como al trabajo. (Vanse por el foro don Gregorio y Gerardo. Eduardo que les sigue penosamente, se vuelve al oir entrar á Carlota.)



ESCENA VI

CARLOTA y EDUARDO

EDU. ¿Estás mejor, prima Carlota?

CAR. Mejor, sí; pero no sé qué tengo.

EDU. Que no pierdes baile, ni matinée, ni teatro, ni patines y eso no hay cuerpo que lo resista.

CAR. ¿Y esa gente?

EDU. Jugando al billar... siéntate.

CAR. ¿No puedes hablar sin sentarte?

EDU. Son muy pocas las cosas que yo puedo hacer de pie... (Se sientan.) Prima Carlota.

CAR. ¿Qué te pasa?

EDU. ¿Me dejas echarte un piropo?

CAR. ¿Para qué?

EDU. Es un encargo.

CAR. Bonita comisión traes...

EDU. Ese pobre Sandoval...

CAR. Ese pobre Sandoval es un majadero que no me deja en páz. Yo no sé lo que se habrá figurado.

EDU. Yo tampoco, prima; pero hay que confesar que no le falta razón.

CAR. No he dado nunca motivo á ese caballero...

EDU. ¿Te parece poco motivo la cara que tienes, las joyas que llevas, los vestidos que te pones y lo que no te pones de los vestidos? Anteanoche en el baile estabas elegantísima y guapísima. Prima Carlota, á pesar del parentesco, anteanoche estabas guapísima...

CAR. Qué adulador eres... pero en trajes no me agrada que seas tan exagerado, porque ya sabes que la posición de mi marido no es para que yo pueda deslumbrar á nadie.

EDU. Debe ganar mucho, porque mira que tú gastas...

CAR. Trabaja con suerte y es muy generoso.

EDU. La mina esa de Bilbao.

CAR. Las ganancias son para los accionistas.

EDU. Sí, para don Gerardo.

CAR. Es el principal de todos ellos. Baltasar no lleva más que un tanto por ciento y el sueldo como director técnico. No tengo motivo de disgusto en cuanto á eso, pero así y todo no puedes figurarte las vueltas que me cuesta buscar las telas, copiar en casa los modelos.

EDU. La gente cree que te vistes en París... Da gusto ser pariente tuyo: estás en primera fila entre todas las mujeres elegantes. Con decirte que en los salones, cuando tú pasas, todos murmuran de tí.

CAR. Vaya un elogio.

EDU. ¿Aun te parece poco? Los escotes no se inventaron para inspirar respeto...

CAR. Todas van así y no he de incurrir en la ridiculez de ponerme un traje alto.

EDU. Si yo aun los encuentro exageradamente pequeños. Ni que fuera un marido.

CAR. Eres el mismo... (Levantándose.)

EDU. Siéntate, siéntate. Tengo que hacerte una declaración.

CAR. ¿A nombre de quién?

EDU. En el mío.

CAR. (Riendo.) ¿De amor?

EDU. Amorosa... y financiera.

CAR. ¿Las dos cosas conmigo? Pues vienes bien.

EDU. Hay que salvar á la familia... (Cantando.) Salva Raul...

CAR. ¿Y cómo?

EDU. Entre tus amistades.

CAR. ¿Buscas una heredera?

EDU. Una heredada. La vida terrenal es muy breve, y además mis sentimientos afectuosos se hacen incompatibles con la existencia de suegros ricos. Al casarme prefiero haber pasado yo el dolor de perderlos.

CAR. ¿Guapa?

EDU. Eso no estorba.

CAR. Si no fueras muy exigente...

EDU. La molestaré poco. Descuida.

CAR. Conozco una que vendrá á tener unos cien mil duros.

EDU. Eso es lo que necesito para mí... y luego algo más para ella, porque también querrá gastar en sus trajes, y de lo mío no puedo derrochar un cuarto dentro de casa.

CAR. Hay otra con más de un millón de pesetas y dos tíos viejos, solteros... pero es tan fea...

EDU. Tú deliras, prima. No puede serlo con esas condiciones... ni los tíos siquiera serán feos

CAR. Lo es.

EDU. Y aunque lo fuese. Si eso es lo ideal: su fortuna, para divertirme, y su fealdad para justificar que me divierta.

CAR. No seas cínico, Eduardo.

EDU. Los novios, antes de la boda, y los billetes de la lotería antes del sorteo, todos son buenos. Después la casualidad los premia y lo mismo si los compraste ilusionado que por compromiso, aciertas con el número y eres rico; lo mismo si se casan enloquecidos que por conveniencia, aciertan con su mutuo carácter y son felices.

CAR. Qué gran verdad.

EDU. Y más aun. Entre la guapa y la fea para un capricho la guapa; para *in eternum* quizás

la fea, que á la fea le vas descubriendo encantos y á la guapa tienes que irle viendo ya los defectos.

CAR. Gracias á Dios que hablas un momento en serio.

EDU. Habrá sido una equivocación... Porque esto de la seriedad aun no pude averiguar en qué consiste. ¿Y quién es mi futura?

CAR. ¿Me prometes portarte formalmente?

EDU. ¿Contra quién te diriges?

CAR. ¿Prometes?

EDU. Pues mira que me cuesta á mí trabajo prometer... Lo que quieras...

CAR. Obedecerme. Esto no puede ser cosa de juego.

EDU. Y tú no eres gobernador... así es que juro obediencia.

CAR. Es una muchacha extremeña: Carmen Fernández de la Riera.

EDU. ¿Carmen Riera? ¿La que va con Rosario? ¿Aquél sapito? Y esa tiene...

CAR. No te engaño.

EDU. En lo de fea ya sé que no.

CAR. Pero es buenísima. Con Rosario hemos hablado algo. Anticipando que tú no te atrevias á insinuarte para que Carmencita no se extrañara del poco caso que le hacías y como ella no se presenta mal... En Madrid tiene dos casas, muchos solares en el ensanche... y en Extremadura una dehesa que coge tres leguas á la redonda.

EDU. ¿Y es de esa?.. ¿De mi futuro sapito?

CAR. Pero no te violentes si no te agrada.

EDU. A la una, á las dos, á las... mañana me declaro á las casas y á los solares.

CAR. Si empiezas de esa manera, te lo buscas tú solo.

EDU. No tengas cuidado. Si triunfamos te regalo unas perlas más hermosas aún que las que tienes; milagro que no las luces hoy.

CAR. Me ceñía demasiado el collar y he mandado que lo agranden un poco.

EDU. Pero oye, ¿no se escamará algo de mi timidez?

CAR. Al contrario: en los que tienen fama de atrevidos, la timidez es prueba de verdadero interés.

EDU. Yo te prometo...

CAR. Veremos. (Vase Eduardo.)

ESCENA VII

CARLOTA y BALTASAR

BALT. Queda como un angelote... pero hubo que contarle su cuento. Ahora estará soñando con el hada que trae juguetes á los niños. (Bromeando.) Una señorona con su gran cola de raso y su manto de estrellas... se quedó dormidita preguntando cuándo vendrá esa mujer que trae tantas cosas buenas. En esto los niños y los grandes somos iguales: todos creemos que las cosas buenas las trae una mujer... (Pausa.)

CAR. ¿Ingeniero y poeta?

BALT (Abrazándola afectuoso.) Eso: ingeniero, poeta y feliz. Una mujer como tú; una Carlotita como la nuestra, que, sin pasión, ¿verdad? es la chiquilla más monísima de Madrid: con salud, buenos amigos, y ganando cada año más en mi carrera... Abre la ventana, Carlota; mira muy arriba y dime si el cielo no se parece á este pedazo de tierra en que vivimos.

ESCENA VIII

DICHOS y EDUARDO

EDU. (Al verlos abrazados se vuelve de espaldas.) ¿Se puede?

BALT (Riéndose y sin soltar á Carlota.) Tú eres de casa.

EDU. Pero estoy descabalado y no puedo imitaros.

CAR. (Separándose.) Ya te llegará el turno.

BALT. Y Gerardo y...

CAR. Jugando á carambolas.

EDU. Al revés, jugando á no hacer carambolas: son unos chambones.

BALT. ¿Te aburriste?

EDU. Es divertido Gregorio, soplando desde la primera tacada.

CAR. Los años.

EDU. Que se los quite para jugar.

CAR. Si pudiera...

EDU. Los hombres que se fatigan desde el primer esfuerzo, están desacreditados. Esta opinión es de nuestra amiga...

CAR. ¡Eduardo!

ESCENA IX

DICHOS y ROSARIO

ROS. Buenas noches.

CAR. Rosario..

EDU. Charito...

ROS. Eduardo... (Dándole una mano y otra á Baltasar.)

CAR. ¿Qué traes?

ROS. Que te necesito el miércoles.

CAR. Siéntate.

ROS. Me voy escapada. Quedó Paco en el coche y estará impaciente por dejarme en el teatro é irse al Casino donde tienen unas reuniones muy animadas.

EDU. Reuniones de treinta y cuarenta... personas, y á veces más, discuten el reglamento.

CAR. ¿Quieres que le mandemos recado para que suba?

ROS. Esperará.

EDU. Esta lo tiene muy bien acostumbrado.

CAR. Siéntate entonces.

ROS. Un momento.

CAR. El miércoles, ¿qué?

ROS. Que me acompañes á la *kermesse.* He conseguido de mis compañeros de asociación que te designen para la rifa y estaremos juntas.

EDU. Prepara el bolsillo, Baltasar.

ROS. Si no hay que dar nada, que es para la Beneficencia...

BALT. No comprendo bien esa Beneficencia.

EDU. Sí, hombre... la caridad de estas señoras consiste en ataviarse de mil alfileres y estarse exhibiendo toda la tarde.

ROS. Ponemos nuestro trabajo.

EDU. Eso es; trabajan á beneficio de los pobres del distrito; cada manta para el asilo se calcula de tres á cuatro sonrisas...

ROS. Es pesadísimo, pero hay que socorrer al pobre desvalido.

CAR. Cuenta conmigo. Baltasar no podrá ir porque se marcha mañana á Bilbao.

BALT. A la mina. Voy con Gerardo, que es nuestro presidente, á causa de un entorpecimiento de una máquina nueva, y hasta fin de semana...

ROS. Te vendré á buscar el miércoles á las cuatro; aunque nos veremos antes...

CAR. Mañana iremos juntas á la carrera.

ROS. Sí. ¿Tú no faltarás, Eduardo?

EDU. Si me llevas... porque mis coches aún están para encargar.

ROS. A la kermesse, digo.

EDU. ¡Ah!... es probable.

ROS. ¿Probable qué?

EDU. Que no.

ROS. ¿Que no qué?

EDU. Que no vaya.

ROS. Pero Eduardo...

EDU. Pero Charito... cada kermesse me cuesta una enfermedad.

CAR. No tanto...

EDU. Me dejais sin un cuarto y tengo que irme ocho días á la cama para reponerme.

ROS. No seas roñoso.

EDU. No, hija, no; la salud es lo primero. (A Baltasar.) Si quieres que vaya en tu nombre, hazme un empréstito, ó mejor dicho, una donación... aunque después de todo suena más armoniosamente lo de empréstito, y el resultado para tí es igual.

BALT. Ya lo sé.

ROS. ¿Por experiencia?
BALT. Por experiencias.
EDU. Es increíble lo que tarda en llegar el día primero de todos los meses..
ROS. Adiós, Carlota.
CAR. Rosario, adiós. ¡Qué abrigo llevas!
ROS. ¿Te gusta? Es un regalo del marido. Un día que volvió de buen humor de esas reuniones del Casino. Me costó mil quinientos francos... le costó á él. Vale unos seiscientos y el resto fué sisa para otras cosillas. No entiende nada de esto; si le digo que me costó seis mil se lo traga igual.
EDU. Tu marido tiene fama de buenas tragaderas.
ROS. Y tú de insolente.
EDU. Quizás sea mejor.
BALT. Eduardo...
CAR. Eduardito...
ROS. Te conviene callar, porque si me enfado... Aún anoche tuve una conversación muy animada con Carmencita.
EDU. Tú eres un ángel. (Corriendo á ella.)
ROS. (Desenfadada.) Pero no vuelo.
EDU. Porque no quieres .. que Paco te da alas...
ROS. ¿Volvemos á empezar?
EDU. Charito de mi alma, tú puedes hacerme un favor muy grande... ¡Por Dios, dile á Carmen que me haga caso; yo te prometo que he de quedar bien!

ESCENA X

DICHOS, GREGORIO y GERARDO

BALT. ¿Se acabó la partida?
GRE. Estoy reventado.
CAR. ¿Quién ganó?
GER. Perdimos los dos, porque íbamos á treinta y ninguno pudo llegar. (Mientras hablan saludan á Rosario; luego Eduardo sigue hablándola vivamente. Gregorio á su lado. Carlota se levanta y adelanta con Gerardo hacia la embocadura.)

BALT. Pero esa chiquilla, ¿no está aún arreglada? ¡Blanca! ¡Blanca! (Vase.)

ESCENA XI

DICHOS menos BALTASAR

GER. Hacía años que no jugaba al billar.
CAR. Yo creí que eran ustedes muy buenos jugadores.
GER. Lo hago muy mal.
CAR. ¿Y Gregorio?
GER. Por el estilo... pero tiene más teoría.

ESCENA XII

DICHOS, BALTASAR, BLANCA, MAGDALENA y una criada

ROS. ¿También vais al teatro?
BALT. (Yendo á la izquierda, á la criada.) El abrigo y el sombrero... (Vase la criada.)
GRE. (A Baltasar.) ¿Salimos, Baltasar?
BALT. Sí, saldremos todos.

ESCENA XIII

DICHOS, JUAN y criado

JUAN (Apartando al criado.) No se moleste usted en anunciarme. Buenas noches, señores.
MAG. (Volviéndose rápidamente.) ¡Juan!
JUAN ¿Me conoces y te sorprendes? Eso es casi no conocerme. Desde la estación vengo aquí á recordarte que han terminado los cinco años de nuestra separación legal.
BALT. (Adelantando.) ¿Qué busca usted en esta casa?

JUAN — Lo mío, mi mujer.

MAG. — (Echándose para atrás.) ¡No!

JUAN — (Adelantando un paso.) ¿No quieres venir conmigo?

MAG. — (Retrocediendo.) ¡Defendedme, por Dios!

BALT. — (Poniéndose entre Juan y Magdalena.) ¡Eso es una villanía!

JUAN — (Riéndose forzadamente.) ¿Una villanía que un marido quiera llevarse á su mujer? Pero, tranquilícense ustedes; y tú también, Magdalena, tranquilízate. El plazo no se cumple hasta mañana á las cuatro: mañana á las cuatro volveré con el Juzgado. Buenas noches, señores... (Vase. Rápidamente y aparte á Gerardo.) Tengo que hablar contigo.

GER. — ¿A qué hora?

JUAN — (Haciendo seña de que no sabe.) Temprano; espérame. (Con ansia.)

TELON

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

BALTASAR, con gabán y sombrero puesto, CARLOTA y un criado

BALT — (Al criado.) En casa, estando yo fuera, no entra nadie, más que las personas ya conocidas. El primero que falte á esta orden, sea quien sea el que llame, y se le abra la puerta, queda despedido. Adviértalo usted así á todos. (Vase el criado.) Voy a ver al presidente de la Audiencia.

CAR. — No tardes: es imposible que te formes idea de lo nerviosa y lo intranquila que se encuentra Magdalena.

BALT. — Me lo figuro: después de la noche que ha pasado y con la amenaza de su marido...

CAR. — No tardes.

BALT. — Y tú, ¿dónde vas tan vestida?

CAR. — A las carreras.

BALT. — ¿Cómo dices? ¿Dejas sola á Magdalena hoy?

CAR — Se queda Blanca.

BALT. — ¡Carlota!...

CAR. — Si quieres, me quedaré...

BALT. — No es si quiero; es si quieres tú.

CAR. — (Contrariada.) Me quedaré.

BALT. — Es lo menos que puedes hacer. Hasta ahora.

ESCENA II

DICHOS y GERARDO

GER. Traigo la certificación del médico. (Entregándosela á Baltasar.)
BALT. (Guardándosela.) No me detengo, que voy á la Audiencia. (Vase.)
GER. El doctor se ha prestado gustoso á extender el certificado, haciéndose cargo de la situación.
CAR. ¡Realmente se encuentra mal; ha pasado la noche con una tensión de nervios tan tremenda!...
GER. Era de esperar.
CAR ¿Viste á Juan?
GER. Estuve ya dos veces á buscarle.
CAR. Es preciso que le veas.
GER. Si es hombre que se vende, saldrá de España inmediatamente.
CAR. Le temo... mientras esté en Madrid no volveremos á vernos. (Alto y cambiando de tono.) ¿Quiere usted sentarse, don Gerardo?
GER. Gracias, no. Tengo una junta ahora... ¿Usted irá á las carreras?
CAR. Probablemente no; acaso, al desfile.
GER. Esa es mi intención también... ¿Y Blanca?
CAR. Con Magdalena.
GER. Hagame usted el favor de saludarla. Hasta la noche, que vendré á enterarme del resultado de esas gestiones de Baltasar... Y dígale usted que el viaje á Bilbao lo aplazamos por unos días.
CAR. Se lo estimará mucho, porque este asunto le preocupa como propio.
GER. Cuando buenamente pueda.
CAR. Gracias. Hasta la noche. (Vase Gerardo)

ESCENA III

CARLOTA y BLANCA

BLAN. Mira, Carlota, Magdalena se empeña en levantarse.
CAR. No se lo consientas.
BLAN. Dice que se asfixia dentro del cuarto...
CAR. Pero es un disparate que se levante. (Vase.)

ESCENA IV

BLANCA y EDUARDO

EDU. Prima Ita, ten la bondad de saludarme.
BLAN. Hola, Ito.
EDU. (Dándole la mano á distancia.) Muy buenas tardes.
BLAN. (Idem.) Felices, caballero.
EDU. ¿Tiene usted la amabilidad de acercarse, señorita?
BLAN. No hay inconveniente. (Se acerca.)
EDU. ¿Y Magdalena?
BLAN. Vistiéndose, aunque el médico la aconsejó que no se levantara.
EDU. ¿Y el ogro no ha dado señales de su preciosa existencia?
BLAN. Hasta las cuatro...
EDU. Vais á tener una función de gran espectáculo.
BLAN. No gastes bromas en un asunto tan delicado.
EDU. Punto y aparte. ¿Y tu adorador?
BLAN. ¿Don Gerardo? De incógnito. No sé una palabra de nuestros amores.
EDU. ¿Qué espera para declararse?
BLAN. Eso pregunto yo: ¿qué esperará para declararse?
EDU. Quizás alguna fecha notable, para que no se le olvide luego el solemne aniversario de vuestras relaciones.
BLAN. Yo no coqueteo con nadie.

EDU. Pongamos con casi nadie.
BLAN. Eduardito...
EDU. Blanquita, no conviene exagerar los argumentos.
BLAN. A don Gerardo no le gusta que las señoras salgan á la calle sin una persona respetable de su familia, y yo por eso no tengo *miss* que me acompañe.
EDU. Mal hecho: la *miss* es una institución venerable á la que guardamos profundo respeto todos los muchachos. En el globo no hay sér más discreto ni que sepa volver más á tiempo la cabeza.
BLAN. A los bailes no me llevan. Hablo siempre con él de asuntos fastidiosos... de minas, de sociedades.
EDU. Ya es buena penitencia.
BLAN. Le doy la razón en todo; jamás tengo nervios, ni caprichos, ni exigencias. (Suspirando.) Y nada.
EDU. Algo te habrá dicho.
BLAN. No, pero me parece que la frecuencia conque visita esta casa, algo quiere decir... Algunas veces creo que va á lanzarse... Aun la otra noche, un momento en que estábamos solos en el antepalco, después de una conversación de esas...
EDU. Técnica.
BLAN. Me dijo: (Imitando la voz.) «Qué feliz será el hombre que se case con usted, Blanquita.. » Claro, yo bajé los ojos... una pausa... «Pero usted ya tendrá hecha su elección...» otra pausa. Esa gente de negocios que anda siempre escapada, es incalculable el número de pausas que hace para hablar de amor.
EDU. Sigue contando sin filosofías. Las haremos luego todas juntas.
BLAN. Yo le respondí: no, señor; no he pensado en eso todavía. «Algún joven de condiciones brillantes...» No, no, no me hable usted de chiquillos...
EDU. Y estarías ruborizada, que ese es el ritual...
BLAN. No, porque como allí hay tan poca luz... no valía la pena.

EDU. ¿Y al fin?...
BLAN. Me dijo que era un pensamiento muy cuerdo, muy digno de mi buen juicio, y se levantó, y yo levanté los ojos, que ya me cansaba de mirar la alfombra... y se fué á charlar con Carlota... ¿Qué necesitará don Gerardo para declararse?
EDU. Sales inglesas... ó que imites á las niñas veraniegas que bajan de paseo á las Estaciones del ferrocarril
BLAN. ¿Y es seguro?
EDU. Como de la Equitativa... Un amigo mío iba á pasar todas las fiestas á Cercedilla, ó á los Molinos, uno de esos pueblecitos entre Villalba y Segovia. Un sábado, paseando por el andén, le dijo á una muchacha: «Fulanita, está usted monísima...» «No sea usted exagerado, Fulanito...» y cuando volvió á la semana siguiente, al decirle: «Buenas tardes, Fulanita, ella le contestó ruborosa: «Fulanito, buenas tardes; de aquello que usted me dijo el otro sábado, que sí...»
BLAN. Eres un embustero.
EDU. Prueba á ver...
BLAN. No es para tanto.
EDU. Si te casas ponme en la lista de tus admiradores.
BLAN. No seas impertinente, Eduardito.
EDU. Para eso soy tu primo, Blanquita.
BLAN. Ito... (Muy seria.)
EDU. (Con ansia) Ita...
BLAN. Tú ya descarrilas. Adiós... (Escapa.)
EDU. Pero mujer.
BLAN. (Volviéndose en la puerta y haciéndole una reverencia de minue) Buenas tardes, primo Ito.
EDU. (Idem.) Buenas tardes, prima Ita.

ESCENA V

EDUARDO y después ROSARIO

EDU. Lástima que esta chiquilla sea pariente mía, que no tenga una peseta y que no me haga

caso... Si le arreglaran estos tres defectos y algún pequeño detalle de indumentaria, quedaba muy apetecible. Hace días que me encuentro muy predispuesto á abdicar de mis convicciones matrimoniales. Puede que esté enfermo ó puede ser que me obsesione este maldito pagaré... que no pagaré...

ROS. (Entra y mira curiosamente á Eduardo) ¿Estás dormido, Eduardito?

EDU. ¡Rosario!...

ROS. ¿En qué pensarías?...

EDU. Aquí llevo seis horas aguardando, y la soledad me entristece.

ROS. ¿Seis horas?

EDU. Diez minutos no me los quitan ya...

ROS. Buena rebaja.

EDU. (Bruscamente y cogiéndola.) Siéntate aquí, á mi lado.

ROS. Prefiero sentarme enfrente; te veo mejor.

EDU. ¿Y Carmencita?

ROS. Tú cazas á tenazón.

EDU. Como puedo.

ROS. Hoy almorzó con nosotros.

EDU. ¿Y después?

ROS. Después se marchó.

EDU. Hablaríais algo..

ROS. Desde las doce que vino, hasta ahora mismo que la dejé en su casa...

EDU. Charito, hija de mi alma, no me impacientes.

ROS. ¿Qué quieres saber? (Enfadada.)

EDU. Quiero saber si hubo más gente á la mesa; si os divertísteis, la *toilette* que llevabas, y si tu marido sigue acatarrado. Lo demás no me interesa.

ROS. ¿Qué me das por una noticia?

EDU. Otra.

ROS. ¿Otra noticia? ¿Interesante?

EDU. Puede ser.

ROS. Dime la tuya primero.

EDU. Es muy sencilla. Que jugué al tresillo ayer tarde, y gané ochocientos tantos á perro gordo.

ROS. Bueno, ¿y qué?

EDU. Nada más.

ROS. Es muy interesante; te agradezco que la hayas dicho tan pronto.

EDU. Pues mira lo que son las cosas; yo creí que te interesaría, porque como tú eres tan aficionada y juegas tan bien...

ROS. ... Eduardito, hijo de mi alma, no me impacientes tú.

EDU. Dí un codillo... verás; jugaba á espadas, que allí siempre es favor. Valentín Vargas...

ROS. ¡Mentira!

EDU. ¡Gracias!

ROS. Valentín no está en Madrid.

EDU. Bueno; le habré dado el codillo por telégrafo.

ROS. ¿Hablas formal?

EDU. Sí, Charito, sí; hace dos días que ha venido de París

ROS. ¿Cómo de París?

EDU. De donde sea, porque es tan embustero que le cuenta mentira á los espejos, sólo porque ve mover las sombras.

ROS. Si hay cartas suyas de Oviedo.

EDU. Algún amigo que se encargará de echarlas al correo para que lleven sello de aquella Administración, ó puede que no sea verdad lo de París... Vete á averiguar de dónde sale esa bala perdida.

ROS. (Tranquila.) No sabes lo que te estimo la noticia... porque una amiga mía se interesa por ese tipo, y conociéndolo, seguramente le despreciará.

EDU. (Riéndose.) ¿Tienes confianza con esa amiga?

ROS. (Cortada.) No... sí... ¿por qué lo dices?

EDU. Por caridad. Adviértele á tu amiga que se vaya con muchísimo cuidado, porque Valentín tiene el peor de los defectos en esa materia.

ROS. ¿Es inconstante?

EDU. Charlatán.

ROS. (Con afán.) ¿Le habéis oído algunas historias?

EDU. (Haciéndose el distraido.) Algunas...

ROS. (Cogiendole del brazo.) ¿Con nombres?

EDU. No... pero con señas suficientes... Afortuna-

damente para las protagonistas, ya le conocen y se le da poco crédito.

ROS. (Atrayéndole más.) ¿Y de la última os contó algo?

EDU. No cuenta nunca más que hasta la penúltima... Tranquiliza á tu amiga.

ROS. No hubo nada ¿sabes? pero la veía inclinándose mucho... (Serena.)

EDU. Adviértela, adviértela.

ROS. Estos favores son obligatorios cuando hay buena amistad...

EDU. Evidente, evidente... Vamos á lo de Carmencita.

ROS. Como yo sé que tienes muy buen corazón, y muy buenos sentimientos...

EDU. Prendas interiores de primera... puedes asegurarlo.

ROS. Y eres muy caballero, me convertí en tu defensora. Después de mucha conversación, de muchos elogios tuyos muy merecidos, le dije que el lunes vendrías á almorzar con nosotros.

EDU. Ahora me entero.

ROS. Que si ella quería venir también, y...

EDU. Y...

ROS. Se echó á reir, y...

EDU. Y...

ROS. El lunes va.

EDU. (Abrazándola.) ¡Ay, Rosarito!

ROS. Manos quietas.

EDU. Es de la misma emoción.

ROS. Lo comprendo; pero estate quieto. Ya ves que va marchando el asunto; pero no pretendas precipitarlo y se vaya todo á rodar.

EDU. Con tal que rodemos juntos...

ROS. Separados.

EDU. Entonces no me conviene.

ROS. Lo primero que hace falta es formalidad.

EDU. La tendré.

ROS. ¿De dónde la vas á sacar?

EDU. Alquilándola para estos días del noviazgo.

ESCENA VI

DICHOS, CARLOTA y luego un CRIADO

CAR. (Por izquierda.) No sabía que estabas tú, Rosario.

EDU. Ya se conoce en la prisa que traías. Pero de no estar Charito, tampoco me encuentras, que yo no aguanto plantones de este tamaño.

CAR. Ya habrás aprovechado el tiempo.

EDU. El lunes comida de novios en casa de ésta.

CAR. ¿Quiénes?

EDU. Carmencita y yo. Y Rosario y su marido, que vuelven á estar de novios también.

ROS. Fantasías de tu pariente.

EDU. Me han dicho que la otra tarde os vieron juntos en la Castellana, en coche. Y eso pareció á todo el mundo una *reprisse* conyugal.

ROS. Poco les basta.

EDU. Como jamás te ven con él... tu marido era un ser mitológico.

ROS. Por esa razón de no acompañarme.

EDU. Por esa y por otras.

ROS. ¡Eduardo!

CAR. ¡Eduardo!..

EDU. Todas favorabilísimas; no tengais cuidado. No hay motivo para lo contrario, y aunque lo hubiera, el noble protectorado de mis amores os garantiza mi fidelidad. Lo que siento es no poder garantizaros también la de vuestros maridos.

ROS. Paco es muy bueno.

CAR. Y Baltasar buenísimo.

EDU. Buenísimo... Siguen las firmas.

ROS. Vienes á las carreras, ¿verdad?

CAR. No...

ROS. Como te veo vestida...

CAR. Pensaba ir, pero á Baltasar le parece que no es correcto abandonar á Magdalena.

ROS. ¿Eso no se arregló?

CAR. Andan en ello.
ROS. Después de las cuatro, que es la hora del peligro, puedes ir.
CAR. Le prometí que no iría...
ROS. Yo volveré á buscarte, y si no hay novedad, ¿para qué te vas á quedar?
CAR. Vuelve...
ROS. ¿Y Magdalena?
CAR. Una noche horrible: el médico le aconsejó que guardara cama, aparte de que le conviene para justificar que no se vaya con el marido cuando venga á buscarla, pero dice que está tan nerviosa y tan impaciente, que no resiste más. Acabando de vestirse queda.
ROS. Válgame Dios. (Pausa.) Las invitaciones para el baile de la Vizcondesa están ya repartidas. ¿No recibiste la tuya?
CAR. No, y me alegro para evitarme el compromiso de ir... ¿quieres nada más fuera de tono que un baile de cabezas?
EDU. En el Vizconde se explica, porque realmente le hace falta una nueva.
ROS. Es una persona muy corriente, salvo la manía de enseñar los retratos de sus antepasados, cada vez que se le visita.
CAR. Están en un pasillo, ¿verdad?
EDU. En verano aun menos mal, pero en invierno con el choubesky se abrasan los pobres... A uno de ellos, con el calor, se le hinchó la tela y está el glorioso progenitor de flemón perpetuo.
ROS. Para el baile está haciendo grandes preparativos.
EDU. Lo de siempre: los cuatro emparedados, el agua de naranja, que es muy sana, y libra y media de jamón en dulce.
CAR. Qué exagerado eres.
EDU. Una libra nada más. (Un criado entrega una carta á Carlota.)
CAR. Es la invitación.
ROS. (Al criado.) ¿Quiere usted enterarse si ha venido mi coche? (Vase el criado.) Me chocaba mucho que no la recibieras, porque aun ayer me habló de tí... ¿Irás?

CAR. Puede que me anime; estará bonito.
ROS. Todo Madrid, y los salones son magníficos.
CAR. Sí, la casa es suntuosa y amplia. Resultará interesante.
ROS. Ya lo creo; muy lindo.
CAR. Pero hemos de buscar algo que no sea tan visto... es enojoso ya encontrarse Pompadours y aldeanas suizas.
ROS. En cuanto lleguen los figurines te aviso y escogemos lo más nuevo.
EDU. ¿Vas al Hipódromo?
ROS. Sí.
EDU. ¿Me llevas?
ROS. Pero á la vuelta no cuentes conmigo, que he de llevar á Carlota.
CAR. No vengas, ya sabes cómo es Baltasar.
EDU. Es un hombre á la moderna para todas las preocupaciones de los demás, pero de las suyas propias no hay quien le desmonte.
ROS. (Al criado, que aparece.) ¿Está el coche? (A Carlota.) Antes de las cinco vuelvo. (Levantándose.)
CAR. No voy á poder.
EDU. Si tuviera tan seguro el premio gordo como que tú convences á Baltasar de que es conveniente para Magdalena que salgas á paseo esta tarde... no daba participación en mi billete á nadie.
ROS. Adiós.
CAR. Adiós. (Vanse todos Carlota vuelve.)

ESCENA VII

CARLOTA y MAGDALENA

MAG. (Entra por la izquierda, antes de que vuelva Carlota.) Creí que no acabábais nunca...
CAR. ¿Por qué no entraste?
MAG. Lo que quiero decirte no es para oído por extraños... Lo he pensado mucho y me marcho...
CAR. ¡Qué locura!
MAG. Sí... es una locura, pero razonable. Voy á ser la causa de disgustos muy grandes, por-

que Juan no se conformará con vuestra intervención y contra vosotros ha de volverse; y esta casa apacible y tranquila, se convertirá en infierno.

CAR. Ya los iremos sorteando...

MAG. No, Carlota. (Pensativa.) Sería una ingratitud de mi parte y yo os debo tanto cariño y tantas atenciones...

CAR. Si estás decidida, lo harás; pero no hoy ni mañana, sino cuando te veas libre de estas inquietudes.

MAG. Déjame marchar.

CAR. ¿Pero á dónde vas?

MAG. No lo sé.

CAR. Magdalena...

MAG. Lejos de aquí... donde haya quien me defienda.

CAR. ¿Y nosotros?...

MAG. No como vosotros, por bondad, por lástima; sino por mí misma, por mi razón, por mi derecho... ¿No habrá en el mundo un rincón de justicia?

CAR. (Cogiéndola cariñosamente y haciéndola sentar á su lado.) ¡Pobre Magdalena!..

MAG. ¡No puedo irme con ese hombre que me matará!... no creas que le temo á la muerte; pero á la agonía sí... Es horrible pensar el martirio que me aguarda á su lado.

CAR. Quizás encontremos modo.

MAG. ¿Cuál?

CAR. Aconsejándonos de un buen abogado.

MAG. ¿Otro pleito? ¿Pero tú no recuerdas las vergüenzas que he pasado; las preguntas tan íntimas, tan bochornosas, que tuve que contestar? ¡No, no, otro pleito no!

CAR. No habrá más remedio.

MAG. Pero si yá se ha demostrado que es un vil; si ya lo sentenciaron los tribunales, ¿por qué los tribunales no me amparan?

CAR. Es que tu divorcio no duró más que cinco años.

MAG. ¿Y de nuevo hemos de empezar por vivir juntos, esperando que me maltrate, y queden señalados los golpes, para obtener otro fallo igual? ¡Si supiera que me pegaba esta tarde, ahora mismo iba á buscarle!

CAR. No te desesperes.

MAG. Acabar de una vez, ¿y si no me pega? Si me esclaviza, si me abruma á injurias y á insultos ¿qué vida será la mía?

CAR. Quizás venga arrepentido...

MAG. ¿Arrepentido? El no se corrige... ¿No le viste anoche provocativo, burlón, amenazador?

CAR. Ha debido pasar muchas pruebas con la vida azarosa que lleva, y tal vez vuelva ansioso de paz.

MAG. Por Dios, no me lo digas, que eso sería más horrible aun... ¿volver ansioso? ¿y si me acariciaba? ¡Oh, qué asco! ¿No habrá una ley que ampare á una mujer desesperada?

CAR. Las hacen los hombres y no se les ocurre pensar que en el cuerpo de una mujer pueda encontrarse un alma que sueñe ó que sufra.

MAG. Es una infamia lo que se hace conmigo: si fuera hombre emigraba de España; pero mujer y pobre, ¿dónde voy?

CAR. Como tú, hay centenares.

MAG. ¿Y qué hacen?

CAR. Resignarse y ser mártires, ó sublevarse y...

MAG. Pero si yo quiero ser honrada.

CAR. Entonces tienes que ser víctima.

MAG. Para mí es tarde, lo comprendo. Mas por decoro, por compasión, por humanidad hay que echar abajo esas leyes inicuas.

CAR. Quizás Baltasar haya encontrado medio.

MAG. No espero nada.

CAR Así es más fácil que encuentres algo. Yo en tu lugar...

MAG. ¿Tú en mi lugar? no lo imagines siquiera. Conserva el bien que tienes, que no sabes el bien que es..

CAR. No puedo quejarme.

MAG. Y procura que no tenga queja Baltasar.

CAR ¿Tú has visto algo en mí que?...

MAG. No he visto nada, no sé nada... Tú eres muy buena... pero quiere mucho á Baltasar, que lo merece y es tu felicidad.

CAR. (Altiva.) ¿Te figuras que no le quiero lo bastante?

MAG. No me figuro nada, te juro que no sé nada.

CAR. ¿Tú crees saber algo?

MAG. No, no... pero es un consejo tan bueno, tan sincero, que aunque estuviéramos inundados de felicidad, te lo repetiría constantemente como el favor más grande de mi alma agradecida...

CAR. (Aparte.) ¿Sospecha ó sabe?)

MAG. (Desconfía ya de su secreto.) (Con tristeza.) Déjame marchar... Tengo miedo de haceros daño... (Carlota se queda mirando.) Juan es capaz de la calumnia...

CAR. ¿Con?...

MAG. Con... contigo, sí.

CAR. (Adelanta rápidamente.) Baltasar la despreciará.

MAG. ¡Así sea!

CAR. (Muy fría.) Así ha de ser. (Pausa.)

ESCENA VIII

DICHAS y BALTASAR

MAG. (Levantándose y corriendo á él.) ¿Qué, qué?

BALT. (Por foro.) Por el momento vamos bien; he visto al presidente de la Audiencia y me prometió interesarse por usted. Admitirán la certificación facultativa acreditando que no puede usted salir de casa sin peligro y mientras la enfermedad continúe, y nosotros la alargaremos todo lo posible, hemos de encontrar una manera de resolver el conflicto. Pero no hizo usted bien en levantarse, Magdalena.

MAG. Me ahogaba...

CAR. Quería marcharse de Madrid.

BALT. ¡Qué disparate, no!

MAG. Es que ahora empezarán los disgustos, los escándalos, porque al verle á usted entre él y yo, querrá mortificarle...

BALT. Lo llevaremos con paciencia.

MAG. Para que usted se canse de protejerme.

BALT. Le perdono á usted esas ideas, pero no está bien que las tenga, porque suenan un poquito á desconfianza.

MAG. No, no... (Vase Carlota.)

ESCENA IX

BALTASAR y MAGDALENA

BALT. En cuanto al fondo del asunto, el mismo presidente reconoce que no existiendo una causa nueva para entablar otra vez la demanda, no será posible negarse á la unión de ustedes.

MAG. ¡Dios mío, Dios mío!

BALT. Si no vamos por el camino recto, iremos por el atajo; yo tendré una entrevista con Juan, para conocer sus pretensiones, y cualquier sacrificio que exija, se discutirá.

MAG. Que se lleve lo poco que me dejó de mi fortuna...

BALT. En ese tereno le buscaremos; pero sin quebranto para usted, que tampoco puede tolerarse que la arruine por completo.

MAG. Eso no me importa.

BALT. Pero no puede ser ni es justo que sea.

MAG. ¿Y qué adelantaremos con la lucha? Quince días, un mes, dos, y luego?...

BALT. Bueno, bueno... á tener confianza y á vivir tranquilamente, que ya iremos solucionando todas las contingencias que ocurran, y sin decírselo á usted, que será el mejor modo de no afligirla.

MAG. Dios se lo pague, y si es cierto que las súplicas humanas llegan al cielo—aunque las mías, para mí, no hayan llegado—tendrán ustedes tanta suerte, tanta, tanta...

BALT. Hay algo más que la piedad: El hombre, el ser humano, tiene derecho á vivir feliz y obligación de luchar para serlo. Rendirse nunca; caer, cuando sean más fuertes, pero

aun caídos esforzarse en volver á la vida. Contra el poder bastardo, contra la ley injusta, contra todos...

ESCENA X

DICHOS y CRIADO

CRI. Señorito... ahí están unos hombres...

BALT. ¿Abrió usted?

CRIA. No, señor, pero...

MAG. Baltasar...

BALT. Tenga usted confianza en mí...

MAG. Baltasar, por Dios, defiéndame usted... (Vase (Magdalena.)

BALT Que pasen.

ESCENA XI

BALTASAR y JUAN

JUAN ¿Desea usted que entre el escribano? ¿No? Bien. Aguardará mientras no sea necesario que intervenga. En previsión de cualquier dificultad, abajo quedan un inspector y guardias, aunque supongo que usted no pondrá obstáculos á la acción de la justicia.

BALT. Al contrario.

JUAN Perfectamente. Aquí tengo el auto del juez.

BALT. Y aquí el certificado de la enfermedad de esa señora.

JUAN No creo en esa enfermedad repentina.

BALT. Es igual.

JUAN ¿Podría ver á Magdalena?

BALT. No. La verá el forense, y según su dictamen resolverá el juzgado lo que estime más oportuno.

JUAN ¿Es la lucha lo que ustedes buscan?

BALT. La defensa solamente.

JUAN Y usted, ¿qué interés tiene en que no salga?

BALT. No le debo á usted explicaciones de ninguna clase respecto de mí. Si usted quiere hablarme, empiece usted por salir, citarme donde le parezca y entonces tal vez logremos entendernos.

JUAN ¿Con dinero?

BALT. Si á usted le agrada y no es muy exagerado...

JUAN Vamos, una limosna. ¿Y qué pretende usted comprar tan mezquinamente?

BALT. Yo nada. Magdalena su tranquilidad.

JUAN Lo malo es que después de cinco años de separación, usted comprenderá...

BALT. No; no estoy dispuesto á comprenderle á usted.

JUAN Lo diré con mayor claridad. Hoy prefiero llevarme á mi mujer.

BALT Hoy es inútil que usted lo pretenda. Y de aquí á que mejore, tenemos tiempo de irlo pensando todos.

JUAN Pero yo no vengo propicio á tolerar que continúe un día más bajo este techo que...

BALT. ¿Qué?

JUAN Que no la favorece.

BALT. Tengo mucha calma; muchísima calma, cuando me propongo tenerla... pero colóquese usted un poco más lejos si pretende seguir la conversación en esos términos.

JUAN Entrégueme usted á Magdalena ó seguiremos hablando sin apartarme, que no hay para qué.

BALT. No.

JUAN ¿No?

BALT. No.

JUAN ¿Y usted quién es para oponerse? ¿Padre... hermano... tutor... ó amante nada más?

BALT. Esa es una falsedad de usted mismo; no me irrita.

JUAN Acabemos, que esta discusión conduce á poco.

BALT. Cuando usted quiera.

JUAN Entrégueme usted á Magdalena.

BALT. No puede salir de aquí mientras el médico no lo autorice.

JUAN Baltasar... Baltasar, yo estoy decidido á lle-

vármela, no he atravesado el mar para detenerme ante una certificación falsa, Baltasar...

BALT. Juan...

JUAN Le ruego á usted, por los dos, que no me obligue á cometer violencias irreparables.

BALT El juzgado no consentirá...

JUAN Dejamos al juzgado.

BALT. ¿Entonces serán violencias personales?

JUAN Sí.

BALT También las esperaba... aunque no veo del todo á dónde pueden conducirnos de práctico; pero este no es argumento para que un hombre ceda.

JUAN ¿Es que realmente no sospecha usted dónde nos lleva esa obstinación?

BALT. Usted lo dijo.

JUAN No, no lo dije aún.

BALT. Aguardando estoy.

JUAN Tampoco es cierto; lo que yo puedo decir, usted no lo aguarda.

BALT. Más claro, para entendernos.

JUAN Por última vez, no me niegue usted lo mío.

BALT. No.

JUAN Que de lo mío sólo he hablado hasta ahora.

BALT. ¿Y de qué más podría usted hablar?

JUAN De lo ajeno, si lo estimo necesario.

BALT ¿Qué quiere usted decir?

JUAN Lo dicho.

BALT. Yo necesito saber más.

JUAN Yo necesito á Magdalena.

BALT. (Con brío.) No.

JUAN ¿No? Pues bien. ¿Usted juzga á Magdalena honrada?

BALT. Como mi propia mujer.

JUAN Sin comparaciones.

BALT. ¡Debo hacerla!

JUAN Pues por honrada debo apartarla de aquí, y antes de interponerse entre mi mujer y yo, cuídese usted de averiguar quién paga el lujo de la suya.

BALT. ¿Dime quién... dime quién... el nombre, el nombre? (Luchan los dos y al fin Baltasar lo tumba, echándole las manos al cuello.)

ESCENA XII

DICHOS y MAGDALENA

MAG. (Corriendo á separarlos.) ¡Baltasar! ¡Baltasar!... (Baltasar al separarse de Juan se aparta un poco y se tambalea.)

BALT. Yo necesito saber ese nombre.

MAG. (Aparte á Juan, ayudándole á levantarse.) Dí que has mentido y te sigo.

JUAN (Burlón.) Bueno.

BALT. (Poniéndose delante de la puerta.) Yo necesito saber ese nombre.

JUAN Buscaba una pelea para que saliese Magdalena. Mi objeto está logrado; no tengo interés en mortificarle á usted, y declaro que no es cierto lo que dije.

BALT. El nombre... no quiero disculpas, sino el nombre.

JUAN Mi palabra.

BALT Tu palabra de ruin, de cobarde...

MAG. Vamos.

JUAN (Encogiéndose de hombros.) Vamos.

BALT. (Atónito.) ¿Usted consiente en marcharse? Algo tardío es el arranque, pero no importa; aun le agradezco... (Adelanta dejando libre el paso.)

MAG. (Besando la mano de Baltasar.) Perdóneme usted. Debí marcharme antes.

JUAN (Aparte.) Debí decírselo.

BALT Debí ahogarle. (Vanse Magdalena y Juan.)

ESCENA XIII

BALTASAR y CARLOTA

BALT. ¿Qué es esto, odio, ya eres mi dueño?

CAR. (A medio vestir.) ¿Y Magdalena? (Baltasar le señala la puerta.) ¿Se la llevan?

BALT No, se va ella.

CAR. ¿Por su gusto?

BALT. Por su voluntad.
CAR. Es lo mismo.
BALT. Es bien distinto á veces.
CAR. ¿Y se sacrificó por ese hombre?
BALT. Me pareció que se sacrificaba por nosotros.
CAR. ¿Para evitarnos disgustos? Es muy buena... Pero tú no has debido consentirlo.
BALT. No sé yo mismo lo que consiento y por saberlo daría pedazos de mi propia carne.
CAR. No me explico cómo Magdalena pudo cambiar de idea tan rápidamente; y lo que dices me confunde más aún.
BALT. (Airado.) Yo sí me lo explico, formando una mujer con puñados de lodo, con pensamientos viles, y con palabras falsas.
CAR. (Cariñosa.) No, Baltasar, no seas injusto con ella. Tú mismo has comprendido que se sacrificaba por nosotros, y en lugar de compadecerla y de admirarla, de insistir para que se quedase...
BALT. (Calmado.) Como tú eres tan buena, (Pausa. La mira fijamente.) te parece imposible que se pueda faltar á una promesa. Bien sabe Dios que mi voluntad era defenderla; pero yo no tenía más razón que la súplica de Magdalena, y cuando ella, espontáneamente, dijo que se marchaba, me encontré sin armas para aquel combate.
CAR. Pronto...
BALT. Pronto, sí, en seguida. En el instante en que al «ven» de Juan respondió el «vamos» de Magdalena, ví enlazarse de nuevo el vínculo sagrado que los une y me creí tan separado, tan extraño á ellos que las facciones mismas de Magdalena, me parecieron ya las de una mujer desconocida.
CAR. Pronto...
BALT. Pronto, sí, en seguida. Si ellos se unían ¿con qué derecho los separaba yo? En la vida no hay nada más infame que penetrar rastreramente en un hogar. (Haciéndola volverse nuevamente para mirarla bien.) ¿Verdad, Carlota, que no hay nada más infame? (Luchando con dulzura, ella por apartar la mirada y él sosteniéndola.)

Entre nosotros que somos tan felices, tan dichosos... (Pausa: cierra los ojos y los abre luego pero sin mirarla; con una mano coge una de Carlota, con la otra procura que no vuelva la cabeza; dulcemente.) tan dichosos... no sería un crimen que una mujer se interpusiera entre los dos, y yo abandonara tu cariño, este dulce reposo, por las caricias que me prometiera? Y si un loco á tí—¿quién si no un loco se atrevería—te propusiera que me olvidaras?—olvidar no está en lo humano—que le siguieras, dejando mi amor tan profundo y tan verdadero, nuestra casa tranquila, y nuestra hija... si alguien quisiera aprovechar las flaquezas mujeriles, satisfacer tu vanidad, ofreciéndote trenes, joyas, vestidos... (La mira de pronto y con ansia: al encontrarla con la vista baja cuando antes la miraba sorprendido, grita sacudiéndola.) ¡Mírame!
CAR. (Desasiéndose dulcemente.) ¡Me haces daño, Baltasar!
BALT. (Soltándola.) Perdona, perdona; pero al hablar de lo absurdo que es faltarme tú, caigo en lo inconcebible, que es lastimarte yo.
CAR. (Apesadumbrada.) Más daño me hiciste con tus palabras que me suenan...
BALT ¿A acusadoras?
CAR. A desleales.
BALT. Carlota...
CAR. ¿Qué pretendes leer en mis ojos, buscándome tanto las miradas? ¿Confesión de mis culpas? ¿Espanto de tu castigo? Si fuera culpable me turbaría y si fuese como la víspera de nuestra boda me turbaría también; que el odio de un hombre tan ligado como tú lo estás á mí, empaña siempre los ojos de una mujer. ¿Qué consigues, pues, mirándome? Habla, habla.
BALT. Carlota...
CAR. Habla.
BALT. Me dijo Juan...
CAR. ¿Es un dicho? ¿Sin pruebas, verdad?
BALT. ¡Ay de tí, si las tuviera!
CAR. (Soberbia y airada.) ¿Y yo valgo poco, tan poco,

que tú recoges la calumnia del primero que la dice y me envuelves en ella como en un manto de reina?... ¡Gracias, Baltasar!

BALT. No era esa la respuesta que yo esperaba.

CAR. Pues dilo... dilo.

BALT. Hay cosas que deben comprenderse sin decirlas.

CAR. Y otras que no deben comprenderse ni aun oyéndolas.

BALT. Me dijo...

CAR. Acaba.

BALT. Que reparara en tu lujo.

CAR. ¿Qué más?

BALT. Nada más; porque fuí tan torpe, que le eché las manos al cuello ahogándolo, cuando debí no respirar yo en aquel momento para que todo el oxígeno fuera á sus pulmones y pronunciase vibrante y clara la verdad que se quedó en calumnia.

CAR. ¿Y después?

BALT. Después intervino Magdalena separándonos; después Juan se desdijo confesando que había mentido, después se marcharon juntos... y ya no pude ligar mis pensamientos después... (Echando rápidamente las manos.) Ese medallón que llevas.

CAR. (Retirándose y tapándose con sus manos.) Es mío.

BALT. Quiero verlo.

CAR. No.

BALT. ¡Quiero verlo!

CAR. ¡Qué has de ver, si estás ciego!

BALT. ¡Tenerlo en mis manos, palparlo, preguntarle de dónde viene, que él me responderá!

CAR. No lo doy.

BALT. Te le arranco...

CAR. Inténtalo. (Luchan y al fin lo coge.)

BALT. Ya lo intenté.

CAR. Y ya lo has conseguido. Tú eres el amo por ser el más fuerte, y cuanto quieras de mí así lo tendrás, por violencia.

BALT. ¿Pero este medallón es el que tenías de soltera?

CAR. ¿Te convences de que estás ciego?

BALT. ¿Por qué lo ocultabas?

CAR. Ocultarlo no, negarlo. Como te negaré todo lo mío mientras me trates injustamente. ¿Quieres palabras? Pues busca hechos que te convenzan, pues no saldrán palabras de mis labios. ¿Quieres paz? Pues déjame. ¿Quieres caricias? Pues pégame, y solo cuando me rindas físicamente será tuyo mi cuerpo dolorido.

BALT. (Como hablando consigo mismo.) Las palabras de Juan siguen en mí: las tuyas á un tiempo me martirizan y me consuelan, pero Magdalena, marchándose, me anonada. ¿Quiso pagarnos su deuda de gratitud comprando el silencio de Juan? No lo sé... pero he de saberlo.

CAR. Busca, pues.

BALT. ¡Buscaré! (Adelantando y poniéndole la mano en el hombro.)

CAR. Busca. (Quitándose la mano con la suya bruscamente.) Pero mientras, respétame. (Arrogante sale despacio. Baltasar, inmóvil, la mira con fijeza.)

TELON



ACTO TERCERO

Un despacho

ESCENA PRIMERA

BALTASAR escribiendo, un criado y un muchacho

BALT. ¿Qué es?

CRIA. Preguntan por la señora. Es un muchacho de la platería de la Carrera de San Jerónimo.

BALT. Que pase. (Sale el criado y vuelve á entrar acompañado del muchacho que entrega una carta á Baltasar, éste la lee en voz baja y luego la vuelve á leer.) ...«Y ruego á la señora que se tome la molestia de pasar por esta su casa, pues hemos padecido una pequeña equivocación al indicarle el coste del arreglo en tres mil quinientas pesetas. Como el hilo es doble, y llevará igual aumento de perlas en ambos, esta cantidad se entiende por cada uno; en total, siete mil pesetas. Para evitar una mala interpretación, y rogándole que dispense...» Es un desatino ese precio... dígale usted que no lo haga, que desistimos.

MUCH. Como el señor disponga.

BALT. Decididamente, que no lo haga.

MUCH. Está muy bien. (Vanse el muchacho y el criado.)

ESCENA II

BALTASAR, ROSARIO y EDUARDO

ROS. ¿Se arregló el asunto de Magdalena?
BALT. Sí.
ROS. Gracias á Dios.
BALT. No estoy muy seguro de que ella las dé.
ROS. ¿Y eso?
BALT. Se ha ido con Juan.
ROS. ¿Con su marido?
EDU. Las mujeres son locas.
ROS. (Con sorna.) Evidentemente.
EDU. Hablo de las que se van con su marido; y tú no incurres en semejante vulgaridad.
ROS. Está ocupadísimo.
EDU. Forma parte del decorado del Casino.
ROS. En cambio tú eres un vago... (A Baltasar.) Y Carlota, ¿podrá venir al desfile de las carreras?
BALT. No sé si tendrá humor. (Vase.)

ESCENA III

ROSARIO y EDUARDO

EDU. Mira si hice bien en no dejar el sitio en tu coche.
ROS. Si se anima Carlota te vas á pie; porque con Carmencita y su madre, iríamos incómodos.
EDU. Pero si no se anima puedo continuar con vosotras. Supongo que no te quejarás de mi corrección, y eso que vamos engañados.
ROS. ¿Cómo engañados?
EDU. Con nuestra seriedad. Carmencita lo que tiene es una gana de que le digan disparates...
ROS Suposiciones tuyas.
EDU. Va como una mosquita muerta; pero en

cuanto se habla de algo escabroso, ya la tienes colorada.
ROS. ¿Y qué?
EDU. Si se pone colorada es porque lo entiende, si lo entiende es porque se fija, si se fija es porque le gusta, y si le gusta hacemos mal en no complacerla.
ROS. Tú crees que todas son iguales.
EDU. Esta es mucho más fea... ó por lo menos lo era antes de pensar en carsarme.
ROS. (Riéndose.) Tu amor la embellece.
EDU. Ojalá, porque el trago va á ser amargo.
ROS Carmencita es muy buena.
EDU. También es buena la quinina.
ROS. Déjala.
EDU. Hasta que me case no. Después, quizás esté ocupadísimo como tu Paco.
ROS. Las razones son iguales...
EDU. Yo seré un sabio y tu marido... Dejar á la mujer más bonita y más distinguida...
ROS. Echa incienso.
EDU. Si no fuera por el respeto que le tengo á Paco...
ROS. (Burlona.) Ya lo sé...
EDU. Y el poquísimo caso que tú me haces, me parece que...
ROS. (Seria.) ¡Eduardo!...
EDU. ¿A tí qué te parece, Charito?
ROS. Que desbarras.
EDU. ¿Quién se atreverá á decir que eres una mujer inconstante? y llevas tres años seguidos desairándome.
ROS. Y los que faltan.
EDU. Yo que soy todo cariño...
ROS Pues cásate.
EDU. ¿Y después?
ROS. Haces el viaje de novios.
EDU. Dicen que el viaje de novios es de lo menos desagradable que hay en el matrimonio.
ROS. Naturalmente.
EDU. ¿Por qué naturalmente?
ROS. Porque... no seas imprudente, Eduardito.
EDU. ¿A tí qué tal te fué?
ROS. Yo no he viajado.

EDU. ¿Os quedásteis en Madrid?
ROS. Unos días.
EDU. ¿Y qué?
ROS. ¿Y qué? ¿Y qué?
EDU. Cuéntame algo.
ROS No me acuerdo ya.
EDU. Refrescaré tu memoria. Volvísteis de la iglesia...
ROS Volvimos...
EDU. Había gente en casa.
ROS Exacto.
EDU. Pero al fin os dejaron solos.
ROS. Exactísimo.
EDU. Y entonces, Paco...
ROS. Y entonces, Paco... entonces... pero ahora no hay para qué hablar de eso.
EDU. Era para instruirme y no hacer un papel desairado cuando me llegue el turno.
ROS. Pues yo no estoy dispuesta á enseñarte nada.
EDU. Verbalmente, mujer.
ROS. Ni por escrito, hombre. Conque... vamos á mudar de conversación ó á estarnos callados.
EDU. ¿Me dejas que te mire?
ROS. Mira.
EDU. Algo es algo.
ROS. Contando conque no te negarías, te incluí en la lista de nuestra asociación. Eres hermano de María.
EDU. Me honra mucho el parentesco.
ROS. ¿A que no sabes dónde me he metido?
EDU. En algún charco.
ROS. En la sociedad filatélica del salvamento de náufragos.
EDU. ¿Y eso, qué es?
ROS. Reunimos sellos de correos que luego vendemos por docenas ó por millares, ó separadamente cada uno, según su valor, y con el producto se crean estaciones de servicio permanente en los puertos de mar. Llevan cuatro meses constituídas y ya compraron dos botes.
EDU. ¿Dos botes de qué?
ROS. ¿No has oído hablar de botes salva-vidas?

EDU. Sí, sí... La escuadra no es muy nutrida.
ROS Estamos empezando.
EDU. ¿Y dónde los tenéis?
ROS. Todavía no está decidido el puerto á que se destinarán.
EDU. Lo mejor sería que los tuviéseis en Madrid.
ROS. ¿En Madrid?
EDU. Porque es el punto más céntrico. ¿Telegrafiaban temporal en Cádiz? pues á Cádiz; telegrafiaban de Santander...
ROS. Saldría barato.
EDU. Para lo que os cuesta...

ESCENA IV

DICHOS y BALTASAR

BALT. Carlota no se decide á salir, está destemplada.
ROS. La impresión de la marcha de Magdalena.
BALT. Seguramente. Se ha echado un poco, vestida. Dispense usted que no salga.
ROS. No faltaba más... ¿Vámonos? Si usted quiere venir tengo sitio en el coche.
EDU. El mío.
BALT. Muchas gracias, no salgo.
ROS. Tendré que llevarte...
EDU. ¿No lo ofrecerás ya á nadie?
ROS. Adiós, Baltasar.
EDU. Hasta mañana. (Vanse.)
BALT Hasta mañana.

ESCENA V

BALTASAR, FRANCO y CRIADO

CRIADO Este caballero desea ver al señor...
BALT. Hágame usted el favor... (Vase Criado.)
FRAN. Perdone usted que me tome la libertad de venir; pero he creído necesario unos minutos de molestia para usted...

BALT. Siéntese usted, señor...

FRAN. Franco.

BALT. Señor Franco.

FRAN. Soy el joyero de la Carrera de San Jerónimo... y me sorprendió mucho el recado de la señora después de haber quedado conformes.

BALT. He sido yo quien ha dado esa contestación, pero no debía existir una conformidad muy absoluta cuando usted mismo, en su carta, manifestaba que se creía en el caso de escribir para evitar una mala interpretación.

FRAN. Como el señor no tuvo nunca la bondad de honrar nuestro establecimiento con su presencia, me permito por eso discutirle...

BALT. Usted dirá...

FRAN. La señora compró el hilo de perlas..

BALT. El año pasado por Octubre ó Noviembre.

FRAN. Efectivamente, en Octubre. Ahora la moda es llevarlo doble, uno de collar y otro colgante, hasta la cintura, y para esta nueva forma era algo insuficiente.

BALT. Comprendo.

FRAN. Necesitábamos alargarlo y para ello se escogieron las perlas.

BALT. Muy bien, estamos de acuerdo. En lo que disentimos es en el precio: no es que niegue su valor, es sencillamente que no estoy dispuesto á desembolsar siete mil pesetas en estos momentos.

FRAN. Por eso no hay cuestión: el señor pasará á satisfacerlas cuando lo estime conveniente.

BALT. Gracias, pero tengo la norma fija de no efectuar ningún gasto que no pueda cubrir en el acto.

FRAN. Para la señora ha de ser una verdadera contrariedad.

BALT. Es muy posible. También á mí me agradaría satisfacer todos los caprichos; pero usted admitirá que en este punto mi opinión debe prevalecer.

FRAN. Lo sentimos mucho y confiamos en tener más suerte otra vez.

BALT. Seguramente.

FRAN. Le devuelvo á usted el collar. (*Entregándoselo.*)

BALT. (*Cogiéndolo.*) Y lamento que usted se molestara...

FRAN. Nos debemos á nuestros clientes, y la señora es de los que más nos favorecen.

BALT. No creía que hubiera más compras.

FRAN. Pequeñeces: unos pendientes, algún imperdible... Es natural que el señor no lo recuerde; generalmente los hombres no intervienen...

BALT. Tiene usted razón.

FRAN. Suele ser cosa exclusiva de las señoras.

BALT. ¿Exclusiva? Quizás haya algo de exageración, señor...

FRAN. Franco y compañía.

BALT. Servidor de usted.

FRAN. Y créanos usted que deploramos profundamente que sólo por el precio no quede la señora complacida.

BALT. En estos asuntos no suele haber otro motivo.

FRAN. Es verdad, es verdad.

BALT. Y convengamos en que era un poco excesivo.

FRAN. Las perlas son de un oriente y de una limpieza...

BALT. Desde luego, por siete mil pesetas por alargar un collar que costó cinco...

FRAN. Perdone usted, que ha costado más.

BALT. Está usted confundido.

FRAN. No, señor.

BALT. ¿Si lo sabré yo que lo he pagado?

FRAN. ¿Si lo sabré yo que las he recibido?

BALT. Ustedes tienen otras ventas.

FRAN. Puedo traerle copia de la factura de asiento en los libros.

BALT. No puede ser...

FRAN. La señora ha pagado veinticuatro mil pesetas.

BALT. (*Acalorándose.*) Está usted en un error.

FRAN. Dispense usted... y no hablemos de memoria. (*Cogiéndole el estuche.*) Dígame usted si es posible adquirir estas perlas por la cantidad

que usted supone? Aunque no tuviera seguridad en mis recuerdos, la vista no me engaña. Nada, si usted quiere veinte mil pesetas, ahora mismo cerramos el trato.

BALT. ¿De manera que si le entrego el estuche con ese hilo de perlas, usted me da veinte mil pesetas?

FRAN. Hecho.

BALT. (Pausa.) Mírelo usted bien. (Aparte.) (¡Cómo se va hundiendo en la nada aquel altar de cariño y de respeto que fué mi vida.)

FRAN. Ya está visto. Si usted desea venderlo, con sumo placer nos ponemos á su disposición.

BALT. No, no...

FRAN. Y si usted desea cambio, tratándose de la señora...

BALT. ¿Cambio, tratándose de la señora?... Es imposible, amigo mío; imposible desgraciadamente.

FRAN. No querrá desprenderse.

BALT. Sólo se desprenden las ramas podridas, pero conviene cortarlas antes de que sequen el árbol.

FRAN. No comprendo bien...

BALT. Mejor. Las cosas de este mundo son claras y lógicas cuando no se fija uno en ellas: escudriñando, suelen ser absurdas y tenebrosas.

FRAN. Los brillantes no.

BALT. (Abrazándolo.) Tiene usted razón, es ridículo, amigo mío, ridículo.

FRAN. Las joyas son una satisfacción para la señora que las lleva y para el marido que las paga.

BALT. (Abrazándole más.) Y para el marido que las paga... si usted y yo tuviéramos un cerebro solo, no pensaríamos más acordes.

FRAN. Es para mí un honor...

BALT. (Muy grave.) Y para mí... (Sonriéndose.) No le detengo á usted más. (Empujándole.)

FRAN. Y ya sabe usted que por el precio...

BALT. Señor...

FRAN. Franco.

BALT. No, ahora no es usted franco. Entre hombres prácticos como nosotros, no hay más que el precio. Vaya usted con Dios, vaya usted con Dios.

FRAN. Es amabilísimo este señor. (Se va.)

ESCENA VI

BALTASAR

BALT. (Queda un momento apoyado en el quicio de la puerta.) ¡Y qué precio tan enorme pago por esta miseria que me corrompe!

ESCENA VII

BALTASAR, BLANCA

BLAN. Baltasar, ¿no salís esta tarde? Si no te parece mal voy á bajar al primero, que está Consuelito asomada y tampoco sale.

BALT. Baja.

BLAN. ¿Qué te pasa, seriote? Tienes una cara más grave...

BALT. Me duele la cabeza.

BLAN. ¿Conmigo no estás enfadado? Pues los demás que se arreglen.

BALT. Dile á Carlota que venga.

BLAN. Bueno. Hasta luego. (Vase.)

ESCENA VIII

BALTASAR

Es la prueba... Esta joya que he pagado á un precio y vale cuatro veces más, ¿qué está diciendo? (Pasea, ve entrar á Carlota y sigue paseando.)

ESCENA IX

BALTASAR y CARLOTA

(Deteniéndose.) Siéntate... (Pausa.) Siéntate. Quisiera que hablásemos serenamente: si alguna vez la palabra traiciona mi propósito, no la oigas, discúlpame. Y quisiera que tú me contestases con sinceridad.

CAR. Empieza.

BALT. No: recógete en tí misma primero, medita, para ante tu conciencia nuestra vida entera; desde que te enamoraba soñando en conseguirte, los años que te adoré ya conseguida, y llega hasta hoy.

CAR. ¿Y al llegar?

BALT. Párate.

CAR. ¡Baltasar!

BALT. (Con calma y paseando de nuevo.) Medita, medita bien... medita. (Paseándose y muy pausado.) Dime, Carlota, de mi conducta como hombre, como caballero, ¿tienes alguna queja de mí?

CAR. No.

BALT. De mi conducta como hombre trabajador, que necesita su carrera y sus estudios para sostener el rango de la casa, ¿tienes alguna queja?

CAR. No.

BALT. De mi conducta privada, íntima, de mi carácter, de brusquedades, de indelicadezas, ¿tienes alguna queja?

CAR. No.

BALT. ¿Tu voluntad fué la mia?

CAR. Sí

BALT. ¿Tus deseos se realizaron todos? Hablo de los deseos á donde alcanzaron mis medios.

CAR. Sí.

BALT. ¿He sido bueno, cariñoso, leal, leal, leal sin reproche?

CAR. Sí... pero me abandonabas; meses enteros separados...

BLT. En mi trabajo...

CAR. (Levantándose.) Pero sola...

BALT. No sigas.

CAR. Creí que me preguntabas para que respondiese.

BALT. No; para que te defiendas.

CAR. ¿Me acusas?

BALT. Sí.

CAR. (Bravamente.) ¿De qué?

BALT. No lo sé bien. Te acuso de una falta de confianza.. y si eres culpable de ella solamente ¡qué dicha tan grande!

CAR. Explícate.

BALT. (Con mucho afán.) En alguna ocasión, para satisfacer tu vanidad, te atreviste á ir á mi caja, cuyo secreto conoces...

CAR. (Desdeñosa.) ¿Robarte?

BALT. (Suplicante y alegre.) Robarme, sí...

CAR. (Con ira.) ¡Yo ladrona!

BALT. Es coger de lo nuestro, de lo tuyo...

CAR. ¡Te juro que no!

BALT. (Irguiéndose amenazador y soberbio le echa una mano al hombro y la va arrastrando hacia la mesa.) ¿No?

CAR. ¡Por la salud de mi hija!

BALT. ¿No?

CAR. ¡No!

BALT. (Cogiendo con la otra mano el estuche y enseñándoselo.) ¿Con qué lo pagaste entonces?

CAR. Tú mismo.

BALT. ¿Y el resto?

CAR. Te han mentido.

BALT. ¿El resto cómo lo pagaste? ¿Cómo ó quién?

CAR. (Retrocediendo.) Baltasar...

BALT. (Siguiéndola despacio.) Dime, ¿quién?

CAR. (Retrocediendo siempre lentamente.) Escúchame...

BALT. (Siempre avanzando.) ¿Dime quién?

CAR. Me espantas.

EDU. (Dentro.) Baltasar...

BALT. El nombre...

EDU. (Dentro.) Baltasar, abre.

BALT. Yo lo sabré aunque sea desgarrándote... Vete, vete.

ESCENA X

BALTASAR, ROSARIO y EDUARDO

EDU. No sabes qué desgracia...
BALT. ¿La sabes tú?
EDU. Cuando te diga el nombre.
BALT. (Con ansia.) ¡Dímelo!
ROS. Magdalena...
EDU. Magdalena... ¿adivinas ya?...
BALT. (Descorazonado.) Magdalena, sí... habla, habla.
ROS. Ibamos á las carreras, cuando vimos un grupo en la calle: no se podía pasar...
EDU. Yo bajé á enterarme.
ROS. Un atropello...
EDU. Magdalena despedazada.
ROS. Un carro enorme...
BALT. (Aparte.) El carro de la ley... No fué atropello.
EDU. Tú crees...
ROS. ¿Que se ha matado?
BALT. Sí, pero no decirlo. Su cuerpo ya ganó el descanso.
ROS. ¡Infeliz!
BALT. Ahora, no; antes.
EDU. Era en vano intentar nada: la acompañamos hasta el depósito.
ROS. Fuimos á casa de Juan para prevenirle...
EDU. Y Juan ha desaparecido.
ROS. Dejó una carta diciendo que se volvía al Brasil.
BALT. ¿Y Magdalena ignoraba su marcha?
EDU. Mi opinión es que no debía saberlo; porque según referencias de la misma casa, ella salió después que su marido; Juan volvió al poco tiempo, escribió la carta; arregló una maletilla de mano, y se fué con el señor que le acompañaba.
ROS. Nosotros supusimos que debía ser cosa de ustedes el viaje.

BALT. ¿Por qué?
ROS. Por el interés que tenían en que se fueran... (Eduardo le hace señas de que calle y ella no le ve.) y como el acompañante, el que precipitaba la marcha era don Gerardo...
BALT. ¡Ese es el nombre!
ROS. (Inocentemente.) Sí; Gerardo.
BALT. Ese es el nombre.
ROS. ¿Qué le pasa?
EDU. Rosarito; los nombres propios deben suprimirse en todas las historias.
ROS. Pero aquí no comprendo...
EDU. Como teoría general.
BALT. (Volviendo.) Dispense usted, Rosario, me impresionó tanto esa noticia...
ROS. ¿Y Carlota?
BALT. ¿Carlota? En su cuarto.
EDU. ¿Quieres algo?
BALT. Encárgate de cuanto necesite Magdalena, mejor dicho, de cuanto necesiten los hombres para dejar en paz á una desdichada.
EDU. Descuida.
BALT. Y avisarme cuando llegue la hora de acompañarla.
EDU. Vendré por tí.
BALT. Adiós, Rosario.
ROS. Procure usted darle la noticia á Carlota...
BALT. Ya sé; ya sé como se dan las noticias crueles...
ROS. Y ella que es tan impresionable...
BALT. Tan impresionable... sí... sí... (Vanse Rosario y Eduardo.)

ESCENA XI

BALTASAR y CRIADA

BALT. Gerardo, ese es el nombre, Gerardo... Yo le buscaré. Resolvamos este problema serenamente, que el porvenir vale la pena de una hora de frialdad. Una hora rabiosa de an-

gustia y de cólera, pero fría, fría, fría. (A la Criada.) A la señora que haga el favor de venir. La ira en mí puede ser razón en ella. (Al cielo.) Si algo merece mi vida entera de honradez y de trabajo, dame un puñado de nieve para mi corazón en este momento. Ahí está... El drama de nuestras existencias unidas, se desenlaza aquí... escena última...

ESCENA ULTIMA

BALTASAR y CARLOTA

BALT. Pasa. (Carlota se queda inmóvil, él cierra la puerta.) He sido débil en tolerar todos tus caprichos; fuí complaciente en demasía, y por mi culpa, caíste en tu culpa. Lo reconozco; es muy tardío; pero lo reconozco con la pesadumbre inmensa de lo inevitable.

CAR. Manda.

BALT. Nuestra unión ha terminado. Entre nosotros no cabe más que el odio; y cuando quiera Dios, el olvido.

CAR. Estoy pronta á obedecerte: dispón de mí. ¿Quieres recluirme?

BALT. No.

CAR. ¿Quieres arrojarme de casa?

BALT. No.

CAR. ¿Quieres matarme?

BALT. No.

CAR. ¿Quieres... quieres que desaparezca por mí misma?

BALT. No.

CAR. ¿Quieres perdonarme?

BALT. Repítelo, repítelo.

CAR. ¿Qué quieres de mí entonces?

BALT. De tí, nada; de mí pretendo un sacrificio cruel, pero indispensable... Verte, hablarte, y oir que me respondas. Escúchame bien, Carlota.

CAR. Habla, que de tí estoy pendiente.

BALT. Hace ya mucho, hace ya una eternidad, desde que confesaste tu delito, que estamos desligados el uno del otro.

CAR. Es justo.

BALT. Y la vida á dos es ya imposible.

CAR. Separémonos, pues.

BALT. Sí, debemos separarnos. Pero como has de llevar tus ropas, tu ajuar y tu dote misma, quiero que lleves honradez también. No te echaré á la calle, saldrás tú. Tú me acusarás ante los tribunales...

CAR. Yo no podré acusarte nunca.

BALT. Si no me hubieras acusado ya de algo en tu fuero interno, no habrías podido engañarme así. Me acusarás ante los tribunales. (Pausa.) Yo reconoceré mi culpa. Oye las condiciones. Hoy te pones enferma.

CAR. Poco fingiré...

BALT. Mañana te aconseja el médico otro clima dentro de ocho días saldremos de Madrid, para Holanda ó Suiza.

CAR. ¿Y Carlota?

BALT. Los tres; nuestra hija entrará en un pensionado; nosotros la veremos el día primero de cada mes, y jamás, jamás, jamás se pronunciará una frase dudosa, que la permita sospechar un desacuerdo entre sus padres.

CAR. Jamás.

BALT. Que ignore siempre y no tendrá que avergonzarse nunca.

CAR. Manda como quieras, eres generoso... y marchar hoy, mañana...

BALT. Necesito arreglar mis asuntos; y aún no es del todo definitiva la marcha.

CAR. Explícate.

BALT. Está en lo posible que resuelvas lo que te parezca, sin tener que dar á nadie explicaciones de tus actos.

CAR. No me martirices con incertidumbres.

BALT. ¿Querrás creer que me pusieron reparos á una cuenta? Es una ofensa tal, que exige reparación inmediata.

CAR. ¿Una explicación?

BALT. No basta.

CAR. ¿Un duelo?
BALT. Sí.
CAR. ¿Con quién?
BALT. Con quien puso en duda mi firma.
CAR. ¿Como director de la mina?
BALT. Exactamente.
CAR. Baltasar... (Abrazándole.)
BALT. (Rechazándola.) No, no. . tocarme no.
CAR. Y te bates con...
BALT. Dí el nombre.
CAR. ¡Baltasar!
BALT. No es ese...
CAR. Por nuestra hija...
BALT. Si puedo marchar, cuando transcurra el plazo para naturalizarnos en Bélgica, presentarás la demanda de divorcio. (Carlota quiere acercarse, él la rechaza.) Aunque las leyes te concederán la tutela de Carlota, queda entendido que renuncias á ella.
CAR. Te juro por la salvación de mi alma...
BALT. No jures; ya sé á qué atenerme.
CAR. Pero no me arranques de España.
BALT. Volverás pronto.
CAR. Déjame.
BALT. Libre... libre...
CAR. ¡Si pudieras ver dentro de mí cómo la vergüenza me ha cogido entera, te daría lástima!... ¡Si pudieras ver cómo mis pensamientos se concentran todos en tu voluntad futura, me dejarías esperanza: si te mostraras como eres, generoso y bueno!...
BALT. No.
CAR. Yo no renuncio á mi salvación.
BALT. El escándalo me mortifica, pero si me obligas... escoge.
CAR. ¡Prefiero morir!
BALT. Anda, sal, mira á Magdalena despedazada, mira la muerte como es y luego vuelve á decirme si aún piensas en morir.
CAR. ¡Magdalena ha muerto!... (Horrorizada.)
BALT. ¡Chis... silencio! Que aún puede oirte y profanarías un reposo que apenas ha empezado... silencio... ¡Estas miserias de dos seres encadenados, con la discordia en medio, no

tienen más solución que la de Magdalena para los oprimidos, y la de expatriarse para los que aún tienen fe en el porvenir! (Pausa larga, Carlota solloza.) Dentro de ocho días saldremos de Madrid.

TELON

Obras del mismo autor

El camino de la gloria.
Comedia en tres actos, estrenada en el teatro de la Princesa.

La ciencia de los hombres.
Comedia en tres actos y en verso, estrenada en el teatro Español.

Aire de fuera.
Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)

El abolengo.
Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

María Victoria.
Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Por que sí.
Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Español.

La estirpe de Júpiter.
Alta comedia en cuatro actos y en prosa, estrenada en el teatro Novedades de Barcelona.

La divina palabra.
Comedia dramática en tres actos, estrenada en el teatro de la Comedia.

La cizaña.
Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara.

Lo posible.
Juguete cómico en un acto y dos cuadros, estrenado en el teatro de Lara.

ESPAÑA EN CUBA



ESPAÑA EN CUBA

EPISODIO LÍRICO-DRAMÁTICO EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO

LETRA DE

D. RICARDO CABALLERO Y MARTINEZ

MÚSICA DEL MAESTRO

D. VICENTE PEYDRÓ

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Principal de la Coruña, por la Compañía de D. Eduardo G. Berges, en la noche del 18 de Abril de 1896.







FERROL
IMPRENTA Y LIBRERIA DE R. PITA
142 SINFORIANO LOPEZ 142
1896

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIA	SRTA. RIUTORT.
EMILIA	SRA. SENDRA.
PANCHITA	» GALINDO.
RAFAEL	SR. BERGES.
DON PABLO	» BUESO.
TEÓFILO	» GUERRA (D. R.)
UN CABECILLA	» PERIS.
UN SARGENTO	» ECHAVARRY.

Varios insurrectos.

La acción en la Isla de Cuba.—Epoca actual.

Al Excmo. Señor

D. Leandro de Saralegui y Medina

Intendente de Marina

Al colocar al frente de esta modesta producción literaria el nombre del ilustrado y concienzudo escritor, al par que dignísimo Jefe de la Corporación á que tengo el honor de pertenecer, no me guía más objeto que el de hacer patente, por este medio, el agradecimiento que justa y honradamente le debo por los sanos consejos y afectuosa amistad con que siempre me ha favorecido.

Acéptela V., pues, no por lo que vale,—que es bien poco,—sino como una débil muestra del sincero afecto que le profesa su leal amigo y subordinado

Q. S. M. B.

Ricardo Caballero

ACTO UNICO

Antesala que dá al campo, en la planta baja de la casa que ocupa el dueño de un ingenio en la jurisdicción de Matanzas. Al foro, en el centro, gran portalada que sirve de entrada, á cuyos lados figuran dos grandes tiestos ó macetones con plantas tropicales; á la izquierda de dicha portalada, ventana de gran tamaño con reja; á través de ambas deben distinguirse un vasto cañaveral y lejanas algunas palmas y cocoteros. En la pared del foro, al otro lado de la portalada, un retrato con marco dorado representando el busto de un caballero como de 32 años; debajo una cómoda ó mesa de sala: muebles de rejilla. En primer término, á la derecha, dos mecedoras, y en medio un velador con bandeja, copas, un tarro de ginebra y una caja de tabacos. Puertas laterales que conducen á otras habitaciones. Derecha é izquierda las del actor.

ESCENA PRIMERA

PANCHITA junto á la puerta del foro, y TEÓFILO que entra por la misma fatigado.

PAN. Grasias á Dió que ha venío.
¿Y el amo?
TEÓ. Acá yega luego.
Hoy andá mucho; he cansáo.
Duéleme pié.
PAN. *Indicándole una mecedora.* Sienta.
TEÓ. *Sentándose.* Siento.
PAN. ¿De ónde viene? *sentándose.*
TEÓ. Te dilé:
Hemo etáo en el ingenio
de José Manué, que etá
tó peldío: po supuesto

que é s'a tenío la cupa
po molé: ya le ijelon,
no muela; pelo molió,
y le han molío lo güeso,
y ha peldio la molienda
sin dejale ná, ni eto.
Se han yeváo cabayo, jente,
tóa la ropa, tó e dinelo;
hubo mucha guarapeta,
y á la finca pegá fuego,
y á la caña.

PAN. ¡Dió me valga!

TEÓ. Tó etá tiláo po lo suelo:
y á la mulata Maltina,
l'han pueto,.. ¡cómo l'han pueto!
Tá jecha una vela efinge. .

PAN. ¡Qué balbalidá! ¿Y tó eso
pa qué lo jasen?

TEÓ. Pa dano
una idea de lo güeno
que ha de sé la independensia
de Cuba libe.

PAN. ¡Sopencos!
Guádeno Dió de esa jente:
glasia que acá no vinielon.

TEÓ. Po mida: según notisia
disen que vienen juyendo
pa esta palte.

PAN. Asustada. ¡Made mía!

TEÓ. ¿Qué es modena?

PAN. Que lo nielvo
se me han engalabitao;
mida, mida como tiembo.

TEÓ. No tenga susto, Panchita,
que no malchamo mu luego
pa la Habana; su mesé
eta tade lo ha dipuesto.

PAN. ¡Ay!... Tranquilizándose.

TEÓ. ¿Te ha pasáo?

PAN. Palese
que se han colocao lo güeso
en su lugá...

TEÓ. Ofreciéndole una copa. Toma un tago
de gineba, que é mu güeno
pa lo suto.

PAN. Rechazándolo. Quita, quita.

TEÓ. Vamo, niña. Insistiendo.

PAN. Volviendo á rehusar. Que no quielo.

TEÓ. Mida: pue lo tomo yo
pa que te jaga povecho. Bebe.
¿Ande etá niña Madía?

PAN. Con niña Emilia ayá dento.
La pobe yoda que yoda
sin tené pá ni sosiego;
como niño Rafaé
dede lo de Coliseo
en que lo hidiedon, no eclibe
ni una leta, clén qu'a mueto.

TEÓ. Niña, si la última calta
disía qu'etaba güeno,
y que salió á incompolase
á su coluna...

PAN. Pelo eso
jase un mé, y dede etonse
no se sabe ná. ¿El coleo
no ha venío?

TEÓ. Ni vendrá.

PAN. ¿Po que causa?

TEÓ. Po que han pueto
una bomba e dimanita
enterrá, y en e momento
de pasá locomotola,
¡patapún!

PAN. Asustada. ¡Ay!

TEÓ. Lo insuleto
son atose.

PAN. ¿Pa qué jasen
tanto destrupisamiento?

TEÓ. Pos... pa dano ota muesta
de la cultula y pogueso
de Cuba libe.

PAN. ¡Candela!

TEÓ. Su mesé me dijo eto
po el camino.

PAN. ¿Y su mesé
onde etá?
TEÓ. Ya viene preto,
que táe cabayo cansáo
y andá como lo canguejo.

ESCENA II

DICHOS y EMILIA. Puerta izquierda.

EMI. ¿Qué haceis aquí?
PAN Levántanse sorprendidos. ¡Niña Emilia!
EMI. ¿Ha venido ya mi abuelo?
TEÓ. Ya hemo venío; é desí:
yo vine, e viene viniendo
poco á poco. Aquí etá ya.
Voy á yevale e canelo
á la cuada. Sale por el foro.
EMI. A Panchita. Vé tú á ver
si mamá quiere algo.
PAN. Retirándose puerta izquierda. Güeno.

ESCENA III

EMILIA y D. PABLO por el foro.

PAB. ¡Emilia!
EMI. Por fín. Ya estaba
con cuidado; usted nos dá
cada susto... ¡Todo el día
ausente!
PAB. Hay necesidad,
hija, de adquirír noticias
por si procede tomar
una determinación;
esto se pone muy mal;
ya las partidas se corren
hacia esta parte.
EMI. ¿Es verdad?

PAB. Desgraciadamente: pero
no te alarmes, todo está
calculado, y por si acaso,
mañana, sin mas tardar,
saldremos para la Habana.
Fuera una temeridad
el permanecer aquí
expuestos á la crueldad
de esas hordas. ¿Y tu madre,
más tranquila?
EMI. De llorar
no cesa un instante; como
nunca llega carta...
PAB. Bah,
eso no quiere decir...
ni es razón para augurar...
tal vez el chico estos días
se halle de marcha, ó quizás
acampado en sitio donde
no le sea dable trazar
dos renglones.
EMI. ¡Ay, abuelo;
tanto silencio es de mal
presagio!
PAB. Cálmate niña;
ten, por Dios, serenidad.
EMI. ¡Si vive, cómo no ha escrito?
PAB. Dale bola. He dicho ya
que tal vez no pueda; pero
supongamos además
que escribió, y supongamos
que dé la casualidad
de que viniese la carta
en ese tren, que volar
lograron esos caribes.
EMI. ¿Han volado un trén?
PAB. Si tal;
y con dinamita, hija:
es acto de humanidad,
ardid de guerra muy propio
de la hiena y el chacal.
¡Y esos son los que proclaman

la independencia! ¡Esos ván
á hacerte feliz! ¡Pobre isla!
¡Pobre Cuba!
EMI. ¡Cuán fatal
es esta guerra!
PAB. No, hija;
esto no es guerra, esto es más:
esto es irrupción de bárbaros
inspirados por Satán,
dignos solo de esterminio
y anatema universal.
Yo soy viejo, nada valgo,
nieve mi cabello es ya,
pero, te juro que siento
el corazón palpitar
y arde en mis venas la sangre
á cada nuevo desmán.
Dos noches hace, invadieron
el ingenio de Alcaraz;
nadie opuso resistencia
en palabras ó ademán,
pues sin embargo, el instinto
los condujo á la impiedad.
Del saqueo, del pillaje
y del incendio voraz
los tristes restos, yo mismo
acabo de contemplar.
EMI. No concibo á sangre fría
tanta saña, tanto mal...
PAB. No fuí yo así: para el débil
no tuve rencor jamás.
Una noche,—aún tú no habías
nacido,—llegó al umbral
de nuestra puerta un herido
pidiendo hospitalidad.
Erase un separatista,
que trás de lucha tenaz
con nuestras tropas, huía
á la ventura, al azar.
Sangre su herida manaba,
y la palidez mortal
de la angustia y el terror

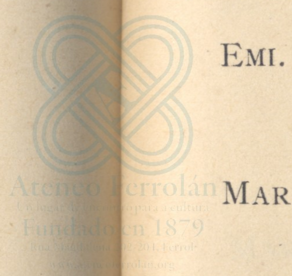
se retrataba en su faz.
—Huye de aquí, desgraciado,
le dijo, al verle llegar
tu padre.—¡Por Dios, socorro!
gritó el herido en su afán:
«me persiguen, un caballo,
socorro... por caridad;
tengo esposa, tengo hijos,
y solos ván á quedar.»
Conmovióse á esto tu padre,
tu madre, angel de bondad
intercedió, y aun yo mismo
le demostré mi piedad
restañando sus heridas
y un caballo díle, el cual
á través de la manigua
su vida logró salvar.
Nuestro proceder compara
con los actos de crueldad
con que hoy el separatismo
ultrajándonos está.

ESCENA IV

DICHOS y MARIA. *Puerta izquierda.*

EMI. (Mamá viene.)
PAB (Disimula.)
MAR. Padre. *Con ansiedad.*
PAB. María.
MAR ¿Hoy tampoco
tenemos carta?
PAB. No, hija.
MAR. ¡Válgame Dios! Tú los ojos *Por Emilia*
los tienes de haber llorado.
A D. Pablo. ¿Por qué oculta usted el rostro?
Algo saben. ¿Mi hijo ha muerto,
no es eso? Decidlo pronto,
matadme ya de una vez.
PAB. Hija, recobra el reposo.
EMI. Vamos, mamá.

PAB. El correo
falta, porque falta á todos,
porque no hay nada seguro,
porque lo han volado.
MAR. ¡Cómo!
PAB. Volando el trén: otra hazaña
de esos cafres.
MAR. No. Conozco
en su cara que me engaña.
PAB. ¡María!
MAR. Que trata sólo
de consolarme; mas yo
siento aquí dentro, en el fondo
del corazón un gran peso,
y una voz siniestra oigo
que me grita: «Pobre madre,
sufre y llora...» y sufro y lloro.
PAB. Tú te has propuesto matarte
y matarnos. (Sus sollozos
parten el alma.)
MAR. ¡Soy madre!
¿Qué he de hacer, si de mi gozo,
del hijo de mis entrañas
ha tiempo la suerte ignoro?
Óyese el toque de «alto» de una corneta.
¿Qué es lo que escucho?
PAB (¡Ese toque...
qué será, Dios poderoso!



ESCENA V

DICHOS y TEÓFILO, que entra corriendo, foro.

TEÓ. ¡Mi amo, mi amo! Topa.
PAB. ¿Tropa?
TEÓ. Véala su mesé.
MAR. ¿Qué oigo?
¿Aquí tropa?
TEÓ. De epañole.
MAR. ¡Aquí tropa! Salga pronto;
tal vez alguno conozca

á mi hijo,... vea como
indaga... ¡Virgen piadosa!..
Corra usted, padre.
PAB. Ya corro;
pero cálmate hija mía.
(Dios se apiade de nosotros.) Sale por el foro derecha.
TEÓ. Yo me voy trá su mesé
pá olé; po que no soy bobo:
cuando acá vení la topa
é que se teme algo goldo. Sale por el foro, derecha.

ESCENA VI

MARIA y EMILIA

Música

EMI. Deseche la amargura,
mitigue la aflicción;
en breve la ventura
presagia el corazón.
MAR. No puedo, aunque lo ansío
la pena desechar:
es mi destino impío
llorar, sólo llorar.

—

Desde que triste
su suerte ignoro,
no ceso un punto
de padecer.
¡Muerto está el hijo
que tanto adoro:
bien el silencio
lo dá á entender!
EMI. No, madre mía,
tal pensamiento
ya de su mente
puede alejar;
ese funesto
presentimiento
eco en su pecho



no debe hallar.

—

MAR. El es toda mi ventura,
él es toda mi ilusión:
su silencio de amargura
ha llenado el corazón.
Lágrimas mías
corred, corred,
llorad al hijo
que tanto amé.

EMI. Deje esa ruda
lucha cruel
y en Dios, ¡ay, madre!
ponga la fé.

—

MAR. Es en vano;
yo presiento
mi tormento,
mi penar;
y no puede
ya mi alma
paz ni calma
recobrar.

EMI. Cese la negra
duda cruel.

MAR. Harto la aumenta
este papel. *Mostrando una carta.*

EMI. ¡Su carta!

MAR. Sí, su carta;
consuelo y aflicción.
Deja que otra vez la lea
y la bese con pasión.

Lée con sentimiento y cadencia acompañada de la orquesta.

«Madre: curado del mal
»que los rebeldes me hicieron,
»ayer mañana me dieron
»de alta en el hospital.
»Fuime derecho al cuartel,
»contento de verme sano:
»allí, me estrechó la mano
»mi jefe, mi Coronel,
»y entregándome un diploma

»me dijo:—De la Regente:
»es recompensa al valiente
»que vertió su sangre; toma.
»Lo leí, casi llorando,
»llorando de regocijo;
»madre: ya tiene usté un hijo
»con la cruz de San Fernando.
»Orden después recibí
»de ir á Colón; en el día
»allí está mi compañía,
»y he de incorporarme allí.
»Tomo el camino mañana;
»desde allá escribiré, madre;
»dele usté un abrazo á padre
»y otro apretado á mi hermana.
»Y usted, en muestra del fiel
»cariño que la profeso,
»reciba un amante beso
»de su hijo Rafael.» *Cesa la orquesta.*

Hablado

MAR. Cerca de un mes hace ya
que aquí esta carta llegó;
dice que á Colón marchó
y allí corrió sangre... ¡Ah!
¡Vé si este llanto que vierto
no es fundado. En mi sentir,
cuando no ha vuelto á escribir
me lo han muerto, me lo han muerto!

EMI. No, por Dios; deseche usté
ese pensamiento impío;
mire, mamá, yo confío
en lo contrario; ¡pues qué?
¿habrá de ser tan fatal
nuestra estrella? yo, en mi anhelo,
alzo mis preces al cielo
porque lo libre de mal.

MAR. Tú, de la ilusión en pós
hija, abrigas confianza.

EMI. Es que yo tengo esperanza...

¡pues no he de tenerla! en Dios.
Verá usted como le vemos
libre de todo cuidado
y contento á nuestro lado,
cuando menos lo pensemos.
Ya verá usted con que gozo
nos abraza el mejor día;
ya verá usted que alegría;
ya verá usted, que buen mozo
vuelve, á su madre buscando
y de gloria satisfecho,
luciendo sobre su pecho
esa cruz de San Fernando.

ESCENA VII

DICHAS, D. PABLO y el SARGENTO, foro derecha.

PAB. ¡Adelante, militar, *Desde la puerta.*
pase usted; vamos, adentro.
SAR. Pero señor... *Resistiéndose al ver las señoras.*
PAB. *Insistiendo.* Adelante.
SAR. Pero, es qué...
PAB. *Entran.* Sin cumplimientos.
Está en su casa. Mis hijas. *Presentándolas.*
SAR. *Saludando.* Por muchos años. Selebro...
MAR. Gracias. *Correspondiendo al saludo.*
SAR. (Bonitos perfiles)
PAB. *A María.* Este señor, es sargento
que viene á ocupar el fuerte
que se encuentra al otro extremo
del camino.
SAR. Aquí me mandan
destacáo, con un ejérsito
de veinte hombres y un corneta
pá defender el ingenio
de mambises, porque disen...
PAB. (Calle usted.) *Por lo bajo.*
SAR. *Cortado.* Digo... dijeron...
MAR. ¿Qué? *Con ansiedad.*
PAB. (Calle usted!) *Insistiendo.*

MAR. *Con creciente interés.* Continúe.
SAR. (¡Demonio!) *Sin saber que hacer.*
PAB. *Acentuando la frase.* (¿No entiende?)
SAR. *Comprendiendo.* (Entiendo.)
Pós disen... que no hay noveá,...
que está mú tranquilo esto;
pero... que por un si acaso...
PAB *Cortando la conversación.* Mira: marchad allá dentro,
id preparándolo todo
porque mañana saldremos
para la Habana.
MAR *Alarmada.* ¿Qué dice?
¡Luego hay peligro!
PAB. *Procurando tranquilizarla.* No creo...
hoy por hoy no; mas pudiera
otro día quizá haberlo.
Siempre allá estareis mejor;
mucho más seguras...
SAR. Eso...
premita usté que le diga
que estando aquí Juan Bermejo
con su gente, no ha de habé
naide que las toque al pelo.
PAB. Gracias.
SAR. Y no es fantesía,
ni exagerasión.
PAB. Comprendo.
SAR. Es un debé de presona
que se presia e cabayero,
de sordado y de español
y de noble sentimiento.
PAB. No desmiente usté el origen
ni la hidalguía del suelo
donde nació. Conque, vaya, *A María.*
retiraos; id previniendo
lo necesario al viaje.
MAR. Vamos, Emilia *Saluda al Sargento, con una inclinación de cabeza; éste contesta en la propia forma.*
PAB. *Acompañándolas hasta la puerta.* Hasta luego.

ESCENA VIII

D. PABLO y SARGENTO

PAB. Indicándole una mecedora. Haga el favor de sentarse,
y aunque corta la fineza,
espero que no rehuse
uua copa de ginebra Sirviéndole.
y un tabaco.
SAR. Si es empeño ..
PAB. Tengo gusto en ello.
SAR. Bebiendo. Sea.
PAB. ¿Qué tal?
SAR. Hombre, no soy voto;
esto podrá ser un nétar,
pero á mí, para bebia
la mansaniya e mi tierra.
PAB. Encienda usted. Dándole un fósforo.
SAR. Enciende. Muchas grasia.
¡Gran tabaco! ¡cosa güena!
¡Superior! Saboreándolo. ¡Vaya un aroma!
¡Pos no es náa la diferensia
que hay de esto á las tagarnina
que dá la Tabacalera!
Usté no ha fumáo en España.
PAB. Antes de venir á América.
SAR. ¿Pero, usté no nasió aquí?
PAB. En Barcelona.
SAR. ¿Qué cuenta?
Entonses semos paisanos;
Barselona y Antequera
son siudades ayasentes
y casi casi gemelas.
¿Y cómo ha venío á parar?..
PAB. Consagrado á las tareas
del comercio, vine á Cuba
representando á una empresa
mercantil, y trabajando
con acierto y con prudencia
realicé un capitalito,



con el cual, y por mi cuenta
me establecí, dedicado
á la industria azucarera.
Aquí me casé y aquí
enviudé; sólo me resta
de mi matrimonio una hija,
la que también, ¡suerte adversa!
ha un año quedó viuda
con dos hijos, varón y hembra.
SAR. ¿Casó con americano?
PAB. No, señor: mi yerno era
como yo, peninsular.
¡Pobre Julian!
SAR. ¡Tóas son penas!
PAB. Ahí tiene usted su retrato.
Mostrándole el de la pared del fondo.
SAR. ¡Aja, ja: buena presensia!
¿Y murió aquí?
PAB. No: en España.
Al terminar la otra guerra
no probándole este clima
marcharon para Valencia.
Allí nacieron los chicos;
dióle al varón la carrera
de las armas...
SAR. ¡Hola, hola!
PAB. Y empezó con suerte en ella:
hoy día ya es capitán,
y con varias recompensas.
SAR. Vamos...
PAB. Al morir su padre,
¿qué hacer? á mi hija y mi nieta
me traje: son las que usted
ha visto. El chico se encuentra
también aquí.
SAR ¿En la casa?
PAB. No, en campaña: y nos apena
ver que ha pasado ya un mes
sin escribir una letra.
SAR. Eso no tié náa de extraño.
¿Saben la vida que yevan
las columnas? ¡Pos no es náa!

¡Si no descansan siquiera!
¡Si tóo se güerve marchá
y contramarchá, y esetra.
¡Si huyen esos condenáos,
ó se los traga la tierra,
y tan pronto están aquí
como á tres ó cuatro leguas!

PAB. ¿Y cree usted que nos visiten?

SAR. Hombre, según confidensias,
ya dije á usté que es probable;
que en grupos de unos sincuenta
juyendo e Pinar del Río
vienen por la parte esta.
Por eso me han destacao,
pá evitarle contingensias
á los colonos; usté
esté tranquilo y no tema.
De aquí al fuerte hay pocos pasos
y yo hé de pasar en vela
la noche.

PAB. Yo, por mi parte
también he de estar alerta.

SAR. Usté me avisa con tiempo...

PAB. ¿Cómo?

SAR. Pós con una seña,
y al punto me tiene acá.

PAB. Bueno; más la seña esa...

SAR. Cualquier cosa: una fogata
serca de la carretera,
enfrente del fuerte.

PAB. Bien.

SAR. Porque por la parte aqueya
no puen venir; de este lao
si acaso. Conque, cautela
y ánimo y sereniá,
y me voy, que está mu serca
la noche.

PAB. Sí; ya obscurece.

SAR. ¿Y no quiere... con franquesa,
que le mande cuatro hombres
pa que vigilen? No cuesta
la cosa náa...

PAB. No, señor;
no quiero causar molestias.
Tengo criados bastantes;
los pondré de centinelas
por si llega el caso...

SAR. ¿Es gente
de satisfasión?

PAB. A prueba.

SAR. Entonses...

PAB. Adiós, Sargento,
y gracias por sus ofertas.

Retírase el Sargento por el foro derecha.

ESCENA IX

D. PABLO, después TEÓFILO, foro izquierda

PAB. ¡Buena se nos viene encima!
¡Diantre de contratiempo!
¡Teófilo!

TEÓ. *Entrando.* Señó.

PAB. Atiende.

TEÓ. Diga su mesé, ¿qué es eyo?

PAB. ¿En donde está el mayoral?

TEÓ. En e batey.

PAB. Pues corriendo
vé, y dile que necesito
hablar con él, que le espero,
que venga inmediatamente.
Anda volando.

TEÓ. *Sale corriendo por el foro izquierda.* Ya vuelo.

ESCENA X

D. PABLO, después PANCHITA, con luces.

PAB *Desde la puerta izquierda.* ¡A ver, luces! Dispondré
que el mayoral y Marcelo
y el maquinista, los tres,

cada uno con dos morenos
vigilen toda la noche
y avisen en el momento
que adviertan algo. ¡Dios quiera
no turben nuestro sosiego
y pueda alejar mañana
á la familia.

PAN. Saliendo con luces. Aquí dejo
la candela. Las coloca sobre la cómoda.
Retirándose. Güena noche.

PAB. Buenas y santas. Prefiero
aunque pérdidas me cueste
abandonar el ingenio.

Música

Maldita la guerra
que asola este suelo;
la paz y el consuelo
perdí del hogar;
y pienso y me aterra,
y lucho y me aflijo,
sin nuevas del hijo
que calmen mi afán.

¡Muerto tal vez! ¡Dios mío!
¡Muerto! ¡Mi amor!
¡Muertas las ilusiones
del corazón!

—

Adiós, campo fértil
de eterna verdura,
en tí la ventura
feliz disfruté.
Adiós, hogar santo
de dulce recuerdo;
no sé si te pierdo
por siempre tal vez.

¡De í me alejo, ¡ay triste,
con mi dolor!

¡Adiós hogar del alma,
adiós, adiós!

Hablado

Con honda pena, ¡ay de mí!
de estos lugares me alejo
donde de felices días
guardo en mi mente el recuerdo.
Aquí queda mi fortuna
tal vez expuesta al incendio...
¿Pero qué hacer? el reposo
de mis hijas es primero.

ESCENA XI

D. PABLO, TEOFILO, por el foro.

Música

TEÓ. ¡Niño, niño, lo que pasa!
vea que jase su mesé:
han yegáo los insuleto,
hélo vito en e batey.
Van almáo jata lo diente,
tienen cala muy feló,
y á la gente del ingenio
han ponío en dispelsión.
Sólo Juan e guarapero
quela con e mayorá
repaltiéndoles bebía...
vílo yo y corré pa acá
á contate niño eto
pa que tú juya de aquí,
y ó te yevas á las niñas
ó tóos vamo á morí.

—

Niño de mi alma,
juya su mesé,
po que si le cojen
le cueta la piel,

¡Ay, amito mío,
vámono pol Dió!
Te lo pío, niñito e rodiya;
vámono de aquí pol compasión.

—

Yo te ensiyo lo cabayo
en meno de un satiamén,
y tú, niño, con las niñas
escapáos salís los tés.
Yo que tengo güena piena,
yo te seguilé detás
aunque sea á fin d'e mundo
si á la fin d'e mundo vás.
Que neguito, pobesito,
si lo yegan á cojé,
aunque pielda lo que pielda
poco tiene que peldé.

Hablado

PAB. Calla: que no se aperciban
mis hijas.
TEÓ. Es que...
PAB. Silencio.
Vamos allá.
TEÓ. ¡Cómo allá?
¡Ay, su mesé no etá güeno!
Niño: pué salí la topa
y piyano ente do fuego.
PAB. Sígueme y calla.
TEÓ. Aquí etán.
PAB. Ya es inútil...
TEO. ¡Pade nueto!..

ESCENA XII

DICHOS, un CABECILLA por el foro, varios insurrectos que quedan á la parte de fuera.

CAB. Esperad: yo entraré. ¡A ver!
¿En donde se encontrará el dueño?..
PAB. Yo soy.

CAB. Pues, no hay que alarmarse;
no venimos con objeto
de hacer aquí daño alguno;
todo lo respetaremos
si usted nos dá de buen grado
lo que le pida.
PAB. ¿Qué es ello?
CAB. Un rancho para mi gente.
PAB. ¿Es mucha?
CAB. Siempre seremos
unos sesenta.
PAB. ¿No más?
CAB. Nada más. ¡Voto al infierno!
¡Si nos han dejado en cuadro!
PAB. Víveres de sobra tengo,
disponga; mi mayoral
satisfará su deseo.
CAB. ¿Qué caballos tiene usted?
PAB. Cosa es esa en que no puedo
complacerle cual quisiera:
uno para mi uso y viejo,
dos que ocupo en las faenas
de la labor, y no ofrezco
por inútiles, dos potros
aún no domados...
CAB. Acepto
los cinco.
TEO. (¿Qué é lo que dise?)
CAB. Me hacen falta...
PAB. Pero...
CAB. Pero...
si no me los dá, los tomo.
TEO. (¡Yevásе de aquí e canelo
y e poto toldo y e bayo!
Eso no.)
PAB. Disponga de ellos.
TEO. (¿Qué vá á sé entonse de mí?
¡Yo que los clié á mi pecho,
como quien dise!)
CAB. El ganado
escasea; yo lo siento...
Con la maldita requisa

por las tropas del Gobierno
se vá poniendo difícil
el encontrar un jamelgo.

TEO. (Pos eto no te lo yeva;
yo me juyo po aquí dento,
salto ventana, lo saco
de la cuada, y tóo elecho
al bohío é mi compade
que etá selca, me los yevo,
y si quiés montá, te monta
en las anca e tu agüelo. *Se vá sin ser visto por la puerta de la derecha.*

CAB. Vamos á otra cosa. Ahí traigo
un español prisionero;
joven, valiente... cayó
en mi poder; lo conservo,
porque si á mi vez mañana
doy en manos de esos perros,
pudiera servir de canje
para salvarme el pellejo.
Me conviene, pues, guardarle
como oro en paño.

PAB. Lo creo.

CAB. Le haré pasar, está ahí;
viene fatigado y quiero
que descanse.

PAB. Como guste.
Usted cumpla su deseo.

ESCENA XIII

DICHOS y RAFAEL, por el foro, viste de capitán del Ejército, y se presenta sumamente abatido.

CAB. Adelante el preso; presto.

PAB. ¡Qué es lo que miro! ¿No es él?

RAF. ¡Padre mío! *Corriendo á sus brazos.*

PAB. ¡Rafael!
¡Hijo del alma!

CAB. (¡Qué es esto!)

PAB. ¡Eres tú! ¿No es ilusión?

RAF. ¿Y madre? *Con ansiedad.*

PAB. ¡Pobre María!
vá á matarla la alegría.

RAF. ¡Madre de mi corazón!

CAB. ¡Caso extraño! ¡Por mi fé
que nunca pude pensar...
viene á su casa á parar,
y es usté su padre; usté!

PAB Si, yo que bendigo al cielo
que á mis brazos lo ha traido;
yo su libertad le pido,
no me niegue ese consuelo.
Si es su corazón hidalgo
no más mi gozo dilate:
pida usted por su rescate
cuanto tengo y cuanto valgo.

CAB. Inútil es su porfía.

PAB. Esa respuesta me aterra.

CAB. Azares son de la guerra;
ya vé, la culpa no es mía.

PAB. Pero es que...

CAB. No insista más;
servirle no está en mi mano
y todo ha de ser en vano.
Vamos de aquí.

PAB. ¿Dónde vás?

CAB. No es este, para tal preso
sitio que á mi gusto cuadre.

PAB. ¡Y no ha de ver á su madre!

CAB. ¿Qué vá á adelantar con eso?
Salgamos.

PAB. ¡Por compasión!
muéstrese usted generoso.

RAF. Ella es la paz, el reposo
de mi triste corazón.

CAB. *Vencido por el ruego.* Hable con su madre si es
cuanto su ventura labra;
pero dándome palabra
de no fugarse después.

RAF. La doy. *Movimiento de indignación reprimida.*

PAB. ¿No está satisfecho?

CAB. Dudo... *Vacilando.*

RAF. Con entereza. Le debo advertir,
que es incapaz de mentir
quien lleva esta cruz al pecho.
Ella, de lealtad crisol,
ni se mancha, ni deshonra:
la de San Fernando: honra
del ejército español.
CAB. Bueno: no tema que insista...
pero, si por un descuido
trata de... tenga entendido
que hay centinelas de vista. Vase foro izquierda.

ESCENA XIV

D. PABLO y RAFAEL: fuera dos centinelas.

RAF. ¿Dónde está madre?
PAB. Detente
y que la prevenga deja.
RAF. ¡Ay! ¿eso usted me aconseja
cuando estoy tan impaciente?
¡Cuando deshecho en pedazos,
mi corazón ahora siento,
me retarda usté el momento
de estrecharla entre mis brazos!
PAB. ¡Chis, calla: ocúltate allí Puerta lateral derecha.
que al punto á llamarla voy.
RAF. Mire usted, por Dios, que estoy
deseando verla.
PAB. Entra ahí.

ESCENA XV

D. PABLO, MARIA, EMILIA, luego RAFAEL.

PAB ¡María, Emilia! Llamando.
MAR. Saliendo. ¿Qué pasa?
PAB. Ante todo, hijas, os ruego
no os alarmeis: ningún daño
nos amenaza.

MAR. No entiendo...
PAB. Ya me veis á mí, tranquilo...
Van á estar muy poco tiempo
y vienen de paz.
MAR. ¡Dios mío!
¿Pero, quién?
PAB. Los insurrectos.
MAR. ¡Los insurrectos aquí!
PAB. No asustaros.
EMI. ¡Ay, abuelo!
PAB. Vamos, ya he dicho que calma,
que no os amenaza riesgo
alguno; si así no fuera
¿estaría yo sereno?
MAR. No: si usted está agitado,
si en ese semblante veo...
PAB. Bueno, sí; agitado un poco;
algo alterados los nervios,
nada más... y otra es la causa...
MAR. ¿Otra?
PAB. (Maldito si acierto
á decirlas...)
MAR. Diga usted.
PAB. (Pues señor, no hay más remedio.)
La causa de hallarme así,
ocultárosla no quiero:
me ha condolido la vista
de un oficial del Ejército
que la partida conduce.
MAR. ¿Herido?
PAB. No, prisionero.
MAR. ¿Y ese oficial?
PAB. Está aquí.
MAR. Nosotras le atenderemos
como si fuera persona
de la familia.
PAB. Con intención. Algo hay de eso...
MAR. ¡Qué dice usted! Asombrada.
PAB. Ten valor.
MAR. ¡Es él! Comprendiendo.
PAB. El es.
MAR. ¡Dios eterno!

¿Y dónde, dónde?.. ¡Hijo!
RAF. Saliendo y corriendo á sus brazos. ¡Madre!
MAR. ¡Mi Rafael, mi consuelo!
RAF. ¡Emilia... madre del alma,
bien haya mi cautiverio
que el placer me proporciona
de estrecharos á mi pecho.
MAR. Padre, hay que ver de que modo
lo salvamos, lo escondemos...
PAB. Calla, ó estamos perdidos;
nos vigilan. Mira. Por los centinelas.
MAR. ¡Cielos!
¡Esos hombres!..
PAB. Imposible
que salga de aquí.
MAR. ¿No hay medio
de librarlo? Ofrezca usted...
quizá á fuerza de dinero...
RAF. Lo hizo ya: todo fué en vano.
MAR. Pues es preciso.
PAB. Silencio...
calla: no os movais de aquí.
MAR. ¿Nos deja?
PAB. Por un momento.
MAR. ¡Padre!..
PAB. (El todo por el todo.
¿Qué más dudo? ¿por qué espero?
¡Su libertad ó mi muerte!
¡Dios me ayude!) Pronto vuelvo. Vase foro derecha.

ESCENA XVI

MARIA, EMILIA y RAFAEL.

MAR. ¡Hijo del corazón! por fin mis ojos
hoy te vuelven á ver; no sabes cuánta
mi angustia ha sido; las fatales horas
que tu madre infeliz, acongojada,
poseída de negra incertidumbre
sintió á pedazos desgarrarse el alma.
¿Qué te impidió escribir?

RAF. ¡Mi desventura,
mi suerte adversa, mi fortuna aciaga!
No bien, madre, curé de mis heridas,
partí para Colón; allí se hallaban
mis compañeros y ocupé mi puesto;
al poco tiempo se ordenó la marcha,
y la columna la emprendió anhelante
de luchar y vencer, ardiendo en ansias.
Tras continuas fatigas, conseguimos
hallar del enemigo la vanguardia,
mientras el grueso en la manigua oculto
traidor acecha y la ocasión prepara.
No se hizo ésta esperar: nos recibieron
con diluvio mortífero de balas:
el combate se empeña y todo era
ayes y acentos de dolor y rabia.
Despreciando la muerte y alentados
al grito embriagador de ¡viva España!
tomar sus posiciones conseguimos
y en vergonzosa fuga se declaran.
El calor de la lucha que enardece,
el entusiasmo que el valor inflama,
voces de mando á su pesar no escuchan,
ciegan la vista y la razón embargan.
Así yo, con los bravos que me siguen
y á mi mandato bayoneta calan,
del enemigo en tan supremo instante
alcanzar conseguí la retaguardia.
De pronto, como tromba desprendida,
cual huracán que cuanto toca arrasa,
cien ginetes, cien furias del averno
sobre nosotros con arrojo cargan,
¡y mis héroes perecen!.. ¡Mi cabeza
del machete feroz ví amenazada...
y «ríndete» me gritan: pero en vano;
¿quién si estima su honor dá en esa infamia?
Soldado y español, y defendiendo
los sagrados derechos de la Patria,
morir antes mil veces... que la honra
si se muere con gloria, se agiganta.
MAR. ¡Dios mío! Pero tú...
RAF. Yo, madre mía

nunca al peligro le volví la espalda:
prisionero caer me hizo el destino;
no me perdió el temor, fué la desgracia.

MAR. ¡Pobre hijo!

RAF. De entonces, maniatado,
trepando sin cesar por la montaña,
falto de fuerzas, sin tener siquiera
por alivio á mi mal una esperanza,
cien y cien veces en la muerte pienso,
que es esta vida insoportable carga.

MAR. Hijo, resignación: Dios lo ha querido...
¿quién su divina voluntad contrasta?

ESCENA XVII

DICHOS, el CABECILLA é insurrectos.

CAB. Aquí tampoco. No hay duda
de que se nos tiende un lazo.

RAF. ¿Qué dice usted?

CAB. Que ese viejo
á quien busco y que no hallo
por ninguna parte, trata
quizá de darme un mal rato;
pero yo se lo he de dar
mucho peor.

RAF. Ese anciano
de quien habla usté, es el padre
de mi padre, noble, honrado,
y no tiene usted motivos...

CAB. ¡Calla mozo: ¿si es tan santo,
en dónde está? ¿por qué huye?
¿por qué oculta los caballos
que me ofreció? ¿Por qué hipócrita
no me advirtió que cercano
al ingenio existe un fuerte
con tropas? ¿Me crées tan sandio
que no disponga de espías.
en todas partes? Don Pablo
Bofarull, peninsular,
hombre rico y hacendado

de Matanzas,— ya tú ves
que de todo estoy al cabo,—
visto que ni ofrecimientos
ni súplicas le bastaron
para lograr su deseo
de verte libre... insensato,
pensó otra cosa.

MAR. No, no;
usted supone...

PAB. Yo hablo
y sé lo que digo; soy
perro viejo... yo veo claro.
¿A qué obedece su fuga?
¿en dónde están los caballos?
Nos ha vendido: mi gente
rendida está de cansancio,
tengo que huir; pero antes
mi venganza; así le pago
como merece. Disponte
á morir.

MAR. ¡Dios soberano!
¡Qué vá usté á hacer!

EMI. ¡Rafael!

CAB. Así, con cuatro balazos
termina el asunto. ¡A ver,
dos hombres. *Se presentan dos insurrectos.*

MAR. *En el colmo del terror.* ¿Estoy soñando?
¿Será verdad lo que oí?
¿Podrá usted ser tan crüel?

CAB. No hay remedio.

MAR. Rafael,
no te separes de mí.

RAF. Madre...

CAB. Andando.

MAR. No saldrá.

CAB. Señora, aléjese.

MAR. No;
en tanto que aliente yo
de mí no se apartará.

CAB. No puedo el tiempo perder.

RAF. Vamos. *Haciendo un esfuerzo supremo.*

EMI. Tente, desgraciado. *Cogiéndose á él.*

RAF. ¡Oh! Con el mayor dolor contemplándolas.
EMI. Con angustia. ¡Vas á ser fusilado!
MAR. Como loca. ¡Mentira, no puede ser!
No será, no; tú te engañas,
destrozar quereis mi pecho:
no es posible, ¿qué os ha hecho
el hijo de mis entrañas?
CAB. Con su vida ha de pagar
la felonía del padre.
MAR. ¡Asesinos!
RAF. Conteniéndola. Madre!
EMI. Lo mismo. Madre!
MAR. ¡Ay; me lo quieren matar!
¿Y sereis tan inhumanos?
No, no; tal hecho os infama:
Dios maldice al que derrama
la sangre de sus hermanos.
El, de todo el orbe rey
no os perdonara jamás;
recuerda: «No matarás»
prescribe su santa Ley.
El ser villano y ruin
que contra esa Ley atente,
llevará impresa en su frente
la maldición de Cain.

Música

CAB. Para escuchar sermones
no es esta la ocasión;
la ley en toda guerra
la impone el vencedor.
No tengo, por lo tanto,
más leyes que acatar
que aquellas que me dicte
el fuero militar.
RAF. ¡Militar, militar tú!
¿De qué ejército?
CAB. De aquel
que libertador se nombra.
RAF. ¡Vive Dios! la lengua ten.
No es soldado el audaz mal nacido

que en Cuba ha ejercido
su saña feroz;
no es soldado quien torpe y demente
no lucha de frente
con noble tesón.
No es soldado el ingrato que á España
demuestra su saña
por vil interés;
quien pretende escupiendo veneno
sumirla en el cieno
que encharcan sus piés.

—

No es soldado el sanguinario
que aquí causa tanto mal;
no es soldado el incendiario;
no es soldado el criminal.

—

CAB. Basta, basta: con tu sangre
ese insulto he de lavar.
MAR. ¡No, por Dios!
EMI. ¡Virgen piadosa!
¡Compasión! Arrojándose á sus piés.
MAR Lo mismo. ¡Piedad, piedad!
CAB. Es inútil todo ruego;
es en vano vuestro afán.
MAR. Suplicante. ¡El es vida de mi vida!
Lo mismo. ¡Su perdón, por caridad!
CAB Del furor de mi venganza,
vive Dios, no escapará.
RAF. Indignado, levanta á su madre y hermana y dice con energía.
Basta de súplicas;
madre, valor;
me deshonrara
con su perdón.

—

En aras de la patria
mi vida entregaré:
de la lealtad soy mártir,
contento moriré.
Llevadme al sacrificio
no me intimido, no;

que á la española raza
le sobra corazón.
MAR. Mi vida es un suplicio,
la muerte anhelo yo;
sin él vivir no quiero,
que es toda mi ilusión.
Piedad, piedad;
perdón, perdón;
dejadme al hijo
del corazón.
EMI. Contento al sacrificio
le lleva su valor,
sin ver que aquí nos deja,
transidas de dolor.
Piedad, piedad:
perdón, perdón;
salvad su vida,
por compasión!
CAB. Llevadle al sacrificio,
no haya para él perdón:
que pague su osadía,
que pague su traición.
No haya piedad,
no haya perdón,
ha de ser víctima
de mi furor.
RAF. Llevadme al sacrificio,
no me intimido, no:
que á la española raza
le sobra corazón.
Callad, callad;
tened valor;
antes la muerte
que el deshonor.
¡Adiós! Con un esfuerzo supremo.
MAR. Sujetándolo. ¡Hijo, detente!
RAF. Dejadme. Procurando desasirse.
CAB ¡Basta ya!
Llevadle.
MAR. Amparándolo. No. Primero
aquí me han de matar.
CAB. Sujetadlas. Avanzan dos insurrectos.

EMI. Elevando las manos al Cielo. ¡Oh Dios mío!
MAR. ¡Asesinos! En la mayor desesperación.
CAB. Con coraje. Pronto.
MAR. Con energía. ¡Atrás!
Suplicante. ¡Soy madre!.. De repente cambiando de actitud y como fuera de sí. No: soy fiera
dispuesta á pelear.
CAB. ¡Llevadle!
RAF. Con dolor á la vez que enérgico, se desprende de los brazos de su madre. Vamos.
MAR. Con desesperación. ¡Hijo!
CAB. ¡Quieta! Sujetándola. Salid.
Los insurrectos se llevan á Rafael.
MAR. Ahogada por el llanto. No.
EMI. Lo mismo. No.
MAR ¡Yo muero! Con desfallecimiento.
EMI. Acudiendo á su madre. ¡Suerte impía!
RAF. Desde el foro. ¡Madre del alma, adiós!

ESCENA XVIII

DICHOS menos RAFAEL

Hablado

Continúa la orquesta

MAR. Déjeme.
CAB. Loco es tu anhelo.
MAR. ¡Por caridad!
CAB. Es en vano.
EMI. En el colmo de la desesperación y como no teniendo ya á quién acudir, se arrodilla ante el retrato de su padre.
¡Padre, ruega por mi hermano,
tú, que estarás en el cielo!
CAB. Fijando los ojos en el retrato y sorprendido á su vista.
¡Qué miro!
MAR. Con extrañeza. ¿Qué hay que le asombre?
CAB. Con ansiedad. ¡Oh, mi cerebro se abrasa!
¡Qué recuerdo! ¡Es él! ¡La casa!..
¿Quién es?..

MAR. Mi esposo.
CAB. ¿Ese hombre?
(¡Ah! mi memoria despierta!)
¿Há veinte años, un herido
fatigado y perseguido
llegó al umbral de esa puerta?
MAR. Si, si.
CAB. (¡Confúndeme averno!)
¿Y era, él que amparo pedía?..
MAR Separatista, que huía
de las tropas del Gobierno.
¿Mas qué interés?..
CAB. ¡Por Dios vivo!
¿Aún no comprendisteis?..
MAR. No.
CAB. ¿No os dice el alma que yo
soy el pobre fugitivo?
EMI. ¡Cielos!
MAR. ¡El!
CAB. Tu corazón
aliente; salvarle ansío.
Corro en su busca.
Se dispone á salir, pero retrocede al llegar á la puerta al sentir una descarga. María y Emilia se abrazan aterradas.
MAR. ¡Dios mío,
esos tiros!..
CAB. Con desesperación. ¡Maldición!
Cesa la orquesta.

ESCENA XIX

DICHOS, D. PABLO, RAFAEL, SARGENTO

RAF. ¡Madre!
MAR. ¡Ah!
PAB. ¡Infame!
SAG. ¡Muera!
MAR. ¡Deteneos!.. Os lo exijo.
PAB ¿Tú le defiendes?
MAR. Para él
es sagrado este recinto.
PAB. ¿No le arrancó de tus brazos?

MAR. Pero luego arrepentido
quiso salvarle. (Ese hombre, A D. Pablo.
fíjese usted: es el mismo
que hace veinte años llegó
impetrando nuestro auxilio.)
PAB. ¡El!
MAR. Franca tienes la puerta,
ponte en salvo, no hay peligro.
La vida te salvó el padre;
hoy se la debes al hijo.
CAB. Gracias, gracias. (¡Qué vergüenza!
Sólo venganza respiro!) Sale por el foro.

ESCENA XX

DICHOS, menos CABECILLA; luego TEÓFILO, con un rifle.

SAR. ¿Y lo dejan escapar?
Eso no... Queriendo seguirle.
RAF. Deteniéndole. Alto, Sargento.
SAR. ¡Mi capitán!
PAB. Vano intento.
Dios nos manda perdonar.
Suena un disparo.
¿Qué es eso?
RAF. Cercana fué
la detonación.
MAR. ¡Dios mío!
TEÓ. Entrando. No hay que asutase, yo he sío.
¡Y mu bien que le apunté!
Cayó como un guacamayo...
PAB. ¿Pero qué has hecho?
TEÓ. Matélo;
se quea sin e canelo,
y sin e toldo y e bayo.
PAB. ¡Dios justo y omnipotente!
SAR. (Este desidió el empate.)
Oye, cara e chocolate,
choca: eres un valiente.

Penetra en escena un resplandor rojizo.

MAR. ¿Y este resplandor?
PAB. Comprendo...
¡La última hazaña!
RAF. ¡Es verdad!
TEÓ. ¡Jesú que balbalidad!
tóo el cañavedal aldiendo!
RAF. Esa es la ruina que en pós
de sí, dejan los impíos.
PAB. De rodillas, hijos míos,
y demos gracias á Dios;
al Sér misericordioso
que te ha salvado la vida: *A Rafael.*
El, á la patria querida
en breve torne el reposo.
Pedidle que para gloria
de los pechos esforzados,
conceda á nuestros soldados
el laurel de la victoria:
Pedidle que en la campaña
contra el rebelde maldito,
no resuene más que un grito:
el grito de ¡Viva España!

FIN DE LA OBRA

APÉNDICE

Con el objeto de que las compañías de verso á quienes convenga, puedan representar esta obra como drama, se inserta á continuación la parte hablada necesaria, en sustitución de las piezas musicales; en el bien entendido que el pago de los derechos de representación han de ser en todo caso los que corresponden según tarifa á las zarzuelas en un acto.

ESCENA VI

MARIA y EMILIA.

(En sustitución del duo)

EMI. Mamá, deseche la pena;
tal vez algún militar
noticias nos pueda dar.
Vamos, esté usted serena.
MAR. No, no puedo en mi quebranto
abandonar un momento
el negro presentimiento
que me aflije tanto, tanto...
EMI. Cuando se pone usté así
me destroza el corazón.
MAR. ¡Mal haya la insurrección;
hijo del alma! ¡Ay de mí!
¿Cómo aliviar, hija mía
esta pena que me acaba?
¿no me escribió que se hallaba
en Colón su compañía?
EMI. Pero, padre dice...
MAR. El
quiere mi angustia calmar
en vano; ¿cómo negar

lo que dice este papel? Mostrando una carta.
¡Su carta! ¡Y quieres que cese
mi dolor, y que no crea!.
Deja que otra vez la lea.
y que con pasión la bese.

Aquí la lectura de la carta que figura en esta escena y que empieza: «*Madre: curado del mal, etc.,*» y después lo que sigue hasta el final.

ESCENA X

Suprimida la romanza, enlazan el último verso del recitado anterior á esta, con el primero del posterior á la misma.

ESCENA XI

D. PABLO, TEÓFILO por el foro.

Suprimido el raconto, empieza así la escena:

TEÓ. Entra corriendo y sumamente asustado.
¡Señó, señó! ¡Cleo en Dió pade!
PAB. ¿Qué pasa?
TEÓ. Cliadó del sielo...
PAB. Responde...
TEÓ. Y en Jesuclito...
PAB. ¿Qué tienes?
TEÓ. Lo insulecto...
PAB. ¡Cómo!
TEÓ. Etán en e batey;
vilo yo.
PAB. ¿Pero eso es cierto?
TEÓ. Jablan con e mayorá,
y con Juan e guarapero,
que les han sacáo bebía;
po que yo vílo bebiendo
al í p'allá, y he dao güeta
pa contate, niño, eto.

Sigue la parte hablada hasta el final.

ESCENA XVII

DICHOS, CABECILLA é insurrectos.

Suprimido el cuarteto, continúa la escena después del verso que dice: «*la maldición de Caín,*» en esta forma:

CAB. No estamos para sermones,
ni la moral que eso encierra
puede rezar con la guerra,
por diferentes razones:
ni tengo, por Belcebú,
otras leyes que acatar
más que la ley militar.
MAR. ¡Militar, militar tú!
¿De qué ejército?
CAB. ¡Señora!
RAF. No es soldado el mal nacido
que sobre Cuba ha ejercido
su saña devastadora;
el ingrato, que después
de deberle á España todo,
quiere sumirla en el lodo
donde él arrastra sus piés.
No es soldado, quien artero
vá blandiendo sanguinario
la tea del incendiario
y el puñal del bandolero.
CAB. Basta, basta. Encolerizado.
EMI. Suplicante. ¡Por favor;
no haga caso!
CAB. Yendo hacia Rafael. Venga.
MAR. Colocándose delante. ¡Atrás!
Hijo!..
RAF. No ruegue usté más
ni exacerbe su furor.
¿Quién vuelve la vista al ciego?
Pensad en mi despedida,
que es de la patria mi vida
y que en sus aras la entrego.
Mártir soy de la lealtad
aunque mísero soldado:
dejo á usted su nombre honrado...
madre, Emilia, no llorad,

que vuestro llanto de amor
incita al mío candente,
y puede creer esa gente
que vá á faltarme valor.
Adiós! *Coje la cabeza de María entre ambas manos, le dá un beso en la frente y hace un esfuerzo para desprenderse de sus brazos.*

MAR. *Sin soltarlo.* No.
EMI. *Lo mismo.* No, desgraciado!
RAF. *Pugnando por desasirse.* Suélteme usted!
MAR. No: primero
mil veces la muerte quiero
que apartarme de tu lado.
RAF. Dejadme!
MAR. De ningún modo.
CAB. Sujetadla pronto.
MAR. ¡Afuera!
Soy madre: no, no; soy fiera
dispuesta á arrostrarlo todo.
CAB. ¡Vive Dios! Partid. *Sujetándola.*
MAR. Yo muero.
¡Hijo, hijo!
RAF. ¡Suerte impía!
MAR. !Hijo!
CAB. ¡Quieta!
RAF. *Desde el foro.* Madre mía!
MAR. ¡Hijo del alma! ¡No quiero!

ESCENA XVIII

Desde esta escena hasta el final de la obra, todo tal como está en el libreto.

